



EL REGRESO
DEL
HIGHLANDER

JANE MACKENNA

EL REGRESO DEL HIGHLANDER

Jane Mackenna

©Jane Mackenna, [2025]

1ª Edición Ebook

Título de la obra: *El Regreso del Highlander*

Diseño de portada: Leydy García

Corrección y edición: NGBooks SCE

Maquetación: Leydy García

©Ediciones AL

Todos los derechos reservados. Bajo sanciones establecidas en la leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares de Copyright, la reproducción total o parcial de la obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopias, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler préstamos públicos.

SINOPSIS

Andrew MacNeil estuvo dispuesto a dar su vida por la mujer que amaba. Su familia lo dio por muerto, el tiempo pasó para todos menos para él, que encerrado en un clan enemigo espera el día que su cautiverio termine.

Ya no le quedan ni fuerzas ni esperanzas, por lo que le da igual lo que le suceda; sin embargo, habrá alguien que esté dispuesta a desafiar a todos para salvarlo.

Flora MacDonald supo que el forastero que llegó a su hogar cambiaría el rumbo de su existencia. Lo cuidó y protegió lo mejor que pudo, desafiando a su propio padre.

Cuando la sentencia de muerte es un hecho, arriesga todo para conseguir que Andrew regrese a su hogar.

¿Qué les tendrá deparado el destino? ¿Conseguirán vencer y que sus corazones salgan indemnes?

Descúbrelo en el desenlace de la serie MacNeil.



Prólogo

Isla de Barra, 1568.

Andrew MacNeil

El amor que siento por Jaelyn MacNeil no es algo que vaya a desaparecer de la noche a la mañana, y por ello estoy traicionando a uno de mis mejores amigos, el que me salvó y me dio una familia a la cual pertenecer. He jurado hacerme a un lado si él se comporta como un hombre y se arrastra para que su esposa lo perdone por todos los errores que ha cometido, solo así tendrán alguna oportunidad de construir un futuro juntos y ser felices. Lucho con esa parte de mí que desea que no lo logren, que ella se refugie en mis brazos buscando aliviar el dolor. Me siento un miserable por tener semejantes pensamientos sabiendo que ambos se aman, a pesar de no ser capaces de entenderse y superar un pasado marcado por los celos, las dudas y el miedo. Ojalá pudiera arrancarme el corazón para dejar de sentir como lo hago, de ese modo, todo el sufrimiento terminaría. ¿Por qué demonios tuve que enamorarme de la única mujer prohibida para mí? He yacido con muchas y ninguna hizo temblar mis convicciones de querer recorrer mi camino en solitario, puede que para mis amigos quiera algo más, pero no sentía que fuera lo

indicado para mí.

Mis pensamientos se ven interrumpidos por nuestra llegada a Kisimul. Mi amigo corre hasta su esposa, que grita histérica. Me acerco para escuchar qué pasa. Al comprenderlo, un miedo atroz y una furia asesina se apoderan de mí a partes iguales. No dudo en seguir a Broderick hacia el acantilado rezando para que Cedric esté bien y hayamos llegado a tiempo para salvarlo. Todo pasa con demasiada rapidez, porque no pienso, solo actúo por el instinto que me grita por salvar al hijo de mi mejor amigo y de la mujer que amo, aunque luche contra ello con todas mis fuerzas.

Me abalanzo contra el malnacido de los MacLean y forcejeamos, gruño cuando me apuñala, bajo la guardia y me empuja contra la perra de Violet. Sé que vamos a caer por el acantilado en cuanto escucho cómo su grito atraviesa toda la isla. Me aferro a una rama en un intento por salvarme, mas cuando me doy cuenta de que se sujeta de mi pierna, sé lo que debo hacer para poner fin de una vez por todas con su maldad, ya que, si no lo hago, esto jamás terminará, y mis amigos tendrán que vivir con la sombra de una desquiciada sobre ellos, sin saber cuándo volverá a atacar.

—Andrew —grita Jaelyn, alzo mis ojos para verla en el borde con Cedric en brazos.

Sonrío aliviado, sintiendo una paz absoluta, aun sabiendo que voy a morir. Arthur me insta a que coja su mano, en sus ojos veo el miedo que siente a perderme. Lo lamento por él, porque sé que todavía no está preparado para afrontar su pasado y no estaré a su lado cuando más lo necesite. Intento con la mirada que le lanzo que comprenda sin necesidad de palabras, le pido perdón y comienza a gritar exigiendo que me aferre a su mano, mientras Jaelyn continúa suplicando y la perra de Violet se aferra con más fuerza a mi pierna a pesar de los golpes que le doy con la esperanza de que caiga al vacío.

—Si me salváis, también lo haréis con ella —gruño, forcejeando por última vez—. Me alegro de que Cedric esté bien, Jaelyn.

—¡No! —grita al darse cuenta de mis intenciones—. Dame tu mano —suplica—. Por favor, Andrew.

Odio que lo último que vea de ella sean sus lágrimas, pero sonrío intentando dejar un recuerdo soportable, necesito que entiendan que es mi decisión y que no deben culparse por nada. Arthur no deja de gritarme, de maldecirme, incluso intenta que obedezca, cada vez está más nervioso al comprender que no hay nada que pueda hacer o decir para que cambie de opinión, me conoce muy bien.

—Te amo —vocalizo cuando siento que Violet consigue asirse a mi cintura, cierro los ojos cuando me suelto, Jaelyn y Arthur gritan y puedo imaginar sus rostros desfigurados por el dolor de mi decisión.

El agua me engulle, y ya no existe nada más a mi alrededor...



Capítulo 1

Andrew MacNeil.

Isla South Uist, 1573

Castillo Ormacleit, clan MacDonald.

—**L**os he escuchado alto y claro —me dice Flora—. Van a matarte. Me encojo de hombros mientras permanezco apoyado contra la pared de piedra mohosa de la celda que ha sido mi hogar durante cinco años. El destino quiso que no muriera ni por mi herida en el vientre ni por la caída desde lo alto del acantilado, ni siquiera ahogado por la marea que me trajo hasta las puertas del clan enemigo de los MacNeil.

—Tardaban demasiado —replico con indiferencia—. ¿Crees que quiero pasar mi vida en esta maldita celda, Flora?

—Pero sabes que he intentado por todos los medios... —comienza a excusarse, alzo la mano para acallarla—. Andrew.

Escucharla decir mi nombre...

Durante mucho tiempo, no recordé quién era. Supongo que al golpearme la cabeza contra las rocas perdí la memoria, por lo que cuando milagrosamente llegué a la Isla de South Uist ni siquiera sabía mi nombre, ni mi clan, nada. Mis captores insistían en que era un sucio MacNeil por los colores de mi *plaid* y, aunque no podía recordar, cada vez que los insultaban, la furia me invadía, los golpeaba y después recibía un castigo mucho peor, por lo que aprendí a no reaccionar ante nada ni nadie.

—No quiero que intentes nada —le digo, levantándome para acercarme hasta los barrotes—. No puedes cambiar lo que ya está escrito, y yo debí morir hace cinco años; de hecho, lo estoy para todos aquellos que me amaban.

—Pero puedes regresar —exclama—. Si les dices lo que desean saber...

—Jamás —interrumpo con ferocidad—. No vuelvas siquiera a pensarlo, Flora MacDonald, no pienso traicionarlos.

—Pude mantenerte a salvo mientras tú no recordabas nada —continúa insistiendo—. Desde que la has recuperado, las torturas van en aumento, cada vez más seguidas, un día acabarás muerto, Andrew.

—Sea —asiento conforme—. De verdad, Flora, no me da miedo morir. Te agradezco que hayas cuidado de mí lo mejor posible porque soy consciente mejor que nadie de que muchas veces has sido castigada por mi causa, no vuelvas a hacerlo —exijo.

—Al igual que tú, soy muy cabezota —rebate negando—. Tú no quieres traicionar a tus amigos, a la mujer que amas, y yo no quiero hacerlo con el hombre que he llegado a...

—¿Otra vez aquí abajo, hermana? —La muchacha se gira con el ceño fruncido al verse interrumpida por Blake, su hermano mayor y próximo *laird* de los MacDonald—. Si padre se entera, no le va a gustar.

—Pues no se lo digas —escupe sin amilanarse—. ¿Qué demonios quieres?

—Me aburría —se encoge de hombros—. Venía a jugar un poco con nuestra mascota.

—Por encima de mi cadáver —sisea, sorprendiéndome tanta ferocidad—. Busca otra cosa con la que entretenerte, aprender a ser un buen *laird*, por ejemplo.

Reacciona cogiendo del pelo a su hermana y estirando hacia atrás para que lo mire, golpeo los barrotes para llamar su atención; sin embargo, no lo consigo.

—No me digas lo que tengo que hacer, perra —sisea—. Espero que padre te case de una vez para que no sigas metiéndote en mi camino.

—Suéltala, bastardo —grito furioso—. ¿Por qué no te metes conmigo?

Su mirada se dirige hacia mí sin soltarla; es más, ejerce más presión porque veo cómo Flora hace un gesto de dolor. Sonríe cuando ve que me tenso, odio que siempre consiga hacerme reaccionar, es lo que más disfruta, sea causarme dolor o ira que no pueda apaciguar.

—Voy a disfrutar destripándote, MacNeil —se burla, soltando a su hermana, que se golpea contra la pared—. ¿Empezamos?

—No puedes hacerlo —grita ella—. Padre no ha dado su permiso, merece un juicio justo.

—¿Por qué? —cuestiona, frunciendo el ceño como si realmente estuviera pensándolo—. Es nuestro prisionero, entró en nuestras tierras...

—¡Estaba herido, zoquete! —interrumpe de nuevo—. No era consciente ni de quién era realmente.

—Peor para él —sigue burlándose—. ¿Qué se siente cuando tu familia ni siquiera te busca?

Esa afirmación duele más que cualquier golpe. Sé que lo hace para herirme porque disfruta con ello y, aunque estoy seguro de que los míos me buscaron en su momento, imagino que al no hallarme lo más lógico fue pensar que la marea se había llevado mi cuerpo mar adentro.

—¡Cállate, Blake! —ordena Flora alzando la voz—. Nunca sabes cuándo cerrar la boca.

—Y tú cuándo dejar de entrometerte —contraataca—. La que no debes estar aquí abajo eres tú, estúpida. ¿Cuántas veces se te ha advertido?

—No te importa —continúan discutiendo—. ¿Por qué eres así? —cuestiona dolida.

El muchacho bufa como si estuviera hastiado, puedo ver en los ojos de Flora que le duele el comportamiento de su hermano mayor, eso me recuerda a los míos, puede que no de sangre, pero sí los que yo escogí para llamarlos familia. Desde que recuperé la memoria, los he echado muchísimo de menos; al que más, a Arthur, y no puedo evitar preguntarme cómo habrá sido su vida en estos cinco años.

¿Con quién se habrá desahogado cuando los demonios del pasado ataquen con fuerza? Temo que haya hecho cualquier locura por desesperación, rezo todos los días porque haya sido capaz

de abrirse a los demás, pues ellos jamás lo juzgarán, pasé años intentándolo sin conseguirlo, el miedo al rechazo y la burla eran demasiado fuertes.

—De todas formas, venía a informar a nuestro prisionero de que padre ya ha decidido su final —llama mi atención de nuevo, alejando los recuerdos—. Al alba, te colgaremos.

Escucho jadear horrorizada a la que se ha convertido en mi amiga en todo este tiempo, ella no me ve como un sucio MacNeil o como un enemigo que se atrevió a pisar sus costas. Y yo a ella no la veo como una MacDonald, los responsables de mi encierro, que dura ya cinco años, y de golpes, humillaciones y torturas para sacarme información, algo que no he hecho hasta ahora ni pienso hacer jamás, y por ello han decidido que deben matarme. Saben que, si dejan pruebas de mi paso por Ormacleit y mis amigos lo descubren, no quedará piedra sobre piedra de este maldito castillo; entrar en guerra con los MacNeil no es algo que puedan permitirse, y por eso han intentado que yo les revelara cualquier punto débil que pudieran utilizar para atacar como las ratas que son, por la espalda.

—Eso no va a pasar —exclama Flora, empujando a su hermano—. Hablaré con padre.

Se marcha veloz, enfurecida, y no puedo más que estarle agradecido, pues si alguien ha luchado por mí en estos años ha sido ella.

—No entiendo qué demonios ve en ti —escupe Blake con una mueca de asco en su rostro—. Un maldito MacNeil. —Me tenso ante el desprecio con el que pronuncia mi nombre—. Te ama, lo sabes, ¿verdad?

Lo miro de reajo, intentando no caer en sus provocaciones, además, prefiero hacer como que no soy consciente de lo que Flora cree sentir por mí, ya que no puedo corresponderla. Entregué mi corazón a Jaelyn MacNeil y, a pesar de permanecer alejado de ella, sigo sintiéndome igual que el primer día que la vi. Su recuerdo está marcado a fuego en mi mente, su hermoso rostro, su oscuro cabello, su dulce voz.

Ante mi silencio, escupe a mis pies y se marcha silbando como quien sabe que a su enemigo le quedan pocas horas de vida. Me dejo caer contra la pared, intentando asimilar el hecho de que voy a morir después de años encerrado como un animal. He sido sincero cuando le he dicho a Flora que no le temo a la muerte; si ese es mi destino, que así sea, de todos modos, ya no me queda nada por lo cual seguir vivo. Ya no tengo hogar, ni clan, ni familia. Todos piensan que estoy muerto, ¿qué más da hacer ese hecho realidad?

No estoy muy seguro de cuánto tiempo transcurre, pero cuando comienza a anochecer, me doy cuenta de que no he comido nada en todo el día, normalmente es Flora quien, desobedeciendo las órdenes dadas por su padre, me baja alimentos a escondidas. Me pregunto si le ha pasado algo al intentar interceder de nuevo por mí, le he pedido miles de veces que no lo haga, que no se exponga por mí, y aun así lo sigue haciendo. Por desgracia, lo que ha dicho el imbécil de su hermano es cierto y, aunque no he dado pie para que ella sienta como lo hace, supongo que no lo puede evitar, al igual que yo no pude evitar enamorarme de quien no debía. Me pregunto por qué es tan complicado el amor, no puedo dejar de pensar en Jaelyn y Broderick, se amaban, algo que no se podía cuestionar; sin embargo, se hacían daño mutuamente, también duele cuando no eres correspondido o cuando uno de los dos muere dejando al otro devastado.

—Entonces, ¿de qué demonios sirve amar? —mascullo.

—Solo un zoquete se cuestionaría semejante cosa. —Alzo la cabeza para ver una sombra que reconozco de inmediato—. Te he traído algo para comer, vas a necesitar las fuerzas.

—¿Qué haces aquí abajo de nuevo? —cuestiono—. Márchate, Flora.

—¿Y ver cómo te ahorcan mañana? —pregunta como si hubiera perdido el juicio—. No pienso hacerlo, Andrew. Mi padre no va a cambiar de opinión, es demasiado peligroso mantenerte cautivo. Aunque no lo creas, teme a los MacNeil.

—Sé que es un cobarde —replico, levantándome para comer lo que me ha traído, algo de pan con carne y queso—. Gracias.

—Dentro de unas horas, vendré por ti —susurra, mirando hacia atrás para asegurarse de que nadie la ha seguido—. Abriré esta maldita puerta y te ayudaré a llegar a la playa donde he dejado una pequeña barcaza.

—¿Estás loca? —alzo la voz, me chista para que guarde silencio y no llame la atención—. Ni se te ocurra.

—Es mi decisión —rebate, cruzándose de brazos—. Debes estar preparado, descansa porque vas a tener que remar una distancia considerable hasta llegar a Barra.

—Lo que quieres hacer tendrá consecuencias, y no puedo permitirlo —niego, enfadándome—. ¿Tan poco valoras tu vida, Flora MacDonald?

—¿Crees que podría seguir como si nada dejándote morir? —exclama también molesta—. Sé que no me amas, que ya entregaste tu corazón —replica, mientras mascullo una maldición ante su cabezonería—. Te recuerdo que tú arriesgaste tu vida por salvar la de la mujer que amabas, deja que haga lo mismo.

—No es lo mismo, maldición —le grito, importándome poco que nos descubran, es más, lo prefiero si así puedo detener toda esta locura—. No pienso salir de aquí —le advierto entre dientes.

—Lo harás, o me obligarás a ir yo misma hasta Kisimul para impedir tu muerte —amenaza, tensándome. Si pudiera, le retorcería el pescuezo por ser tan cabezota—. Piénsalo, no querrás que tu gente entre en guerra por ti.

Se marcha igual de silenciosa como ha llegado, a pesar de que la llamo entre susurros para detenerla e intentar que no cometa una locura que le pueda costar la vida. No podría vivir con ello sobre mi conciencia, ¿es que no lo entiende? Golpeo los barrotes ante la impotencia que siento por no poder hacer nada para detenerla en su propósito, que me haya recordado lo que hice por Jaelyn demuestra que ese hecho le duele. Me maldigo por haber sido tan idiota como para compartir con ella mi pasado.

Ahora, con el paso del tiempo, veo que fue un error. Al recuperar la memoria, necesitaba contar todo en voz alta, reafirmar quién era, porque durante mucho tiempo no lo recordé. Una vez más, fue ella quien me ayudó, todos los días me preguntaba cosas para que mi mente lograra recordar, hasta que ocurrió el milagro que tanto estábamos esperando. Por aquel entonces, no sabía o no quería reconocer los sentimientos de Flora hacia mí, fui egoísta, y ahora ella paga todas las consecuencias.

No pruebo bocado porque lo lanzo contra la pared en un arrebato de furia y, por supuesto, tampoco descanso, no soy capaz de permanecer sentado a la espera de que la única amiga que he tenido estos últimos años cometa una estupidez en la que ambos podemos salir muy mal parados.

—¿Cómo puedo evitarlo? —me pregunto a mí mismo, pasándome las manos por mi cabello enmarañado.

Por más que pienso y pienso, no encuentro la solución para impedir que Flora continúe con su plan, la conozco y no parará hasta que me saque de Ormacleit sano y salvo. Lo único que se me ocurre es que venga conmigo. En Kisimul, Broderick puede protegerla hasta que yo vuelva a ser

el de antes. He pasado tanto tiempo aquí encerrado como un perro que estoy débil, delgado, sin musculo alguno y ni siquiera recuerdo cómo es sostener una mano o un arco entra las mías. Soy un inútil...



Capítulo 2

Flora MacDonald

—adre! —grito, entrando en el salón, mientras él habla con varios de sus hombres de confianza—. ¿Es cierto? —pregunto e intento recuperar el aire después de correr hasta aquí.

¡P —¿Qué te he dicho de interrumpirme cuando estoy reunido, Flora? —cuestiona con una voz tan fría como el más duro de los inviernos en las Highlands.

—¿Has dado orden de matar a Andrew al alba? —intento hablarle con respeto para no enfurecerlo, me mira como si quisiera leer mi alma—. ¿Padre...?

—No tengo por qué darte explicaciones —responde—. Pero ya que lo preguntas, sí —asiente sin inmutarse—. Ya no nos sirve, y estoy harto de mantenerlo en las mazmorras.

—No puedes hacer eso —exclamo horrorizada al comprender que el final está muy próximo—. Déjalo regresar con los MacNeil.

Tanto mi progenitor como sus hombres se miran los unos a los otros como si lo que hubiera dicho fuera una locura, para después comenzar a reír como hienas, llenando el salón con sus risotadas. Me enfurezco tanto que aprieto mis puños mientras todo mi cuerpo tiembla, no comprendo cómo pueden reír cuando estamos hablando de la vida de una persona.

—No te metas en asuntos del clan, muchacha —aconseja uno de los mayores cuando todos dejan de reír—. La muerte del MacNeil no te concierne.

Sé que no va a servir de nada que suplique, porque mi padre no tiene corazón, por lo que salgo del salón con paso firme, no puedo dejarles ver lo derrotada que me siento en estos momentos donde no veo salida alguna para salvar al hombre que amo. Corro hasta la playa, no me detengo, a pesar de sentir que en cualquier momento me puedo desmayar. Al llegar, compruebo que estoy sola y suelto un alarido desde lo más profundo de mi alma hasta que siento mi garganta en carne viva.

Caigo de rodillas a la arena, sollozando con un dolor en el pecho que no consigo controlar. Pasa largo tiempo antes de que sea capaz de tranquilizarme lo suficiente como para pensar con claridad. Observo el mar en calma, el mismo que traje a estas costas a Andrew años atrás y, aunque desde la primera vez que lo vi supe que para mí sería el único hombre y durante mucho tiempo di gracias a Dios por traerlo a mi vida, ahora maldigo al destino que así lo quiso, porque

lo ha condenado a una de las peores muertes.

—Tengo que impedirlo —susurro, levantándome con una nueva resolución—. Debo sacarlo de aquí antes de que llegue el alba.

Sé que liberarlo me sentenciará a mí. No dudo de que mi padre sea capaz de matarme en un arrebato de cólera, sin embargo, prefiero ser yo y no Andrew quien muera, al fin y al cabo, eso es el amor: sacrificio. No hay oleaje, por lo que podría llegar a Barra con relativa facilidad. Una idea llega a mi cabeza y corro de nuevo, esta vez hasta la cabaña de uno de mis amigos de la infancia.

—¡Alan! —entro para encontrarlo limpiando pescado—. Necesito tu ayuda.

—Imagino que tiene que ver con el rumor sobre el MacNeil —dice sin alzar la mirada—. Cierra la puerta, Flora.

Lo hago y me siento frente a él, mis dedos golpetean nerviosa la madera a la espera de que me mire o diga algo. Como no lo hace, decido ser yo quien diga lo que he venido a decir, porque no tengo tiempo que perder.

—Necesito tu barca —suelto de golpe, sabiendo que le pido demasiado. Al fin alza la mirada y me observa como si estuviera loca—. Te conseguiré otra, una mejor que la que tienes —le prometo desesperada.

—¿No me digas que pretendes sacar al MacNeil de aquí? —cuestiona incrédulo—. ¿Te has vuelto completamente loca?

—¿Pretendes que lo deje morir? —replico airada—. Es inocente, no nos ha hecho nada, maldita sea.

—No sé si eres demasiado inocente o es que el amor que crees sentir te ha nublado el juicio —escupe, frunciendo el ceño—. No pienso prestarme a esta locura para que sea mi cuello el que acabe rodeado por una soga al amanecer.

—Tienes que ayudarme —suplico—. Eres mi único amigo, por favor.

—Flora —suspira—. No me pidas eso —implora de vuelta—. No puedo hacerlo.

—No tienes que hacer nada, maldición —grito, golpeando la mesa con mis puños—. Diré que te robé la barca.

Parece sopesar mi petición mientras contengo el aliento a la espera de su respuesta final, ya que puede ser lo que equilibre la balanza y salve a Andrew. Finalmente, suspira derrotado y asiente, lo abrazo agradecida mientras lágrimas de alivio vuelven a fluir, bañando mis mejillas.

—Gracias —susurro una y otra vez—. Muchas gracias.

—Márchate antes de que me arrepienta —me dice mientras me separa de él—. Hazlo, Flora.

Obedezco porque no puedo tentar la suerte ahora que puedo ofrecerle una vía de escape al hombre que ha permanecido en una mazmorra de Ormacleit demasiado tiempo. De nuevo me dirijo a la playa donde sé que mi amigo deja su pequeña embarcación que ha visto tiempos mejores, la contemplo mientras muerdo mis uñas, sopesando si será suficiente para recorrer la distancia que separa ambas islas.

—Tendrá que servir —murmuro.

Regreso al castillo y preparo un poco de comida y una manta a escondidas, no será mucho una vez esté al amparo del mar, pero esto es mejor que nada. De nuevo, regreso a la playa y lo oculto en la barca para que nadie lo vea y sospeche, lo más difícil será actuar con normalidad hasta que llegue la hora de la acción.

Ceno con mi familia, al menos, intento hacerlo, porque no soy capaz de probar bocado. Los nervios me han encogido el estómago, por no decir que compartir mesa con las mismas personas que están deseando que llegue el alba para asesinar a Andrew me da ganas de vomitar. A lo largo de los años, he aprendido a fingir, a ocultar quién soy realmente, una mujer con pensamientos muy distintos a los de mi padre y hermano.

—Si me disculpáis —interrumpo la conversación para pedir permiso—, me retiro, me duele la cabeza y me temo que no seré una agradable compañía.

—Nunca lo eres —rezonga mi hermano sin alzar la vista de su plato, comiendo como el cerdo que es.

No le respondo y, ante el silencio de mi padre, doy por sentado que se me permite levantarme, por lo que lo hago y salgo intentando aparentar una tranquilidad que no siento en absoluto. Al llegar a mi alcoba, me visto con la ropa más oscura que dispongo y trenzo mi cabello pelirrojo para ocultarlo y así poder pasar desapercibida en la oscuridad de la noche. Sé que no va a servir de mucho, porque una vez Andrew esté fuera de nuestras tierras, van a saber que he sido yo la responsable de su huida, pero, al menos, no nos habrán descubierto antes de tiempo.

Me siento en el alféizar de mi ventana a la espera de que todo esté en silencio y calma y pueda salir sin que los guardias nos descubran. Observo al cielo y compruebo que no hay luna llena que alumbre demasiado esta noche, eso nos permitirá perdernos entre la oscuridad, al menos, hasta llegar a la playa. Temo fracasar, no por mí, si no por no conseguir sacarlo de esta maldita isla. Si lo consigo, lo que suceda después me importa bien poco.

—No pienso dejar que lleven a cabo su plan —sentencio más decidida que nunca a salvarlo, incluso a pesar de su negativa—. Queda menos —susurro cuando veo que los hombres hacen cambio de guardia, por lo que debe ser medianoche.

Apago las velas para quedar oculta por la penumbra, necesito que todos piensen que duermo, rezo para que no sospechen, ya que puede que mi hermano y mi padre sean crueles pero no estúpidos y, por desgracia, me conocen bastante bien, porque he dejado ver que Andrew es importante para mí. Cuando me di cuenta de que podían utilizarlo en mi contra, ya era demasiado tarde para rectificar, de nada servía mentir.

—Ha llegado la hora —murmuro, armándome de valor. Observo a mi alrededor por última vez, ya que después de lo que suceda esta noche nada volverá a ser igual.

Salgo en silencio y me aseguro de que nadie me sigue cuando bajo a las mazmorras. No me sorprende encontrar a Andrew acostado en el suelo como si estuviera dormido; sin embargo, he llegado a conocerlo muy bien, y lo único que intenta es retrasar lo inevitable.

—Levántate —apremio—. No tenemos mucho tiempo.

—Ya te he dicho antes que no pensaba hacerlo —rezonga sin abrir los ojos—. Vuelve a tu alcoba.

—Voy a abrir esta puerta, Andrew —respondo—. De ti depende que tenga alguna oportunidad de salir bien librada de esto. Si nos descubren a ambos, puede que termine a tu lado en la horca.

Tras unos cortos instantes que a mí se me hacen eternos, se levanta y se acerca furioso, puedo verlo en sus ojos a pesar de la oscuridad que nos rodea. Abro la puerta con las llaves que he robado a mi padre sin que se dé cuenta y, por primera vez desde su llegada a Ormacleit, sale de su encierro, incluso parece dudar, como si dar un paso más hacia delante le diera miedo, por lo que me aferro a su mano y tiro de él. Me doy cuenta de que incluso le cuesta caminar, y subir las escaleras es difícil, dejando en evidencia lo débil que se encuentra tras años de inactividad y

mala alimentación.

—No puedo, Flora —jadea, mientras sigo tirando—. No va a funcionar, solo soy un lastre, maldición.

—No voy a abandonarte —mascullo, saliendo del castillo—. Te llevaré yo misma hasta Kisimul si es necesario.

Pensé que sería mucho más fácil y termino comprendiendo que será un milagro que no nos descubran. Cuando llegamos a la playa, sé que han dado la voz de alarma, por lo que corro con la esperanza de que Andrew sea capaz de seguir mi ritmo. Sollozo cuando se cae al suelo y lucho por levantarlo. Las flechas comienzan a volar en el momento que lo lanzo dentro y empujo con todas mis fuerzas para alejar la embarcación de la playa.

—¡Sube! —grita cuando se da cuenta de que los hombres de mi padre llegan—. ¡Sube para que pueda remar! —exige de nuevo pálido como un cadáver.

—Lo siento —resuello con lágrimas en los ojos—. Si voy contigo, nos seguirán, arrasarán Kisimul...

—No digas tonterías —brama—. Broderick no les dejará ni acercarse a Barra.

—Te amo, Andrew —confieso en voz alta por primera vez—. Corre —apremio cuando lo veo que me observa con los ojos muy abiertos, comprendiendo por fin mi plan—. Comienza a remar de una maldita vez —le grito cuando una flecha alcanza la barca.

Dejo de empujar cuando ya no soy capaz de hacerlo, porque el agua me cubre casi hasta el pecho. Gimo cuando siento cómo algo se clava en mi hombro, escucho el rugido de Andrew mientras la marea lo arrastra lejos, sonrío porque parece que Dios ha escuchado mis plegarias y me ayuda a salvarlo. Sosteniendo mi hombro, me doy la vuelta para descubrir que mi hermano y dos de sus hombres vienen hacia mí. En sus ojos no hay compasión, solo deseos de venganza.

—Flora —su grito es lo último que escucho antes de que Blake me golpee al llegar hasta mí y pierda el conocimiento.

Cuando vuelvo a despertar, me encuentro en mi alcoba. Me incorporo y gimo por el dolor en mi hombro y en mi rostro. Maldigo a mi hermano por haberme puesto la mano encima y descubro que un vendaje cubre la herida que ha provocado la flecha. Miro a mi alrededor un poco mareada y me pregunto cuánto tiempo he estado dormida. Me levanto y me acerco a la ventana para comprobar que llueve y parece que está amaneciendo.

—¿Habrá llegado sano y salvo? —me pregunto preocupada—. Espero que no lo cogieran.

Si quiero saberlo, tengo que salir de aquí, por lo que me dirijo a la puerta y descubro que no puedo abrirla. Tiro del picaporte una y otra vez, grito furiosa al darme cuenta de que estoy encerrada como un maldito perro. Por mucho que luce, no voy a salir de aquí hasta que mi padre dé la orden, por lo que me detengo para conservar las fuerzas. Mi estómago ruge hambriento, no sé cuándo fue la última vez que comí algo, ¿acaso pretenden matarme de hambre?

Las horas pasan crispándome los nervios sin saber qué ha sucedido, si he conseguido mi propósito o, por el contrario, he enviado a Andrew a su muerte. Ese pensamiento me vuelve completamente loca. Es curioso que no me importa qué me suceda a mí, solo necesito saber que él está bien. Entonces todo dejará de importarme. Al fin, la puerta se abre, dejando paso a mi padre. Si le sorprende verme despierta, no lo demuestra, ya que en sus ojos solo se refleja un

desprecio difícil de esconder. No bajo la mirada en ningún momento porque, aunque sé que he hecho mal, que he traicionado a mi clan, a mi familia, no me arrepiento, por lo que debo ser consecuente con mis sentimientos y actos.

—Eres una deshonra para los MacDonald —sentencia con esa frialdad característica en él—. Ayudaste a un sucio MacNeil a escapar —alza la voz cada vez más furioso—. Me desobedeciste y dejaste en ridículo a todo nuestro clan.

—¿Cómo está él? —pregunto ansiosa, cometiendo el error de estar a su alcance, la bofetada que recibo no me sorprende—. ¿Está vivo?

—No —responde tras un breve silencio—. Nuestras flechas le alcanzaron, por lo que su cuerpo debe estar pudriéndose mar adentro.

—Mientes —siseo, sintiendo que mi corazón se parte en dos al imaginarme a Andrew sin vida—. Mientes para castigarme.

—No tengo por qué —alza el mentón, intento leer algo en sus ojos que me permita descubrir si miente o está diciéndome la verdad, mas no lo consigo—. Ha muerto como el perro que es, así que tu estupidez no ha servido de nada, solo para sentenciarte a ti misma.

Sollozo rota de dolor. En otro momento, no hubiera dejado que me viera de semejante guisa; sin embargo, es superior a mí, no puedo detenerlo, por lo que lo dejo salir antes de que termine matándome.

—Te quedaras aquí encerrada y es lo único que vas a recibir de mí —replica—. Los mayores querían encerrarte en las mazmorras, y muchos pedían tu cabeza por traición.

—Haz lo que te plazca —escupo con odio—. Me has arrebatado lo único que me importaba en la vida.

—No seas estúpida —replica con desdén—. No solo me has traicionado, si no que has manchado mi honor, todo el mundo comenta que eres la ramera de ese bastardo —gruñe—. Dicen que pronto se hinchará tu vientre con su semilla...

—Andrew jamás me tocó un solo pelo —interrumpo, alzando el mentón con orgullo al saber que soy virgen—. Si por amarle soy una ramera, que así sea, pero...

De nuevo una bofetada me silencia, esta vez pruebo el sabor de mi propia sangre en mis labios. Antes de que vuelva el rostro para encararlo, escucho cómo sus pisadas se alejan y la puerta vuelve a cerrarse con llave, quedando encerrada de nuevo. Me siento en el lecho, conmocionada ante la noticia de que mis esfuerzos fueron en vano y que mi mayor temor se ha cumplido, yo misma lo envié a su muerte, no conseguí que regresara con su familia.

—Lo siento, Andrew —murmuro entre sollozos—. Lo siento muchísimo.



Capítulo 3

Andrew MacNeil.

Lo último que veo es cómo el bastardo de Blake la golpea y se la llevan luchando contra las olas. Las flechas no dejan de volar a mi alrededor, por lo que comienzo a remar con las pocas fuerzas de las que dispongo, mientras me siento como un miserable por dejarla atrás pagando las consecuencias por haberme ayudado, por amarme.

Las lágrimas fluyen, mezclándose con la lluvia que comienza a caer. Mis delgados brazos duelen al luchar contra la marea, que cada vez es más fuerte, no creo que sea capaz de llegar hasta Barra, pero recordar el sacrificio de Flora consigue que no me rinda, ya que, si lo hago, estaría traicionándola de la peor manera. Doy gracias a Dios porque la lluvia cese pronto y me permita tener mejor visibilidad, ya que estoy tan desorientado que ni siquiera sé hacia dónde demonios debo dirigirme. Al principio, lo único que quería hacer era alejarme rápidamente de los MacDonald, puro sentido de supervivencia.

—Malditos sean —siseo enfurecido—. Pienso cobrar venganza por lo que le han hecho a Flora, por cada golpe recibido y por los cinco años de cautiverio. Juro golpearlos con toda la fuerza de los MacNeil hasta que no quede ningún MacDonald.

Debo haber remado durante mucho tiempo porque me canso, incluso me cuesta respirar con normalidad. Antes, la distancia que separa ambas islas no hubiera sido impedimento para mí, ahora siento que nunca voy a llegar. Además la oscuridad que me rodea es casi abrumadora, no hay luna llena, por lo que la poca luz que arroja el cielo es insuficiente.

—Es inútil —mascullo, lanzando los remos dentro de la barca—. Dejaré que la marea me lleve. Con suerte, llegaré a Barra y, si los dioses no lo creen conveniente, que me lleven donde les plazca.

Me tumbo agotado, decidiendo dejar mi vida en manos del destino. De todas formas, luchar contra la naturaleza es una estupidez, al menos, ahora parece que las aguas se han calmado, así que, con fortuna, si no me llevan hasta Kisimul, no creo que me alejen demasiado. En cuanto amanezca y pueda ver dónde me encuentro, volveré a la carga con fuerzas renovadas.

Frunzo el ceño cuando la claridad golpea tras mis párpados. Los abro para descubrir que ha amanecido, ¿me he dormido? Maldigo mi estupidez, observo a mi alrededor y no reconozco

nada. Un golpe contra la barca me hace caer contra un costado. Al girarme, descubro que he chocado contra unas rocas y, cuando miro hacia arriba, descubro un acantilado que conozco muy bien.

—Dios mío —jadeo sin poder creerlo—. He regresado, lo he conseguido.

Rompo a llorar como un niño, los temblores sacuden mi cuerpo con fuerza mientras cubro mi rostro sin poder creer la buena suerte que he tenido, todavía sin poder dar crédito a que el plan tan descabellado de Flora haya dado resultado.

—Gracias, gracias, gracias —mascullo una y otra vez a la muchacha que no puede escucharme, porque la he dejado atrás sin saber si está viva o muerta—. Lo siento tanto...

No estoy seguro de cuánto tiempo transcurre hasta que soy capaz de calmarme y que los remordimientos me dejen pensar con claridad. Tengo que salir de aquí antes de que la marea suba y el oleaje me aleje de Barra. Recuerdo muy bien que hay un camino escarpado para subir el acantilado. No será fácil hacerlo en mis condiciones físicas, pero si he llegado hasta aquí, no pienso rendirme ahora. Lo encuentro casi de inmediato y comienzo el arduo camino de vuelta a mi hogar. En mi mente, comienzo a recrear cómo será el reencuentro con los míos, con Arthur, con Broderick, con los demás..., con Jaelyn. Me doy cuenta sorprendido de que no he pensado en ella en primer lugar, es más, llevo días sin hacerlo, eso me ayudará a seguir con mi vida sabiendo que nunca será mía.

Al llegar a la cima, jadeo sudoroso con piernas temblorosas y con el dolor recorriendo mi escuálido cuerpo, esos malditos se han asegurado de dejarme tan débil como para que no fuera capaz de escapar ni defenderme. Comienzo a reír como un loco cuando observo la isla de South Uist desde lo alto del acantilado, de la cual no pensé salir jamás, dejo de hacerlo cuando escucho una voz.

—¿Quién eres tú? —me giro para ver un niño que me observa ceñudo—. No queremos intrusos en Barra —replica, alzando el mentón. Ese simple gesto me hace sonreír porque lo reconocería en cualquier sitio—. ¿De qué te ríes?

—¿Eres hijo de Broderick? —pregunto, intentando contener la emoción.

—Mi padre es el *laird* MacNeil —rectifica con orgullo—. ¿Lo conoces?

No me cabe la menor duda de que ante mí se encuentra Cedric, el niño que salvé hace cinco años, por el que estuve dispuesto a morir aquella fatídica noche. Lo abrazo porque es lo que necesito, es una parte de Broderick y Jaelyn, y verlo tan sano, tan fuerte, tan feliz, consigue que todas esas veces en las que deseé morir merezcan la pena.

—¿Qué haces? —grita, luchando contra mí hasta que lo suelto—. Mi padre va a despellejarte vivo por esto —amenaza enfadado.

—¡Cedric MacNeil! —La voz de una mujer que no conozco nos sorprende—. Tu madre va a matarme si te ocurre algo... —su regañina muere en el momento que se da cuenta de mi presencia. Cargada con un bebé que no debe tener más de unos cuantos meses, corre hasta nosotros y esconde a Cedric tras de sí—. ¿Quién eres y qué quiere? —pregunta a la defensiva.

—No voy a haceros daño —alzo las manos para tranquilizarla—. Soy...

—Sophie, dime que has encontrado a ... —Mi mejor amigo llega corriendo y se queda inmóvil al verme, palidece y se tambalea—. No puede ser —lo escucho mascullar—. ¿Andrew?

La muchacha mira a Arthur, luego a mí con los ojos muy abiertos; sin embargo, no es ella a quien necesito abrazar, pues ni siquiera la conozco. Recorro la distancia que me separa de lo más

parecido a un hermano que he tenido en la vida, mis piernas tiemblan, mis ojos se humedecen y, cuando llego frente a él, no sé cómo reaccionar.

—¿Eres tú de verdad? —susurra a punto de llorar—. ¿Estás vivo?

—Hola, hermano —respondo con la voz rota mientras tiemblo de emoción—. Soy yo, soy Andrew.

Escucho un jadeo antes de que mi mejor amigo me abrace con una fuerza que hace tronar mis huesos. Creo que tiembla tanto como yo, mientras mascullo cosas inteligibles entre sollozos, nunca lo había visto llorar, ni siquiera en los peores momentos, por lo que verle hacerlo ahora me rompe el corazón.

—¿Cómo es posible? —consigo entender qué pregunta—. ¿Por qué no has regresado antes?

—Querido —interviene la muchacha bonita que hasta ahora se había mantenido al margen—. Deja que responda.

—¿Querido? —susurro al oído de mi amigo—. Creo que tienes mucho que contarme, hermano —bromeo mientras nos separamos.

—Claro que sí —asiente, riendo mientras limpia sus lágrimas—. Son mi esposa Sophie y mi hijo Andrew.

—¿Andrew? —pregunto incrédulo—. ¿Le has puesto a tu hijo mi nombre?

—Por supuesto —responde—. Quería que llevara el nombre del mejor hombre que he conocido y que pensaba que estaba... —no es capaz de terminar la frase.

—Muerto —lo hago por él—. Tengo mucho que contarte, amigo mío.

—¿Por qué no has vuelto antes? —pregunta dolido, sin comprender—. ¿Por qué no...?

—Sé que tenemos mucho de qué hablar —interrumpo—. Pero me gustaría hacerlo con todos presentes.

—Por supuesto. Discúlpame, amigo —se lamenta—. Pero volver a verte ha sido algo que no esperaba.

—Arthur —De nuevo esa dulce voz—. Voy a adelantarme para ordenar que preparen un baño y comida caliente.

—No es necesario —comienzo a decir, pero Sophie ya desciende la colina junto a su bebé y Cedric, quien no para de preguntarle algo que no logro escuchar—. Arthur, no deberían ir solos.

—Andrew —sonríe pasando su brazo sobre mi hombro—. Están seguros, ya nadie se atrevería a hacerles daño.

Dejo que me guíe e intento seguirle el ritmo, aunque no tarda en darse cuenta de que no soy capaz y es él quien camina a mi lado. Me avergüenza verme así y mucho más que Arthur me vea en este lamentable estado. No hemos llegado a Kisimul cuando se escuchan unos caballos, diviso tres, y la carcajada de mi amigo me sorprende.

—Sabía que no iban a quedarse esperando —dice cuando le miro ceñudo—. Son ellos.

No comprendo por qué me pongo nervioso, hace cinco años que no les veo, que no sé qué ha sido de sus vidas porque ni siquiera me ha dado tiempo a preguntar por ellos. Llegan hasta nosotros con tanta rapidez que, antes de que me dé cuenta, Broderick me tiene atrapado entre sus fuertes brazos, por mi parte me quedo inmóvil sin saber cómo reaccionar.

—No podía creerlo cuando Sophie nos ha asegurado que habías regresado —mascullo—. Todos estos años pensando que te habíamos perdido...

—Deja que lo abracemos también, maldición —escucho la voz inconfundible de Broke—. Broderick.

Soy arrancado de los brazos del *laird* para acabar en los de otro de mis amigos, Jules se une y quedo entre los dos tan emocionado que no soy capaz de articular algo coherente. Volver a tenerlos frente a mí, sintiendo su calor, impregnándome de su aroma, que incluso había olvidado ya al estar rodeado de mis propios excrementos. Encerrado durante años en una fría mazmorra, mi olfato ya se había acostumbrado a la mugre a mi alrededor.

—¿Dónde demonios has estado, Andrew? —pregunta Jules cuando me separo algo incómodo, pues he olvidado por completo lo que se siente ante el contacto humano.

—Regresemos a Kisimul —interviene Arthur—. Todos queremos respuestas, pero creo que lo que necesita es comer y un buen baño para entrar en calor.

—Por supuesto —asiente Broderick—. Tenemos que poner carne sobre esos huesos, chico.

No puedo evitar reír ante su modo de llamarme, pues hace mucho que nadie lo hacía, los MacDonald siempre se dirigían a mí como perro, bastardo o sucio MacNeil.

—Subid a los caballos —ordena Broke—. Llegaremos antes.

Arthur no lo duda y sube tras Jules. Yo, por el contrario, durante unos instantes dudo hacia quién debo dirigirme; si mi mejor amigo fuera el que llevara el caballo, lo hubiera elegido sin pensar, pero ahora todos salvo él me parecen extraños, y odio sentirme así. Finalmente, escojo a Broderick porque es el que está más cerca, tira de mí y me sube con una facilidad pasmosa, demostrando lo poco que peso.

—Deja de pensar, hermano —masculla, mirándome sobre su hombro—. Todo volverá a ser como antes.

Emprendemos el camino de regreso a todo galope, mis ojos se pierden en todo lo que nos rodea, en el viento que me golpea el rostro, otra sensación que había olvidado después de estar encerrado tanto tiempo. Cuando diviso el castillo, mi corazón golpea con fuerza en mi pecho, todo parece estar igual que el último día que lo vi, esa maldita noche que salimos todos en busca del pequeño Cedric y que jamás pensé que no regresaría. Al entrar en el patio, salto del caballo antes de que alguno de ellos haga el intento de bajarme como si fuera un niño o una damisela. La gente observa, murmura, agacho la cabeza al sentirme observado como si fuera un extraño en mi propio clan, uno por el cual he soportado torturas por no traicionarlos.

—¡Andrew! —El grito me sobresalta. Sin darme tiempo a asimilar de quién se trata, alguien se arroja a mis brazos. Si no fuera por Broderick, que me sujeta, habiéramos acabado en el suelo—. ¡Estás vivo! —celebra la mujer que me abraza, cierro los ojos cuando reconozco su aroma, uno que no ha cambiado.

—Jaelyn —susurro conmovido. El tiempo parece detenerse, porque no estoy muy seguro de cuánto permanecemos abrazados sin que nadie nos interrumpa—. No llores —le pido al darme cuenta de que los sollozos sacuden su menudo cuerpo.

—Esposa, debes tranquilizarte —aconseja Broderick—. Deja que respire.

Se aleja a regañadientes, si tuviera derecho a quejarme, lo haría, pero cuando la morena es abrazada por su esposo, me doy cuenta una vez más de que no es así, que siempre ha pertenecido a esos poderosos brazos dispuestos a protegerla.



Capítulo 4

Andrew.

—**E**s un milagro —exclama sonriente—. Has regresado a nosotros, a tu hogar. Sonríó porque no puedo evitarlo, sigue siendo tan hermosa como la recordaba, solo que ahora parece más madura. Los años transcurridos le han conferido una belleza más serena, se nota que es madre, esposa y señora de Kisimul cuando comienza a dar órdenes que consiguen dispersar a las personas que se han acercado.

—Tienes mucho que contarnos, pero, primero, date un baño —dice, mientras me apremia a entrar en el interior del castillo—. He ordenado que todo esté dispuesto en tu antigua alcoba, y cuando bajes, una buena comida caliente estará esperando por ti.

Una vez más, mis ojos recorren cada rincón de mi antiguo hogar, tratando de encontrar algo diferente, algo que me recuerde que no he estado aquí por años, sin embargo, no lo consigo. Es Arthur quien llama mi atención, quien me empuja con suavidad para que camine. Subimos las escaleras que tantas veces bajamos corriendo y riendo cuando éramos más jóvenes, me siento como un anciano atrapado en un cuerpo inservible.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta cuando entramos—. Vaya —exclama impresionado—. La rapidez de Jaelyn siempre logra sorprenderme —bromea, intentando que hable—. Andrew, ¿estás bien?

—Sí —respondo por inercia—. Gracias.

Lo escucho suspirar mientras me acerco a la tina llena de agua humeante. ¿Cuándo fue la última vez que me bañé? No lo recuerdo, las veces que he podido lavarme ha sido porque Flora bajaba algún cubo con agua. Sumerjo la mano y tengo que tragar con fuerza para intentar que el nudo que se forma en mi garganta no me asfixie, supongo que me estoy comportando como un estúpido a ojos de Arthur.

—Me lavaré lo más rápido posible para no haceros esperar —digo a modo de despedida, pues no quiero que esté presente cuando me desnude—. Puedes decírselo a los demás.

—No voy a dejarte solo —replica—. No te escondas de mí, por favor —su súplica me rompe el corazón—. Sea lo que sea, lo afrontaremos juntos.

—Arthur —intento controlarme y encontrar las palabras adecuadas—. No voy a desaparecer.

—Hace cinco malditos años tuve que aceptar tu decisión, hermano —rebate, acercándose a mí—. Te negaste a coger mi mano —añade enfadado—. Te vi caer y pensé que estabas muerto. ¿Sabes cómo me sentí?

—Lo siento —susurro lo único que puedo decir ante el dolor que les causé—. Era lo correcto, Arthur.

—¿Lo correcto para quién? —exclama enfadado—. ¿Para los que hemos tenido que vivir sin ti? ¡Te necesitaba, maldita sea! —grita.

—He sido yo quien pagó las consecuencias —bramo cansado de sus acusaciones—. He sido yo quien ha permanecido cinco malditos años de su vida encerrado como un perro —termino, siseando con rabia.

Veo cómo mi confesión lo golpea con fuerza. Sus ojos se oscurecen, sus puños se aprietan mientras todo su cuerpo tiembla, incluso las venas de su cuello se hinchan y le confieren un aspecto fiero. La puerta se abre para que Broke se asome, después desaparece y alguien más entra, es Sophie, la esposa de Arthur.

—Ella lo calmará —explica el mayor de los cinco.

—Esposo —lo llama con dulzura mientras se acerca sin miedo, me tenso por si responde de manera violenta con ella—. Vamos fuera —le pide—. Deja que Andrew tenga tiempo para asimilar que ha vuelto al hogar, no es momento de recriminaciones, y lo sabes.

Mi amigo aleja la mirada de mí y la dirige hacia la pequeña mujer que ha llegado a su lado. Su mano se posa sobre su pecho y se obra el milagro. Puedo ver cómo se calma, deja de temblar y su cuerpo se relaja, su rostro cambia poco a poco y se deja guiar fuera de la alcoba como un manso cordero.

—No puedo creerlo —susurro cuando la puerta se cierra—. Ella es el milagro que siempre le decía que encontraría. —No la conozco todavía y ya le estoy eternamente agradecido por haber ocupado mi lugar al lado de Arthur.

—Tenemos mucho que contarte, amigo mío —asiente—. Métete en el agua, Andrew. No soy el joven que acaba de salir por la puerta, sabes que no me voy a ir —sentencia, sentándose en el lecho—. No hables si no quieres, pero no voy a dejarte solo.

Me arranco los harapos dejando ver los estragos de cinco años de cautiverio. No miro a mi amigo porque no quiero ver la lástima o el asco en su mirada, soy consciente de cómo debe verse mi espalda, llena de marcas producidas por el látigo, mi vientre, donde se encuentra la cicatriz de la espada del malnacido que casi terminó conmigo aquella fatídica noche.

Me lavo con rapidez, pero me detengo cuando escucho las pisadas de mi amigo acercándose. Me mantengo en silencio e inmóvil a la espera de su próximo movimiento.

—Deja que te corte el pelo y esa barba —dice con voz tranquila, siempre ha sido el mejor ocultando sus emociones.

Dejo que lo haga porque no me siento con fuerzas para encargarme yo mismo. Mientras lo hace, cierro los ojos y disfruto de ello intentando relegar a lo más profundo de mi mente todos los recuerdos que me hostigan. Odio no poder comportarme con ellos, con mi familia, como lo hacía antes, ¿alguna vez podré volver a hacerlo?

—Listo —anuncia—. Ahora lávate el pelo. ¿Se ha quedado fría el agua?

Niego antes de sumergirme, salgo de nuevo y obedezco a mi amigo. Termino rápido cuando veo cómo regresa a mi lado con algo de ropa en sus manos. Como si leyera mi mente, se retira

dejándome un poco de privacidad. La camisa me viene bastante grande, pero al menos está limpia. Después de lavar toda la mugre y asearme, vuelvo a sentirme un poco más persona, respiro hondo para armarme de valor y salir de la alcoba, ya que soy consciente de que tengo muchas explicaciones que dar.

No debería sorprenderme encontrar a Arthur apoyado en el pasillo esperándome; de hecho, en el pasado era muy común que él o yo lo hiciéramos. Alza la mirada y nos observamos los dos en silencio, imagino que intenta averiguar si sigo enfadado. Por mi parte, lo conozco o, al menos, solía hacerlo, y estoy seguro de que ahora mismo se siente avergonzado y arrepentido de sus palabras.

—Lo lamento —soy el primero en hablar—. Deja de mirarme así, Arthur.

—¿Por qué me pides perdón cuando he sido yo quien se ha comportado como un bastardo egoísta? —cuestiona ceñudo—. Bajemos, los demás tienen que estar ansiosos por hablar contigo.

Asiento y descendemos las escaleras de nuevo. En el salón me encuentro con personas que no conozco, mujeres que no he visto antes, por lo que me quedo inmóvil. Sophie me sonríe, a su lado se encuentran dos muchachas más que me observan con curiosidad.

—Como ves, amigo mío, durante tu ausencia, nuestra familia ha aumentado —comienza a decir Broderick, quien se aleja de la chimenea donde parecía estar sumido en sus pensamientos—. Ellas son Rachel —señala a una pelirroja de mirada dulce—, la esposa de Broke. —Miro al susodicho sorprendido mientras este se encoge de hombros sonriente—. Y Faith, la esposa de Jules.

—¿Todos estáis casados? —pregunto, entrando por fin a la estancia, asienten complacidos—. No me lo puedo creer...

—Ha pasado largo tiempo, hermano —dice Jules—. Siéntate y come algo.

Lo hago, aunque odio ser el único que coma, miro los platos frente a mí y puedo escuchar el rugido de mi estómago. Intento comer como una persona y no como un animal, porque me siento observado, por lo que lo hago lo más despacio que puedo hasta que me siento saciado, no creo conveniente forzarme mucho después de tanto tiempo con poco alimento.

—Querréis saber dónde he estado —los miro a todos—. Primero, debéis prometerme que no actuaréis llevados por la furia.

—Dinos de una vez quién te ha hecho eso en la espalda —exige Broke—. Y no me pidas que me contenga.

—No sé cómo llegué a South Uist... —comienzo a decir, Broderick blasfema—. Los MacDonald me han mantenido cautivo hasta ahora.

—¿Por qué te han soltado? —pregunta el *laird* entre dientes—. ¿Qué quieren?

—No lo han hecho —rebato—. Flora me ayudó a escapar porque iban a matarme. Desde que recuperé la memoria, intentaron que les dijera lo que querían saber, hasta que se dieron cuenta de que no pensaba traicionarlos, por lo que ya no les hacía falta.

—¿Quién diablos es Flora? —cuestiona Jules—. ¿Y por qué no te ayudó antes?

—Cuando me apresaron, estaban convencidos por mis colores de que pertenecía al clan MacNeil, pero no podían estar seguros. —Me encojo de hombros—. Por lo que a sus ojos era un intruso y no iban a correr el riesgo de dejarme ir. Tardé años en recuperar la memoria y, cuando lo hice... —niego sin querer entrar en detalles—. Podéis estar tranquilos, porque no dije absolutamente nada.

—¿Crees que me importa eso? —pregunta Broderick—. Sé que antes te hubieras dejado matar que decir algo.

—Flora es la hija de MacDonald —respondo a la pregunta de mi amigo—. Ella fue la única que me ayudó todo lo posible. —Veo cómo ponen en duda mis palabras—. No podía hacer nada más —la defendiendo, no me gusta que la culpen—. Sin ella, hubiera muerto de hambre o enfermo en esa maldita mazmorra. Gracias a las conversaciones que manteníamos, un buen día recordé todo, podía desahogarme...

—Veo que tenemos que estarle muy agradecidos —replica Jaelyn, que hasta el momento había permanecido callada—. Dices que ella te ha ayudado, ¿no tendrá problemas?

—No sé si sigue viva —mascullo y un dolor sordo se instala en mi pecho—. La noche antes de mi ejecución se le metió en la cabeza que debía ayudarme a escapar. Me negué, porque sabía que era una sentencia a muerte, pero se empeñó, me amenazó con venir ella misma hasta aquí, lo que hubiera ocasionado una guerra.

—¿Crees que ahora nos vamos a quedar de brazos cruzados, hermano? —pregunta Arthur con voz helada—. No te equivoques, esos cerdos están muertos desde el día que se atrevieron a tocarte un solo pelo.

—No sé cómo consiguió la barca, pero cuando todos estaban durmiendo y con el cambio de turno en marcha, vino a por mí —continúo explicando—. Nos descubrieron al llegar a la playa, porque iba demasiado lento. Ella tuvo que tirar de mí. Cuando las flechas comenzaron a volar sobre nuestras cabezas, me empujó a la barca y ella misma la adentró al mar.

—Dios santo —escucho que una de las mujeres susurra conmovida.

—Vi cómo la hirieron, se despidió de mí —mascullo con voz quebrada—. Fui un cobarde, presencié cómo la apresaban, que su propio hermano la golpeaba y se la llevaba a rastras y...

—¿Crees que en tu estado hubieras podido luchar? —interrumpe Jules—. Los dos habríais muerto en esa playa, y nosotros jamás habiéramos descubierto la verdad.

—No sé si está viva o muerta —susurro, carcomido por los remordimientos—. Conociendo a MacDonald, le hará pagar caro el haberme ayudado.

—Fue su decisión —replica Arthur—. Por mi parte, estoy más que agradecido con esa muchacha por hacer posible que estés con nosotros.

—No lo comprendes —exclamo, perdiendo la paciencia—. Ella me amaba y yo...

Cierro los ojos porque no puedo confesar lo estúpido que me siento. ¿Por qué demonios entregué mi corazón a una mujer que ya pertenecía a otro? Peor, mucho peor, porque se trata de mi mejor amigo, del hombre que me dio una familia, del *laird* al que le juré lealtad.

—Andrew —susurra Jaelyn, siento su mano en mi hombro—. Imagino cómo debes sentirte, porque estuve en tu lugar hace cinco años —alzo la mirada para encontrar la suya—. Flora se ha sacrificado por ti, rezo porque siga viva y porque tenga una oportunidad como la que has tenido tú.

—En cuanto recupere las fuerzas, pienso ir a por ella —sentencio decidido—. No os pido que me acompañéis porque es cosa mía, solo pido que lo respetéis.

—Creo que la pérdida de memoria te ha afectado, hermano —dice Broderick, sorprendiéndome—. No importa si decides ir por ellos o no. Como ha dicho Arthur, los MacDonald están muertos, y no pienso esperar a que estés en condiciones de empuñar una maldita espada.

—Vamos a acabar con ellos —exclama Broke—. Voy a hacerles pagar cada cicatriz que recorre tu cuerpo.

Jules secunda la moción mientras sus mujeres se mantienen en silencio.

—Basta —ordeno en voz baja—. No he vuelto para esto.



Capítulo 5

Flora MacDonald.

Mi padre no mentía cuando me dijo que iba a ocupar el lugar de Andrew MacNeil. Apenas me traen comida suficiente como para subsistir, la curandera solo se ha asegurado de que no pierda el brazo por la herida de mi hombro, pero nada más. Sé que está infectada, porque me duele horrores, aparte de que el olor que desprende no es nada halagüeño, aunque se mezcla con el mío propio.

El miserable de mi hermano no se cansa de repetirme que, al menos, no estoy encerrada en las mazmorras como me merezco por ser una zorra traidora. El odio que desprenden su mirada y sus palabras es casi palpable, cualquiera que no nos conociera no podría creer que somos hijos del mismo padre y de la misma madre.

No me dejo vencer porque todavía conservo una mínima esperanza de que Andrew no esté muerto, me aferro a ese pensamiento para no perder la cordura, ya que pensar que el hombre al que amo ya no está en este mundo no es algo con lo que pueda vivir. Observo por la ventana y disfruto del aire fresco que golpea mi rostro, no la han cerrado porque dan por hecho que desde esta altura no voy a ser tan estúpida como para intentar escapar, por lo que es mi único resquicio de libertad que me permite contemplar a lo lejos, rezando porque en algún lugar él esté vivo, que haya llegado con los suyos y encuentre por fin la felicidad.

—¿Piensas en tirarte, traidora? —cierro los ojos y suspiro, preparándome para la batalla que se me presenta por delante—. Deberías hacerlo, así nos ahorras la molestia.

—Te gustaría, ¿verdad? —Me giro para encarar a mi hermano, al que no he escuchado entrar—. No voy a darte el gusto, hermano.

—No me llames así —sisea—. Siempre has sido una molestia, pero, al menos, eras leal al clan, ahora ni eso —escupe con rabia—. Si padre me diera permiso, yo mismo acabaría contigo.

—Hazlo —le reto, alzando el mentón—. Sabes que, incluso con el brazo herido, soy mejor que tú.

La ira desfigura su rostro tan parecido al de nuestro padre. Sabe que digo la verdad. Desde muy pequeña quise aprender a defenderme y al principio nadie ponía impedimentos; es más, uno de los hombres de confianza de los MacDonald me enseñó todo lo que sabía con el arco. Todo cambió cuando la gente comenzó a compararnos a ambos, Blake no podía soportar que su

hermana menor fuera mejor que él. Desde entonces, tengo prohibido coger cualquier arma con la que pueda hacerle sombra.

—Siempre te has creído superior —replica acercándose, me tenso a la espera del golpe—. Pero no olvides que eres una mujer, lo único para lo que servís es para abriros de piernas y parir. —Su sonrisa me dan ganas de vomitar—. ¿Tú qué opinas?

—¿A qué viene esa pregunta? —inquiero ceñuda, lo conozco y sé que algo se trae entre manos.

—Verás —comienza a decir con las manos tras la espalda, mientras camina a mi alrededor—. Padre intenta salvarte —añade con desdén—. Y la única forma que el viejo ha encontrado es casándote.

Sus risotadas me enfurecen y, si no fuera porque he aprendido a lo largo de los años qué batallas luchar, ahora mismo me abalanzaría sobre él para callarlo a golpes. Que mi propio hermano se ría de mis desgracias dice mucho de la clase de persona que es. Se supone que, al ser el mayor, debería cuidarme, pero jamás lo ha hecho. No tengo un solo recuerdo en el que nos hayamos comportado como hermanos. Desde mi nacimiento, Blake ha demostrado una animadversión hacia mí que no se ha molestado en ocultar.

—¿Y crees que voy a consentirlo? —pregunto con dulzura—. Haced lo que queráis, pero de mi boca jamás va a salir un «sí, quiero» para casarme con quien a vosotros os plazca.

—Sabía que eras tonta, pero no tanto —se burla—. ¿Crees que tienes opción? Padre está muy enfadado después de lo que hiciste, el clan no te tiene en muy alta estima, hermanita. ¿Vas a pasar tu vida aquí encerrada?

—Si debo elegir entre ambas opciones... —Me encojo de hombros—. No me cabe la menor duda de que elegiréis el peor hombre posible para que os haga el trabajo sucio, Blake. —Su mirada se oscurece dándome la razón—. Padre es igual de sibilino que tú, por lo que dejar que mi futuro esposo me castigue por mis pecados es la única solución que ha encontrado, no lo hace para salvarme, es una condena y los tres lo sabemos.

—Si de mí dependiera, te encerraría en las mazmorras —gruñe—. Da gracias a que padre sigue con vida y no soy yo el *laird*, por lo que te aconsejo que te marches de aquí si no quieres que termine contigo. —Su amenaza es muy real—. Te quiero fuera del clan, eres una maldita zorra traidora, Flora.

—Déjame salir y me iré —lo pongo a prueba—. No volveréis a saber de mí.

—¿Para que corras a buscarlo? —continúa burlándose—. Ese cerdo debe estar pudriéndose en el fondo del mar.

—Eres un maldito bastardo —siseo furiosa—. No te alegres tanto, porque puede que un día seas tú quien se pudra bajo el mar o en una mazmorra, Blake MacDonald.

—Tus amenazas no me afectan, estúpida —se jacta—. La única que está en problemas aquí eres tú. —Sonríe de nuevo—. Solo venía a informarte de la buena nueva, supongo que padre te dirá quién es el afortunado en cuanto todo se concrete. —Se alza de hombros para después salir de la alcoba como si nada.

Lanzo contra la puerta lo primero que encuentro y hago una mueca de dolor cuando mi hombro me recuerda que la herida no ha curado. Lo cierto es que ahora tengo problemas mucho más graves. Me había resignado a permanecer encerrada, pero saber que tienen preparado para mí un futuro incierto con un hombre que no conozco y al que jamás amaré es impensable.

—Tengo que salir de aquí —susurro pensativa—. Pero ¿cómo?

Me dejo caer conmocionada sobre el colchón, mirando a la nada con mil pensamientos que golpean mi mente. Por más que pienso, no encuentro solución, ahora mi padre ha redoblado la guardia desde que dejé a los MacDonald en ridículo al sacar a un prisionero de la isla. Además, la altura desde mi alcoba es considerable. Aunque intentara saltar, podría quedar mal herida, incluso muerta.

—Para salir de aquí debo convencer a mi padre de que estoy de acuerdo con su plan —exclamo—. Si dejo que crea lo arrepentida que estoy, puede que me libere...

Es difícil, mi padre no se caracteriza por ser un hombre compasivo ni que conceda segundas oportunidades, mucho menos a mí, que le he dejado en evidencia. Soy su hija y he ayudado al enemigo a escapar, algo que los MacDonald no me van a perdonar con facilidad. No es algo que espere o necesite, no me importa la opinión de los demás, hice lo que me dictaba el corazón y, ocurra lo que ocurra, no voy a arrepentirme.

Han pasado tres meses en los cuales no he salido de mi alcoba. El encierro solo terminará cuando salga de Ormacleit convertida en una MacLeod. Mi padre me informó de que había decidido que me casaría con su *laird* para crear una alianza lo bastante fuerte como para que las rencillas arrastradas a lo largo de los años desaparecieran por fin.

Todavía recuerdo su anuncio, su modo de informarme de algo tan importante como mi futuro, y lo hizo como si no le importara lo más mínimo; una cosa es saberlo, intuirlo, y otra muy distinta es tener la certeza delante de tus narices. Me dejó muy claro que esperaría tres meses para que todos estuvieran seguros de que no estaba preñada del MacNeil, ya que para todos soy una zorra que se abrió de piernas para el enemigo y por ello lo ayudó a escapar. No conciben que mi corazón lo haya elegido por encima de cualquier cosa, todo lo rebajan a algo tan trivial como el deseo, la lujuria.

Sé que me quedo sin tiempo. Mañana llega mi futuro esposo, un hombre que me dobla la edad y que al menos tiene tres hijos de su primer matrimonio. De él se cuentan muchas cosas, algunas buenas, otras malas. Y no es que le tenga miedo, ya que puedo enfrentarme a lo que sea sin que me tiemble el pulso. Mi mayor temor es no volver a ver a Andrew, da igual las veces que me hayan dicho que está muerto, mi corazón y mi alma no lo sienten así, y me aferro a esa esperanza como un clavo ardiendo.

Durante estos meses, me he mentalizado. Si debo casarme con alguien que no respeto ni aprecio para salir de aquí y obtener mi libertad, lo haré. Si debo soportar situaciones molestas para alejarme lo suficiente de mi familia, pienso hacerlo. En cuanto ponga un pie fuera de las tierras MacDonald, pienso echar a correr y no me voy a detener hasta llegar a mi destino.

—Mi señora. —Una de las criadas encargada de atenderme ha entrado y, como es costumbre en mí, ni siquiera la he escuchado—. El *laird* me ha pedido que prepare una tina para que se bañe. Dice que no puede aparecer ante su futuro marido como una pordiosera.

Asiento sin darle menor importancia, supongo que así se sentía Andrew cuando se le privó de cualquier cosa que pudiera hacerle parecer humano. No puedo evitar recordarlo a cada momento, preguntándome si en realidad todos a mi alrededor tienen razón y fui la causante de su muerte. Eso me atormenta sobre todo cada noche, las pesadillas se han vuelto recurrentes y, en cada una de ellas, sufro al descubrir el cruel final de un joven que lo único que hizo fue dar su vida por los que amaba.

Me lavo mientras pienso en todo y en nada. Llegados a este momento, es una locura negarme cuando todo está dispuesto. Durante estos meses, he seguido el juego de mi progenitor porque eso me ha permitido vivir relativamente en paz. Encerrada en mi alcoba, pero sin que me mataran de hambre y sin nada de golpes, ya que no querían que mi futuro marido viera a un cadáver por esposa. Ahora que ya están seguros de que no estoy preñada, no tienen excusa para mantenerme en el castillo. Sé por alguna de las criadas que la gente no está contenta con lo que hice, otros algo más románticos suspiran diciendo que soy una heroína por salvar al hombre que amo. De todos modos, eso no va a salvarme esta vez.

—Puedes retirar la tina —le digo cuando salgo y me cubro—. ¿Mañana debo vestirme con algún vestido en concreto? —pregunto mientras me visto para comenzar a cepillar mi cabello antes de que sea imposible domar mis rizos.

—Creo que su padre ha elegido uno nuevo, mi señora —responde mientras limpia el desastre que he formado—. Debe estar contenta —exclama—. Me han dicho que la tela es de lo mejor que hay por la zona.

—Muero de emoción —respondo con ironía, creo que la muchacha no es consciente de mi situación o es demasiado joven como para entenderla—. Mi padre es muy generoso.

La joven me mira algo avergonzada al darse cuenta de que ni estoy feliz ni mucho menos agradecida porque mi padre me haya comprado un vestido nuevo con el que agasajar a nuestro invitado. No soy un maldito adorno, un objeto que codiciar, soy una mujer con sentimientos y opiniones propias.

—Lo siento, yo... —comienza a balbucear—. No quería ofenderla, mi señora.

—Y no lo has hecho —replico, sonriendo para tranquilizarla—. No eres la culpable de mi destino.

No es justo que la muchacha pague por mis frustraciones. Nunca he sido cruel con la servidumbre ni con nadie, y no pienso comenzar ahora, no quiero parecerme en absoluto a mi hermano. Al marcharse, vuelvo a quedarme sola sabiendo que después de este día todo volverá a cambiar.

Que Dios me ayude...



Capítulo 6

Andrew MacNeil.

Han pasado tres meses en los cuales me han cebado para que recuperara todo el peso perdido. He entrenado con los muchachos. En cuanto me sentí lo bastante fuerte como para sostener una espada en mis manos y me vi preparado para tensar la cuerda de un arco, lo hice. Comencé a utilizar los puños cuando la rabia e impotencia amenazaban con ahogarme.

—No hace falta que nos acompañes. —Broderick aparece tras de mí en la torre en la que me encuentro, desde la cual, a lo lejos, se puede divisar la isla de South Uist—. Si Flora sigue viva, la traeremos con nosotros.

—No —sentencio con firmeza y sin vacilar—. Voy a volver para cumplir la promesa de destrozarlos. Nunca me creyeron, ahora es el momento de que paguen todo lo que hicieron.

—Podemos hacerlo nosotros —insiste de nuevo—. No es necesario que regreses a ese maldito lugar.

—Pienso acompañaros —rebato, mirándolo para que vea en mis ojos la resolución que no parece entender por mis palabras—. Acabaré con ellos y así podré olvidar todo lo ocurrido.

—Por desgracia, eso no funciona, hermano —interviene Arthur, quien aparece de la nada—. Puedes matar a todo aquel que te haya hecho daño, pero los recuerdos no van a desaparecer.

—Me importa una mierda —exclamo—. Dejad de intentar detenerme —les grito dolido por no recibir su apoyo—. ¿Qué demonios os pasa?

—No nos mires como si te estuviéramos dando la espalda —replica Broderick entre dientes—. No es así, sabes que no voy a dejar piedra sobre piedra, pero tú no eres...

—No lo era —rectifico, dispuesto a marcharme para no seguir escuchándoles—. Podéis venir conmigo o no hacerlo, pero no me detengáis.

Los escucho maldecir y farfullar, pero no me quedo para saber lo que dicen, porque no hay palabras capaces de detenerme en mi propósito. Si he seguido adelante con tanto ahínco era porque me movía la venganza y la esperanza de que Flora siga viva y pueda salvarla igual que lo hizo conmigo. Se lo debo, es lo mínimo que puedo hacer por ella.

En el pasado, discutir con mis amigos me hubiera parecido imposible, porque los remordimientos me hubieran comido por dentro. Ahora, a pesar de amarlos como siempre, algo dentro de mí ha cambiado, no me siento como el antiguo Andrew, y eso, al principio, me

asustaba, ahora he aprendido a aceptarme tal y como soy, lo único que lamento es que los demás no sean capaces de hacerlo.

—Estoy harto de que huyas, Andrew. —Me detengo al pie de la escalera para mirar sobre mi hombro, Arthur me ha seguido y no parece contento—. Tú y yo vamos a hablar largo y tendido.

Ruedo los ojos cansado de escuchar siempre lo mismo. Creo que ahora soy capaz de entenderle. En el pasado, siempre le obligué a hablar, a decirme cómo se sentía. Creo que era el único que no le permitía esconderse tras esa máscara de humor e indiferencia hacia los demás.

—¿Te estás vengando, hermano? —pregunto, continuando mi camino, sabiendo muy bien que va a seguirme, que no va a dejarlo estar hasta que no obtenga lo que desea—. Sé que en el pasado te presioné demasiado, ¿de acuerdo? Ahora lo entiendo y te pido disculpas.

—No te sigo para eso —gruñe, deteniéndome—. Durante tu ausencia, solo rezaba para que se obrara un milagro y volvieras —dice emocionado—. Lo has hecho, pero no he recuperado a mi mejor amigo, Andrew.

—No digas estupideces —escupo, intentando soltarme de su agarre. Al no conseguirlo, pierdo la paciencia y, con un gesto brusco, lo aparto—. Basta, Arthur. Estoy de vuelta, pero no esperes que sea como hace cinco años.

—No pido eso, maldición —exclama frustrado. Sus manos se pierden entre su cabello de por sí enmarañado—. Todos hemos cambiado, madurado y aprendido a dejar nuestro pasado atrás, por ello queremos hacer lo mismo por ti.

—Perfecto —cabeceo—. Entonces, no me detengáis, dejadme hacer lo que debo para seguir con mi vida donde la dejé.

—¿Penando por una mujer que nunca será tuya? —pregunta, deteniéndome de nuevo con ese golpe tan bajo por su parte—. ¿Crees que no me doy cuenta de cómo la observas?

—Cállate —gruño, apretando mis puños con tanta fuerza que todo mi cuerpo tiembla—. Déjame en paz, Arthur —le advierto, luchando por no golpearle. Tengo tanta rabia dentro de mí que temo hacerle daño a una de las personas que más me importan en el mundo.

—¡Debes reaccionar! —brama. Antes de que sepa lo que estoy haciendo, mi puño golpea su rostro con fuerza.

Escucho gritar cuando Arthur se abalanza sobre mí. No parece que quiera devolverme el golpe, más bien, contenerme, y eso solo consigue enfurecerme todavía más. Gruño, intento soltarme para conseguir sacar la rabia que siento en mi interior, pero no lo consigo, puede que haya engordado y entrenado, sin embargo, mi amigo sigue siendo más fuerte que yo.

—Cálmate, maldita sea —sisea en mi oído cuando me gira y mi rostro golpea el suelo—. No pienso golpearte —advierte—. Sé lo que quieres, Andrew. Tú me ayudaste a mí, y pienso hacer lo mismo, solo quiero que abras los ojos. —Es casi una súplica.

—Suéltalo, Arthur. —Me tenso al escuchar la voz de Jaelyn—. Quiero hablar con él.

Mi amigo duda, pero finalmente obedece a su señora, sabe que no hacerlo significa enfrentarse a la furia de Broderick. Me levanto de un salto e intento limpiarme, porque debo estar sucio. Le lanzo una mirada poco halagüeña para dejarle claro que esto no va a quedar así, no aparta los ojos, al contrario, me hace frente, y no sé si tengo ganas de abrazarlo por no dejarme solo o golpearlo de nuevo por su cabezonería, por retarme.

—Déjanos solos —vuelve a ordenar la esposa de nuestro *laird*—. No dudes, sabes que jamás me haría daño.

Agacho la cabeza, porque el hecho de que mi mejor amigo tema que pueda dañarla me hace comprender lo perdido que puedo parecer. Veo cómo se aleja, me niego a mirarla a la cara, no por vergüenza por lo que acaba de suceder, porque estoy seguro de que está más que acostumbrada a ver a hombres peleándose por doquier.

—¿Qué piensas hacer con tu vida, Andrew? —pregunta comenzando a caminar, una clara señal para que la siga—. No he rezado todos los días desde aquella maldita noche para que vagues como alma en pena sin un propósito, sin un futuro...

—Tengo un propósito, Jaelyn —rebato en voz baja, observando cómo todos a nuestro alrededor miran con disimulo—. Acabar con los MacDonald.

—¿Y después? —pregunta como si nada—. Estamos hablando de matar a personas inocentes, Andrew.

—Yo también lo era —exclamo dolido—. ¿Insinúas que no debo hacer nada? ¿Debo dejar pasar lo que me hicieron durante cinco años?

—Por supuesto que no —replica, deteniéndose para mirarme enfadada—. He discutido con el patán de mi esposo porque no me deja ir con vosotros —añade, la miro entre asombrado por la valentía de esta mujer y orgulloso—. Yo misma destriparía al *laird* y a su hijo, que son los que realmente tienen el poder de decisión en South Uist, no te engañes, Andrew —dice suspirando—. Puede que no todos los MacDonald estuvieran de acuerdo...

No puedo evitar acordarme nuevamente de Flora. Ella fue la única que me demostró que no importaban los colores de nuestro *kilt*, ni a que clan pertenecíamos, vio al hombre que habitaba bajo la mugre y los golpes, y por eso no pienso dejarlo pasar, no voy a seguir mi vida como si nada sin saber si la de ella se vio truncada después de ayudarme.

—No soy un asesino, Jaelyn —me defiendo—. No seré el verdugo de gente inocente, pero créeme cuando te digo que en Ormacleith hay muchos más culpables que esos bastardos.

—Entonces acaba con ellos y regresa sano y salvo —asiente—. Y trae contigo a esa muchacha.

Ahora la miro con el ceño fruncido sin comprender por qué da por hecho que está viva cuando yo mismo lo dudo.

—Es hora de que avances, querido amigo —dice con dulzura, mirándome como una madre a un hijo—. Tú todavía sigues anclado en un pasado en el que creías amarme. —Agacho la cabeza, avergonzado. ¿Es qué todos se han dado cuenta?—. Sin embargo, estoy segura de que tus sentimientos han cambiado, te he visto entrenar hasta el cansancio, comer todo lo posible por reponerte y, aunque tú pienses que lo que te motiva es la venganza, yo estoy segura de que lo que te está volviendo loco es no saber si Flora está viva o muerta. ¿Me equivoco?

—Por supuesto que quiero saberlo —replico—. Me salvó arriesgando su vida —gruño, enfureciéndome al recordar aquella noche—. Se lo debo...

—¿Solo es un sentimiento de gratitud? —pregunta. Me siento acorralado—. ¿En estos años no te has cuestionado lo que era ella para ti?

—Una amiga —respondo—. Un salvavidas.

El silencio tras mis palabras me deja claro que no le ha gustado mi respuesta. Incluso diría que está molesta y no logro comprender el motivo. He sido sincero y, en ningún momento, le he faltado el respeto a Flora por responder a su interrogatorio.

—Debería estar acostumbrada a la estupidez masculina —masculla—. Te voy a dar un consejo

que no me has pedido, no te aferres al pasado, a lo que consideras seguro. Enfrenta tus dudas y miedos y déjame marchar. —Sonríe ante mi confusión—. Deja marchar a la joven que recuerdas, a la que amaste, para poder ver lo que la vida ha traído hasta ti antes de que sea demasiado tarde.

Se marcha y me deja rumiando sus extraños consejos, unos que no les he pedido y que, sin embargo, ha creído necesarios decir. Siempre he considerado a Jaelyn una mujer inteligente y muy cabal, menos cuando se trata de Broderick, entonces todo parecía perder toda lógica y se dejaba guiar por ese carácter indomable que la hace tan única.

—Veo que la charla con mi esposa te ha dejado descolocado. —Me giro sorprendido para ver llegar a mi amigo—. Acabo de encontrarme con ella y me ha pedido que viniera a verte. —Palmea mi espalda—. Teme haber sido muy brusca.

—No soy una damisela —mascullo, removiéndome inquieto, ya que no logro silenciar la voz de Jaelyn—. Tampoco necesito niñera.

—Desde que has vuelto, estás muy malhumorado —regaña—. Intento entenderlo y tener paciencia, hermano, pero no tenses la cuerda o puede romperse —aconseja con seriedad—. No me obligues a hacerte entrar en razón a golpes.

—No creo que seas el mejor para dar consejos —rebato a la defensiva—. ¿Debo recordarte tus errores del pasado? ¿Cómo cometías estupidez tras estupidez con Jaelyn y eso la hizo sufrir?

—Si atacarme te hace sentir mejor, adelante —asiente—. Soy consciente de mi pasado, Andrew, y eso no va a cambiar el hecho de que debes liberarte de esa furia que te carcome.

Intento tranquilizarme, porque repetir lo mismo una y otra vez sin que logren comprenderme no es algo que quiera hacer. No pienso lidiar con sus recriminaciones continuamente. Si no pueden entenderme, al menos, que me dejen lidiar con mis demonios de la única manera que sé.

—Al alba, partiremos hacia South Uist —informa ante mi silencio—. Espero que eso te de algo de paz cuando todo termine.

Se marcha, dejándome solo de nuevo. Saber que al fin podré cobrar mi venganza consigue hacerme reaccionar. Me dirijo hacia el patio trasero y comienzo a lanzar flechas para afinar mi puntería, aunque no tengo pensado matar a esos dos bastardos de un simple disparo. Debería encerrarlos durante años, golpearlos, privarlos de comida y de cualquier rastro de humanidad para luego acabar colgándolos como querían hacer conmigo. Sin embargo, sé que no haré nada de eso, simplemente entraré en ese maldito castillo para acabar de una vez por todas con algo que no fui yo quien lo empecé y después, si Flora sigue con vida, la sacaré de ese infierno, no volveré a dejarla atrás.

—Mañana mi espada se teñirá de rojo —siseo mientras la desenvaino—. La sangre de los MacDonald manchará el filo, y por fin podré tener paz.

En cuanto pronuncio esas palabras, me doy cuenta de que ni yo las creo, que mi mayor temor es no ser capaz de olvidar y avanzar. Mis amigos tienen razón, no me reconozco, porque me siento un extraño. Todo ha cambiado, la vida siguió su curso mientras la mía se detenía. Ellos se han casado con mujeres maravillosas, han tenido hijos mientras debía soportar lo inimaginable por no traicionarlos.

¿Me arrepiento? Por supuesto que no, pero hay noches en las cuales los pensamientos me atormentan, me pregunto cómo hubiera sido mi vida si, en vez de dejarme caer, hubiera aceptado la mano de Arthur.



Capítulo 7

Flora MacDonald.

Ha llegado el momento. Sé por una de las criadas que mi futuro marido junto a varios de sus hombres han llegado hace una hora a Ormacleith. Ya no hay marcha atrás, y todos los planes que tenía en mente no parecen lo suficientemente buenos como para llevarlos a cabo. ¿Debería resignarme a mi destino y ser la esposa que se supone que debo ser para un hombre que no conozco? ¿O sigo luchando a contracorriente como he hecho toda mi vida?

La puerta de mi alcoba se abre, impidiéndome seguir regodeándome en mi miseria. Mi padre entra ataviado con sus mejores galas, el *kilt* más nuevo que tiene con los colores de los MacDonald. Parece orgulloso, aunque sé que no es por mí, imagino que salirse con la suya y conseguir una alianza ventajosa mientras se deshace de la de la hija que ha traicionado al clan es suficiente motivo como para sonreír como lo hace ahora mismo.

—¿Estás lista? —pregunta—. No debes hacer esperar a tu futuro esposo —no es un consejo, es una orden—. Cuando estuvo aquí hace semanas, se llevó una buena impresión de ti y debemos aprovechar ese hecho.

No puedo evitar sonreír con ironía, ya que parece sorprendido de que haya sido capaz de impresionar al MacLeod. Nunca me lo ha dicho, pero otros muchos sí. Mi cabello rojo, herencia de mi madre, los ojos de un color extraño, entre el verde de las colinas y el gris, y un rostro armonioso me hacen más que atractiva, ¿por qué no iba a querer casarse conmigo?

—Lo estoy —asiento, dando unos cuantos pasos hacia la puerta—. ¿Todo está dispuesto? —pregunto para continuar con mi papel, no porque me importe.

—Por supuesto, ¿crees que iba a dejarlo todo en manos de extraños? —cuestiona molesto—. Muévete. —Me hace un gesto para que salga de la alcoba—. De nada va a servir que sigas escondiéndote, posponer lo inevitable es una pérdida de tiempo.

Tiene razón, pero que sea justo él quien me dé consejos de cómo afrontar lo que está por venir, cuando es el culpable de todo, me enfurece, aunque una vez más debo tragármelo todo y aguantar. Estoy demasiado cerca de la libertad y no puedo dar un paso en falso o todo se ira al infierno. Lo sigo en silencio, intentando alejar mi mente lo máximo posible de aquí para que todo resulte mucho más fácil. Al ver al hombre que me espera para desposarme, se me cae el alma al

suelo porque no es él, no es mi Andrew. Cierro los ojos unos instantes para infundirme valor, los abro cuando todo estalla a nuestro alrededor, escucho cómo alguien grita que nos están atacando.

—¿Quién demonios es tan imbécil como para hacer algo así? —pregunta mi hermano, mirando alrededor cómo nuestra gente corre para esconderse cuando los caballos entran en el patio.

Observo a los cinco jinetes. Cubiertos con capuchas, no soy capaz de ver sus rostros y sus *kilt* están tapados, por lo que es imposible saber quiénes son. Los hombres de mi padre los rodean. Cuando el que va delante se deja ver, frunzo el ceño al no reconocerlo. Mi hermano, a mi lado, lanza una maldición y me coge del brazo. Intento soltarme, pero no me lo permite.

—Quieta —sisea—. Esto va a ponerse interesante...

—¿Quién es? —le pregunto, mientras lucho, desobedeciéndole—. Suéltame —grito impotente.

—Quítale las manos de encima. —Esa voz... Alzo la mirada para ver que alguien se ha acercado hasta nosotros con la espada en la mano—. ¿No me has escuchado, MacDonald?

—¿Quién te crees que eres para darme órdenes? —pregunta sin obedecer, al contrario, su agarre se afianza y duele cuando aprieta con más fuerza mi antebrazo. Odio gemir cuando siento que va a romperme el hueso—. ¿Cómo os atrevéis a irrumpir en nuestras tierras?

La mano libre del hombre aparta la capucha que le cubría el rostro y jadeo sorprendida. Ante mí se encuentra alguien que ya había perdido las esperanzas de volver a ver. Me empapo de su presencia, tan parecido y cambiado a la vez. Ahora los músculos se marcan en su cuerpo donde antes solo había piel y hueso, ya no está blanco como un cadáver ni la barba cubre su rostro y el cabello oculta sus ojos.

—Andrew —murmuro conmovida, emocionada al verlo con vida, sano y salvo—. Estás vivo, me dijeron que... —Un empujón que me lanza al suelo me impide terminar de hablar.

Lanzo un grito cuando el dolor recorre mi brazo. Andrew observa a mi hermano con una furia que incluso me asusta a mí antes de abalanzarse sobre él. Me siento como puedo, pero me doy cuenta de que no puedo apoyarme, alguien me ayuda, alzo los ojos y veo a un muchacho apuesto de sonrisa dulce pero atormentada a la vez.

—Deja que te ayude —me dice—. Debes apartarte. Si Andrew te hiere sin querer, no se lo perdonará jamás.

—¿Quién eres? —pregunto—. ¿Qué está pasando?

—Soy Arthur —responde mientras me lleva lejos de los dos hombres que luchan con rabia—. Somos MacNeil.

Abro los ojos cuando uno de ellos también desmonta mientras deja de ocultarse. Sin necesidad de que nadie me lo diga, sé que se trata de Broderick MacNeil, el *laird* más temido de las Hébridas.

—¿Estás heridas? —me pregunta al ver cómo sostengo mi brazo—. Andrew lo va a matar. Si no quieres verlo, deberías salir de aquí.

No puedo dejar de observarlo. La ferocidad en su mirada no es nada comparado a lo que haya visto en mi vida. Es apuesto, y aun así no se compara a Andrew, al menos, a mis ojos.

—Debéis detenerlo —exclamo asustada al comprender sus palabras—. Va a matarlo.

—Encomiable vuestra preocupación por Andrew —responde alguien, miro a la derecha donde se encuentra otro de los hombres que han irrumpido en mi boda—. Sin embargo, deberíais temer

por el bastardo que os ha lanzado al suelo como un fardo de patatas.

—Blake no tiene honor —rebato, intentando hacerles comprender, al ver que solo observan, mientras mi padre ordena con un simple gesto que sus hombres se preparen para atacar—. Tenéis que iros —grito empujando al *laird*—. Por favor, os matarán.

Se miran entre sí antes de sonreír con suficiencia. Cuando los MacDonald se abalanzan sobre ellos, Arthur me protege poniéndome a su espalda y comienza a luchar al igual que los demás. Veo impresionada cómo, a pesar de estar en inferioridad numérica, son capaces de hacerles frente sin inmutarse. El manejo de la espada es espectacular. Ahora comprendo por qué la fama les precede. Busco a Andrew preocupada y veo que todavía lucha contra mi hermano con una ferocidad que podría asustarme si no supiera que, bajo toda esa rabia, existe un buen hombre, con un corazón puro dispuesto a sacrificarse por las personas que ama.

—¿Andrew! —grito, advirtiéndole, cuando veo que el desgraciado de mi padre se encuentra dispuesto a atacar al ver que su hijo no va a ser capaz de ganar—. ¡Cuidado!

Corro hacia él sin pensar, sin que me importe salir herida en el proceso. Escucho cómo alguien me llama y, aun así, no me detengo, porque el miedo se ha apoderado de mí. Empujo con el peso de mi cuerpo al hombre que me dio la vida para lanzarlo al suelo en un intento de evitar que haga daño a Andrew. El dolor en mi brazo es insoportable, pero no me arrepiento de lo que he hecho.

—¿Estás loca? —brama al ver quién ha sido el culpable—. Quítate del medio, muchacha —ordena—. No me obligues a hacerte daño.

—No vas a tocarle un pelo, viejo —ese siseo entre dientes nacido de la rabia más absoluta hiela mi sangre. Alzo la mirada y veo a Andrew a mis pies mirando a mi padre con sed de venganza. Busco a Blake y lo encuentro en el suelo herido—. Márchate, Flora —ordena sin mirarme—. No puedo hacer lo que tengo que hacer si estoy preocupado por ti.

—Andrew —suplico, asustada—. Tú no eres así, por favor...

—Estoy harto de escuchar las mismas palabras una y otra vez —sisea sin apartar la mirada de su enemigo—. ¡Arthur! —llama a su amigo—. Llévatela y asegúrate de que no le pase nada.

—No vais a llevaros a mi esposa a ninguna parte —brama el MacLeod que hasta ahora se había mantenido al margen.

—¿Tu esposa? —pregunta Andrew, mirándome ahora con una extraña intensidad—. ¿Te has casado?

—Has interrumpido la ceremonia, bastardo —responde mi padre por mí—. ¿Crees que viniendo a mis tierras con tus amigos vas a conseguir algo? —se burla—. Salid de aquí antes de que ordene que os masacren y envíe vuestros restos a Kisimul.

—¿Nos estás amenazando, MacDonald? —pregunta el *laird* MacNeil, que hasta el momento había dejado a Arthur al mando de la situación—. Porque si no sabes el motivo de nuestra presencia aquí, es que eres más estúpido de lo que creía.

—¿Cómo te atreves, mocoso? —brama enfurecido—. ¿Estás aquí por este bastardo? —cuestiona, riéndose a carcajadas—. ¿Pondrás a todo tu clan en peligro por él?

—No lo dudes, malnacido —responde—. Hemos venido aquí para dejar muy claro a cualquier MacDonald —alza la voz, mirando a su alrededor— que quien ose tocar a uno de los míos no vivirá para contarlo.

Me levanto como puedo al darme cuenta de la batalla que se avecina. Si no los detengo, mucha gente inocente va a morir, no puedo creer que lo que tanto intentaba evitar Andrew se esté

cumpliendo, mucho menos, que sea él quien encabece toda esta locura. Puedo darme cuenta de que se encuentra tan enfurecido que no voy a poder hacerle entrar en razón, por lo que lo único que me queda es intentarlo con su *laird*. Si lo consigo, puedo evitar un derramamiento de sangre.

—Por favor —suplico, mirándole a los ojos para que vea en los míos la desesperación—. Mucha gente inocente morirá si no os detenéis. —Me observa impassible—. Sé que Andrew merece...

—No implores a mi *laird*, Flora —ladra el hombre al que no reconozco, interrumpiéndome—. He venido a obtener mi venganza. ¿O vas a defenderlos? —cuestiona, intentando ocultar el hecho de que le dolería tal deslealtad por mi parte.

—Parece que no recuerdas lo que hice por ti, MacNeil —exclamo ofendida y furiosa a partes iguales, mientras aparto el vestido de mi hombro para mostrar la fea cicatriz que la herida de flecha mal curada ha dejado en mi piel—. Jamás vuelvas a poner en duda mis sentimientos ni mi lealtad hacia ti.

—¿Qué demonios...? —exclama mi futuro esposo—. ¿Eres la ramera del MacNeil? —vocifera antes de que Andrew lo coja por el cuello.

—Si vuelves a insultarla, cortaré tu lengua —gruñe—. Coge a tus hombres y sal de aquí —aconseja—. Esta no es tu guerra. Si no queréis morir, regresad a vuestro hogar y olvídate de Flora.

Debería tener miedo, estar aterrada y, sin embargo, tras sus palabras, solo puedo sentirme especial. Mi corazón golpea con fuerza en mi pecho esperanzado ante sus palabras. ¿Realmente ha venido a obtener su venganza, o a por mí? Es una pregunta para la que no tengo respuesta y me encantaría saberla, porque llevo mucho tiempo soñando con ser para él algo más que una amiga a la que se la debe soportar.

Veo cómo los MacLeod están pensando si quedarse y luchar una batalla que no les concierne o salir corriendo como unos cobardes. Por supuesto, su líder no da un paso atrás, ¿quién lo haría? Se encuentra entre la espada y la pared, parece que el tiempo se ha detenido y todos se mantienen expectantes a la decisión que tome.

—¿Qué decides? —apremia ahora el *laird* de los MacNeil—. ¿Estás seguro de que nos quieres como enemigo? —cuestiona con sorna.

Veo la duda en los ojos de su oponente, cómo mi padre enfurece cuando, tras con un simple gesto, ordena a sus hombres que se retiren. A mí me dirige una mirada de desprecio que podría llegar a dolerme si me importara lo más mínimo su opinión. Arthur detiene a Andrew, que parece dispuesto a abalanzarse. Mis ojos se abren desmesurados ante lo diferente que parece, un fiero guerrero dispuesto a derramar sangre cueste lo que cueste.

—Uno menos —murmura sin apartar la vista hasta que salen del castillo—. ¿Alguien más quiere huir como las ratas? —pregunta, mirando alrededor—. Solo voy a dar una oportunidad. Quien se quede aquí y alce su espada contra nosotros morirá.

Los aldeanos se retiran, a pesar de que mi padre los increpa por echarse atrás llamándoles cobardes y otras lindezas. Por el contrario, sus hombres más fieles se preparan para la batalla. De nuevo, el miedo se instala en mi pecho, amenazando con ahogarme al saber que la lucha es inminente. Me sobresalto cuando alguien me alza en brazos y grito hasta que me doy cuenta de que es uno de los amigos de Andrew, que me lleva hasta su montura, subiendo tras de mí.

—¡No podemos dejarlos! —grito al ver cómo me saca de Ormacleit—. Detente —sollozo, sintiendo que estoy abandonado a Andrew.



Capítulo 8

Andrew MacNeil.

—**Q**ue empiece la diversión —mascullo cuando estoy seguro de que Jules se ha llevado a Flora lejos de aquí para mantenerla a salvo—. Ahora vais a morir.

Todos se vuelve un caos. Nosotros contra los MacDonald, ambos clanes luchando a muerte, aunque estemos en inferioridad. Mi sed de venganza me da una fuerza y velocidad que nunca antes he tenido, debo reconocerlo. De reojo, veo a mis amigos combatir, arriesgar su vida por mí.

—¿Crees que vais a vencer? —pregunta Blake, que ya ha despertado después de que lo haya dejado inconsciente todo este tiempo—. Pobre iluso —se carcajea, esquivando una de mis estocadas—. Has conducido a tus amigos a una muerte segura, ¿podrás vivir con eso? Aunque, pensándolo mejor, no vas a poder verlo, porque pienso atravesarte con mi espada —se jacta antes de que nos enzarcemos en una lucha encarnizada.

Todo se reduce al malnacido que ha hecho de mis últimos cinco años de vida un infierno y yo. Nuestras espadas chocan una y otra vez. Sabía que era el mejor guerrero de su clan, pero no esperaba la ferocidad con la que rechaza cada estocada por mi parte. Maldigo porque mi cabeza se encuentra llena de pensamientos, y un fallo, por mínimo que sea, puede costarme una herida o algo mucho peor. Sin embargo, no puedo estar tranquilo sabiendo que Flora y Jules están ahí fuera, sin saber si están en peligro, si mis amigos van a salir de aquí ilesos...

Gruño cuando la espada de mi oponente me hiere en la pierna, siento la sangre fluir caliente por mi muslo. Me observa sonriente, sintiéndose victorioso, yo me enfurezco conmigo mismo por mi estupidez.

—Andrew, ¡deja de hacer el imbécil y acaba con él! —brama Broderick, llamando mi atención. Le miro de reojo y veo que tienen la situación controlada, porque el gran *laird* MacDonald ha caído ante mi amigo—. Quiero volver a casa para la cena, hermano —amonesta aburrido—. Tengo a este cerdo aquí para que lo envíes al infierno y comienzo a aburrirme.

Escucho las carcajadas de Arthur y Broke, que siguen luchando, aunque ya no quedan muchos hombres que sean tan estúpidos como para dar un paso al frente cuando su propio líder ha sido vencido. Mi enemigo, al ver a su padre herido y de rodillas ante los MacNeil, deja que la furia le ciegue y se abalanza sobre mí sin pensar bien lo que hace. Es mi momento de sonreír sabiendo que acaba de firmar su sentencia de muerte. Con un simple movimiento, atravieso su negro

corazón. El bramido de dolor de su padre no me conmueve lo más mínimo, ya que ellos no lo hicieron conmigo. Cae al suelo muerto y me giro para contemplar el semblante desencajado del viejo MacDonald. ¿Debería sentir lástima o misericordia? Tal vez, si el no sentirla, después de todo lo que estos malnacidos me han hecho, me convierte en un maldito bastardo sin corazón ni conciencia, que así sea.

—Te dije que me vengaría, viejo —le digo, caminando hacia él con la sangre de su hijo manchando mi rostro—. Supongo que ahora te arrepientes de haberme mantenido cautivo...

—Me arrepiento de no haberte matado en la primera oportunidad —escupe con odio y rabia. Broderick lo golpea en la espalda, gime por el dolor, pero no se inclina—. Acaba de una vez con esto —exige entre dientes—. Mi gente es inocente...

—No todos —interrumpo—. Algunos de tus hombres eran los encargados de ensuciarse las manos, ¿recuerdas? —Miro a mi alrededor—. Aunque veo que ellos también están ardiendo en el infierno junto al perro de tu hijo —me mofo.

—Andrew... —dice Arthur—. Acaba de una vez con esto. —Posa su mano sobre mi hombro—. No te regodees en demasía —aconseja—. No dejes que ellos ganen al convertirme en alguien que nunca has sido, no dejes que tu alma se torne tan negra como para que los que te queremos no seamos capaces de reconocerte.

Sus palabras son como un mazazo. La rabia y el resentimiento se han apoderado de mí hasta tal punto de no ser consciente de mis actos en muchas ocasiones. Jamás he sido cruel con aquellos a los que debía arrebatarse la vida. Lo hacía sin hacerles sufrir en exceso, ya fuera por salvar la mía propia o la de las personas que amaba. Sin embargo, me encuentro frente a un monstruo que ha perdido a su hijo y a muchos de su clan, un hombre que sabe que va a morir, ¿por qué alargar la agonía?

«Ellos lo hicieron», escucho el pensamiento en mi cabeza, esa voz tan parecida a la mía y, a la vez, tan impropia de mí. Mi mano parece moverse por iniciativa propia cuando, con un movimiento rápido, acabo con la vida del *laird* MacDonald ante los ojos de unos pocos que, escondidos, son espectadores mudos de la muerte de un ser ruin y despreciable.

—Volvamos a casa —dice Arthur en voz baja. Su mano vuelve a posarse sobre mi hombro y me empuja hacia mi caballo—. Espero que ahora encuentres la paz que te ha sido negada por años.

—¿Alguien tiene algo que decir? —Broderick brama en medio del patio, sin miedo a represalias, sin embargo, miro hacia la muralla en busca de algún hombre dispuesto a disparar una flecha que pueda herirlo—. ¡Decidlo ahora! —exige—. Porque no quiero a ningún MacDonald en mis tierras. Si os atrevéis a desafiarme, no viviréis para contarlo —no es una amenaza, es una promesa que estoy seguro que mi amigo cumplirá a rajatabla.

Montamos en nuestros caballos y salimos de Ormacleith sabiendo que nuestra misión ha concluido. Espero que no haya consecuencias por mi cabezonería en venir hasta aquí para obtener mi venganza por muy merecida que la tuviera. Me pregunto dónde se habrá metido Jules con Flora. Miro a nuestro alrededor, pero no los veo y comienzo a ponerme nervioso.

—¿Dónde demonios están? —mascullo para mí mismo, escucho un silbido, nuestro antiguo modo de comunicarnos—. Hacia la derecha —exclamo, mientras espoleo mi caballo girando la trayectoria sin que me importe si los demás me siguen o no.

La distancia me parece interminable cuando de entre los árboles veo que aparecen mi amigo y Flora sobre su montura, como si estuvieran esperando a salir corriendo si fuera necesario, que es

lo que le había hecho prometer a Jules. Si llegaba el caso que para salvarse debía huir, no debía dudar.

—¡Estaba volviéndome loco! —dice Jules en cuanto nos ve a todos sanos y salvos—. No vuelvas a hacerme esto jamás —me exige con ferocidad mientras me apunta con un dedo—. Porque no pienso volver a huir dejándoos atrás sin saber si estáis vivos o muertos.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Flora con el rostro desencajado por la preocupación. Lo que no tengo tan claro es por quién lo está—. ¿Andrew...?

—Tienes dos opciones —replico, consiguiendo que frunza el ceño—. Puedes regresar a Ormacleit, o puedes venir con nosotros...

—¿Significa que mi padre y hermano...? —enmudece cuando alzo una de mis cejas, incrédulo ante su estúpida pregunta—. ¡Dios mío! —murmura, agachando la mirada. Me tenso ante su reacción.

—Mantén la boca cerrada, Andrew —ordena entre dientes Broderick que no ha perdido detalle—. Acabas de arrebatarme a su familia por mala que esta fuera.

Muerdo mi lengua para conseguirlo, ya que puede que sea una tontería, pero me siento traicionado. Sé que es una estupidez porque, en innumerables ocasiones, me ha elegido a mí sobre su propio clan, pero ahora siento un millar de emociones en mi interior que amenazan con ahogarme, con hacerme estallar en mil pedazos, y no estoy seguro de cómo acallarlas.

Decido emprender el camino de regreso a Kisimul. Aquí ya no me queda nada que hacer. Si decide quedarse, que así sea, al menos la habré salvado de vivir bajo el yugo de un hombre que nunca la quiso como hija, mucho menos, la respetó. Me quedó claro en numerosas ocasiones, pero que haya estado a punto de casarla en contra de su voluntad...

«Tal vez ella si quería casarse con el MacLeod», de nuevo esa voz.

—También puedes pedirle al hombre con el que te ibas a casar que te acoja —añado sobre mi hombro. Me mira contrariada, incluso, dolida.

—Deja de atacarme —exclama, enfurecida, haciendo honor al color de su cabello, puro fuego—. Si no quieres que vaya con vosotros, solo tienes que decirlo —desmonta del caballo, sorprendiendo a Jules—. Puedo regresar sola —escupe cuando pasa por mi lado—. Maldito imbécil —la escucho mascullar. Eso, lejos de enfurecerme, me calma y sonrío como si hubiera perdido el juicio.

Con un movimiento de mi brazo, la subo a mi regazo. Grita y patatea, pero se detiene en cuanto me escucha gemir y se da cuenta de que mi muslo tiene sangre.

—¡Estás herido! —acusa—. ¿Qué demonios haces perdiendo el tiempo aquí parado? —exige con ferocidad.

Lo que me hace mascullar una maldición son las carcajadas de mis amigos ante la orden de la menuda mujer que, hasta hace un momento, me miraba con furia. No digo nada, solo comienzo a avanzar hacia nuestro hogar. Llegué hasta aquí y me fui por mar, sin embargo, con mis amigos hemos elegido la ruta que une las dos islas. Soy muy consciente de la mujer que tengo entre mis brazos, en los cinco años que nos conocemos jamás hemos estado tan juntos el uno del otro. Nunca antes había podido oler el aroma a flores silvestres que desprende su cabello, o sentir el calor que emana su cuerpo contra el mío. Me remuevo inquieto sin comprender muy bien qué es lo que me está pasando, mucho menos, por qué reacciona mi cuerpo como lo está haciendo.

Broderick, a la cabeza, de vez en cuando gira para mirarme. En una de esas ocasiones que

terminan por sacarme de quicio, ruedo los ojos. Su carcajada se puede escuchar por toda la isla. Jules y Broke a nuestras espaldas, y Arthur a mi lado en completo silencio, algo que no es extraño en él, aunque puedo sentir su mirada pidiéndome explicaciones que ahora no le puedo dar. No es ni el momento ni el lugar.

—Deberías hacer algo para que deje de sangrar —murmura tras un rato callada—. Me estás poniendo perdida —se queja—. ¿No te sientes mareado? —pregunta, intentando aparentar indiferencia.

—No —miento, ya que sí me siento algo débil, pero no le doy importancia porque sé que la herida no es profunda ni voy a morir por ella—. Deja de preocuparte.

La escucho bufar y mirar al frente de nuevo. Intenta que su espalda no roce mi pecho y, durante una parte del trayecto, lo consigue, pero llega un momento en que el cansancio la vence y cae dormida. Mi brazo libre la sujeta por la cintura, dándome cuenta de lo delgada y menuda que es. ¿Cómo algo tan pequeño puede tener tanto coraje en su interior?

—¿Qué piensas hacer con ella? —pregunta Arthur cuando ya estamos cerca de llegar a Kisimul—. ¿Sabe sobre Jaelyn? —susurra. Mi gesto le responde, y maldice lanzándome una mirada poco halagüeña. Se la devuelvo sin amilanarme, ¿cómo se atreve a juzgarme cuando él se comportó mucho peor con la mujer que hoy es su esposa?

—No es el momento para que te diga lo que pienso —murmuro, observándola dormir—. No te metas en lo que no te incumbe.

—Claro que lo hace —rebate—. Eres mi mejor amigo y no quiero que malgastes tu vida...

—Es mi decisión —interrumpo, porque no quiero que los demás lo sepan, mucho menos Broderick, aunque, en realidad, ni yo mismo sé lo que siento—. Basta, Arthur —inquiero—. Cállate de una vez o vas a despertarla.

Cuando al fin alcanzo a ver Kisimul, suspiro aliviado porque necesito poner distancia con Flora para poder manejar todo lo sucedido. Aunque tenía la intención de rescatarla del yugo al que pensé la tendrían sometida, encontrarla a punto de unirse en matrimonio con el MacLeod me ha sorprendido. No creo estar preparado para el cúmulo de sentimientos encontrados que me ha ocasionado. Prefiero centrarme en volver a mi antigua vida donde no existían las preocupaciones y recuperar el tiempo perdido con los míos.

—Al fin estáis de regreso —exclama Jaelyn junto a las otras mujeres que nos reciben en el patio con rostros demudados por la preocupación. Me siento un ser miserable y egoísta porque he sido el responsable de esto, de separarlas de sus maridos sin tener la certeza de que regresarían con vida junto a ellas—. ¿Hay alguien herido? —pregunta a su marido mientras se abrazan.

—Sí —responde mi amigo—. Andrew, pero no creo que sea necesaria la curandera.

—He ordenado que preparen una alcoba. —Me sonrío acercándose, mientras observa a la muchacha que todavía duerme entre mis brazos—. Sabía que la traerías contigo.

Odio ver en sus ojos una esperanza de la que no me siento merecedor. Dejo que Arthur la sostenga para descender del caballo sin apoyar mi peso en la pierna herida. De nuevo me la devuelve, y dejo que la señora de Kisimul me guíe hasta la habitación que le ha asignado a nuestra nueva invitada. No me gusta, pero a la vez no me sorprende que sea al lado de la mía. Me detengo y le pido explicaciones con la mirada, por toda respuesta obtengo un encogimiento de hombros.

La dejo sobre el lecho y me aseguro de que la estancia este cálida y agradable. Después salgo sin esperar a que Jaelyn lo haga detrás de mí. No estoy seguro de querer escuchar lo que tenga

que decirme, y no es mujer de guardarse sus opiniones para sí misma, mucho menos, si se trata de la gente a la que aprecia y considera su familia, y a mí me considera como el hermano que nunca tuvo. Tiempo atrás eso me enfurecía y entristecía a partes iguales, ahora ya no duele tanto, y aun así no puedo evitar odiarlo.

—¿Se encuentra bien la muchacha? —pregunta, siguiéndome—. ¿Por qué no despierta?

—Porque tiene el sueño pesado —respondo sin detenerme—. Podría acabarse el mundo, y ella no se enteraría.

—¿Y eso cómo lo sabes? —pregunta, deteniéndome ceñuda—. Andrew MacNeil —amonesta, cruzándose de brazos—. Dijiste que nunca fuisteis amantes...

—Pareces una esposa celosa —recrimino de malos modos—. Nunca le he puesto las manos encima —añado—. ¿Cómo hacerlo cuando siempre nos han separado unos barrotes? Lo sé porque muchas veces se dormía fuera de mi celda, vigilándome cuando estaba demasiado herido.

Su semblante cambia, me mira con lástima, por lo que aprieto los dientes con rabia, porque es lo último que querría inspirar en nadie, mucho menos, en ella. Continúo mi camino y esta vez no me sigue, imagino que se ha dado cuenta de que debe dejarme espacio y no atosigarme a preguntas estúpidas.

—Entra —me exige mi amigo, que me espera al pie de las escaleras—. Te curaré esa herida.

—Estoy bien —mascullo con la intención de pasar de largo para salir del castillo. Tal vez un poco de aire fresco despeje mis ideas—. Iré a lavarme.

—Deja que al menos la limpie para que no se infecte —intenta convencerme—. Después podemos ir juntos a lavarnos.

—Que tu mujer te preparé una tina —rebato, negando con la cabeza—. Prefiero estar solo.

—Deja de esconder la cabeza en tu trasero, hermano —amonesta. No me detengo, tengo que salir, porque siento que me falta el aire. Me dirijo a la playa y me sumerjo con ropa y todo. El agua helada golpea mi cuerpo, despejando mi mente.

Limpio la sangre que me cubría los brazos, incluso el rostro. Mi herida arde por el salitre, por lo que aprieto los dientes para soportar el ardor, y me concentro en nadar hasta que estoy bastante lejos de la orilla. Escucho a alguien gritar y giro la cabeza, no me cabe la menor duda de quién se trata. Flora acompañada de un Arthur furioso; ella, asustada, incluso intenta adentrarse en el mar. Mi amigo se lo impide. De nuevo, nado hasta la orilla, escuchando las maldiciones que lanza el joven que intenta tranquilizar a la muchacha que lleva años tan pendiente de mí que he terminado por acostumbrarme.

—¿Qué demonios crees que haces, imbécil? —me grita Arthur enfurecido, le cuesta contenerse—. ¿Te has vuelto loco?

—Te dije que iba a lavarme —respondo, intentando no temblar—. ¿Por qué la has traído? —increpo.

—No ha sido culpa suya —interviene Flora—. Me desperté en un lugar extraño, y salí a buscarte. Arthur ha sido tan amable de acompañarme, nada más.

—Muy amable —mascullo con ironía—. Aquí no necesito que me sigas ni me protejas, Flora. En Kisimul soy un hombre libre, nadie va a hacerme nada, y pobre del estúpido que lo intente.

—Estaba preocupada por tu herida —exclama, señalando mi pierna de la cual todavía sale un poco de sangre, pero nada de lo que alarmarse—. No seas cabezota y deja que te la cure.

Suspiro cansado, sabiendo que no va a parar hasta conseguirlo, por lo que seguir discutiendo

es una grandísima tontería que solo nos hará perder el tiempo a ambos y enfurecerme a mí. Cabeceo de mala gana y emprendo el camino de regreso al castillo seguido por ellos dos, los tres en silencio. Aunque puedo sentir sus miradas clavadas en mi espalda como si estuvieran esperando una explicación por mi parte para mi comportamiento de las últimas horas, no la van a obtener, al menos, no ahora, no delante de Flora.

Al llegar, entro en el salón. Todos están reunidos y, ante mi llegada, guardan silencio. Algo que suelen hacer a menudo y que detesto, pero decido dejarlo pasar una vez más. Me siento, y rápidamente Flora procede a comenzar a limpiar la herida con lo que hay preparado sobre la mesa. Su toque una vez más me tensa, ella alza la mirada y nuestros ojos conectan de nuevo.



Capítulo 9

Flora MacDonald.

Despertar en una alcoba que no es la mía no me había pasado jamás. Cuando he recordado todo lo sucedido, mi corazón ha comenzado a golpear con fuerza en mi pecho por el temor a lo desconocido. Después he recordado que debía estar en Kisimul, por lo que lo siguiente que he hecho es salir en busca de Andrew, ya que necesito muchas respuestas y asegurarme de que haya curado la herida provocada por mi hermano.

Blake y mi padre están muertos. Debería sentir más pena de la que siento, incluso odiar al hombre que los ha asesinado, pero se trata de Andrew, y solo él y yo sabemos lo que tuvo que soportar mientras estuvo cautivo en Ormacleit. Aun así, me siento una traidora por no ser capaz de llorar a los míos, ¿tendría razón mi hermano? Muchas veces me repitió que no merecía ser una MacDonald, porque no me sentía como tal, por lo que ahora comienzo a cuestionarme si es cierto.

Dejo todo esos pensamientos atrás cuando encuentro a Arthur. Suspiro aliviada porque, al salir de la alcoba, temía perderme, es una fortaleza enorme, mucho más que la de mi padre. Se sorprende de verme, pero se recupera de inmediato, ambos nos observamos.

—¿Buscas a Andrew? —pregunta y asiento—. Creía que estaba contigo.

Lo escucho mascullar algo que no logro comprender y su rostro se oscurece. Frunce el ceño. Es entonces cuando soy capaz de ver la preocupación. Sale corriendo y le sigo porque sé que teme por su amigo, por lo que mi corazón se encoge en mi pecho al pensar que le pueda suceder algo ahora que de nuevo lo tengo en mi vida. No comprendo por qué se dirige hacia la playa. Me detengo de golpe cuando soy consciente de que un hombre nada, alejándose de la orilla. Comienza a llamarlo casi con desesperación.

No lo pienso y corro hasta la orilla, mas no me detengo ahí, mi intención es meterme al mar sin importarme la fuerza de la marea, pero Arthur me detiene y, aunque lucho contra él, me supera en fuerza, por lo que no puedo llegar hasta Andrew. Casi sollozo al ver cómo se gira ante nuestros gritos, nos ve y comienza a nadar hacia nosotros. Mis piernas dejan de sostenerme y, si no fuera por el hombre que me sujeta, ya estaría en el agua. Le increpa con furia en cuanto llega por fin a nuestro lado, no puedo dejar de temblar mientras les escucho discutir.

No esperaba que estuviera a la defensiva, pero, al menos, cuando regresamos al castillo, me permite curarlo. Todos los presentes en el gran salón se mantienen en silencio. De reojo puedo

ver que ninguno de los hombres están contentos con el comportamiento de su recién recuperado amigo. Sus gestos y sus ceños fruncidos lo demuestran sin necesidad de palabras. El silencio se puede cortar con el filo de una espada.

—Si te hago daño, dímelo —susurro cuando estoy a punto de terminar, por toda respuesta solo recibo una mirada de reproche—. Debes tener cuidado de que no se infecte.

Odio cuando se tensa ante mi toque y, aunque intento ocultarlo, temo no conseguirlo. Me alejo un poco en cuanto termino y se levanta dispuesto a marcharse. Huye de nuevo mientras lo observo con frustración por no ser capaz de llegar hasta él. Aunque no sé de qué me sorprende, antes nos separaba una barrera física, los barrotes de la celda de Ormacleit lo hizo durante los cinco años de cautiverio, y ahora que por fin es libre, lo siento más lejano que nunca.

—¿No tienes nada que decir, Andrew? —pregunta el *laird*, deteniendo sus pasos, mas no se vuelve, expectante ante las próximas palabras de su amigo—. Dejarnos solos —exige.

Me levanto cuando veo a las mujeres obedecer sin cuestionarlo, solo su esposa parece reacia y, aun así, finalmente se levanta de su asiento y sale de la sala, por lo que solo me queda seguir las. Al pasar al lado del hombre por el cual mi corazón se acelera, le miro en busca de alguna reacción; sin embargo, una vez más rehúye mi mirada y me alejo con el alma por los pies.

Escucho cómo la señora de Kisimul cierra la puerta, y mis ojos se cierran.

Rezo para que los cinco hombres no lleguen a las manos, no los conozco, incluso dudo de Andrew, quien siempre ha sabido mantener el temple, hasta en los peores momentos.

—No temas, querida —dice la esposa de Broderick. La miro mientras retuerzo mis manos por el nerviosismo—. Solo van a hacerle entrar en razón —sonríe.

—Pero... —callo cuando escucho un estruendo. Las miro asustada, ellas niegan con sus cabezas por toda respuesta—. ¿No estáis preocupadas?

—No —rebate Sophie—. Ellos lo arreglan a su manera. Créeme que es la mejor forma, aunque en estos momentos no te lo parezca. Necesitamos que Andrew reaccione.

—Tú no lo conociste antes de la tragedia —intercede de nuevo Jaelyn—. Pero ese hombre que está ahí dentro no es el amigo al que he llorado todos estos años. Y nuestros esposos necesitan que regrese del todo, que vuelva a ser quien era.

—Puede que eso sea imposible —rebato en voz baja, mirando al frente, avergonzada de que los míos sean los responsables de este cambio tan drástico en su carácter—. Deberíais tener paciencia —reirimino—, y un poco de consideración...

—Hacerlo significaría dejarlo revolcarse en su miseria —interrumpe con fervor—. Durante estos meses, le hemos dejado hacerlo —suspira y me mira con una tristeza difícil de ocultar—. Ahora ha obtenido su venganza y es el momento de mirar hacia delante para poder dejar el pasado atrás.

No puedo rebatir su argumento, porque soy de la misma opinión. Mi mente piensa una cosa y mi corazón siente otra muy distinta. Si me dejara guiar por mis sentimientos, entraría ahí y lo defendería con uñas y dientes; sin embargo, mi cabeza me indica que haga todo lo contrario y por ello me encuentro en una encrucijada que me parte el alma por la mitad.

—Sé contra lo que luchas —interviene la esposa de Arthur, su voz dulce es casi un bálsamo—. Quieres protegerlo, pero de verdad que ellos no le van a hacer daño. Solo quieren recuperar a su hermano, a esa mitad que creyeron perdida por años.

Finalmente, asiento y dejo que me alejen de la sala, las sigo mientras ellas hablan, intentando que participe de la conversación; sin embargo, aunque mi cuerpo se encuentra con ellas, mi mente se ha quedado atrás. De nuevo me llevan a la alcoba que me ha sido asignada y me sorprende encontrar una tina de agua humeante preparada. Me instan a que me meta para que entre en calor, hasta ahora no me había dado cuenta de que mi falda está mojada desde que hemos llegado de la playa.

—Enfermarás si no entras en calor —dice Rachel, la más callada de las cuatro—. Tienes los labios amoratados y tu rostro pálido. Debes cambiarte de ropa. Creemos que tú y Sophie tenéis el cuerpo parecido, por lo que ella ha traído este vestido. —Me lo muestra, es hermoso, aunque sencillo, de un color azul oscuro.

—Muchas gracias —murmuro acongojada—. Lo cierto es que no he podido coger nada de mi hogar y...

—Eso no importa —interrumpe Jaelyn, atizando los troncos en la gran chimenea—. Estás bajo la protección de mi esposo, y los MacNeil cuidamos de los nuestros.

Con la esperanza de que se vayan y me dejen sola, espero paciente. Ellas hablan como si nada mientras yo intento mantener la vergüenza a raya. Sumergo mi mano en el agua, reprimo un gemido de puro placer porque cada rincón de mi cuerpo se siente sucio. Las mujeres me miran expectantes, creo que la primera en darse cuenta de mi incomodidad es Sophie, ya que susurra algo a Rachel, la más cercana a ella.

—¿Prefieres hacerlo sola? —pregunta con suavidad—. No debes avergonzarte por nada... ¿Todavía te duele el brazo? Mi esposo me ha dicho que te hicieron daño.

—Nadie me ha visto nunca desnuda —confieso—. Al menos, no desde que mi cuerpo comenzó a cambiar. Y no, lo del brazo no es nada.

—Querida —replica Jaelyn con dulzura, no debe ser mucho mayor que yo, pero se comporta como si lo fuera—. Somos mujeres, no tienes nada que no tengamos nosotras.

Asiento, ya que no quiero ser grosera, no puedo echarla de la estancia de su propio hogar. Comienzo a desnudarme, intentando ser lo más rápida posible y no mostrar demasiado mi cuerpo, el cual siempre me ha desagradado. Al meterme en el agua, puedo suspirar algo más tranquila y rezo porque no se hayan dado cuenta de nada y, si lo han hecho, tengan la sensibilidad de no preguntar.

—No era necesario ocultarte. —Me giro para ver que se trata de nuevo de Sophie. En su mirada hay algo que no se identifica—. Los salvajes que te han hecho eso son los que deberían sentirse avergonzados, no tú.

—Están muertos. —Me encojo de hombros—. Siempre conseguí enfurecer a Blake con facilidad.

—Entonces me alegro —celebra la señora de Kisimul—. No dejes que Andrew lo vea. No es necesario que sepa esto, al menos, de momento.

—¡No tengo intención de quedar desnuda frente a él! —exclamo enrojeciendo hasta la raíz de mi cabello. Las mujeres ríen, mientras lo hacen, comienzo a lavarme.

—Deja que lave tu cabello —dice Jaelyn ya más calmada—. Tu color es hermoso —alaba—. Más intenso incluso que el de Rachel.

—Lo odio —mascullo—. Lo detesto desde que tengo memoria.

—No comprendo el motivo —rebate la esposa del *laird*—. Eres hermosa, Flora. No dejes que

nadie te convenza de lo contrario.

—Tal vez, si mi cabello fuera oscuro como la noche, Andrew me vería —murmuro. Cuando soy consciente de mis palabras, cubro mi boca horrorizada, mis ojos piden disculpas.

—Así que el muy imbécil te lo ha contado —espeta la susodicha—. No dejes que sus desvaríos te hagan sentir menos de lo que eres —aconseja.

—No lo son —rebato, dejando que el agua resbale por mi rostro y cabello—. Él te entregó su corazón y...

—De eso hace cinco años —interrumpe Faith—. Los hombres son volubles. Andrew cree que todavía la ama porque recuerda la muchacha de antaño, recuerda el sentimiento de protección innato en todos ellos, porque en aquellos tiempos Jaelyn estaba rota. Ahora es una mujer completa, que ama y es amada por su esposo. Madre de unos hermosos hijos, y es algo que él debe aceptar.

—Se aferra a un recuerdo —asiente Jaelyn—. Se aferra porque en aquel entonces era un hombre libre y, durante mucho tiempo, perdió esa condición. Mas no creo que me amara como se debe a la mujer que compartirá su vida.

—Debería haberme dejado de importar hace mucho —suspiro cansada, sintiéndome como una estúpida—. Pero no soy capaz.

Una lágrima traicionera recorre mi mejilla y la borro con rabia. No alzo la cabeza porque no quiero que me vean así, que piensen que soy una mujer débil, estoy lejos de serlo, mi única debilidad tiene nombre. Salgo del agua, porque demorarlo es una tontería, necesito vestirme para no sentirme tan expuesta, dejo de ocultar los morados que adornan mi espalda, caderas, incluso muslos.

Me visto temblando y comienzo a cepillar mi cabello con brío para poder domarlo. Lo hago incluso con rabia, porque no he mentido, lo odio, detesto que no sea capaz de dominar mis rizos y aborrezco el color.

—Vas a hacerte daño —amonesta Jaelyn—. Déjame hacerlo a mí.

De nuevo, se lo permito por ser quien es, pero sus gestos y la amabilidad de estas mujeres que no me conocen, y que deberían odiarme por lo que mi familia le ha hecho a Andrew, me emociona. Un nudo en mi garganta me impide hablar y muerdo mis labios para no sollozar ante este simple gesto, ya que no recuerdo la última vez que alguien me demostró algún afecto.

—Imagino cómo debes sentirte —continúa diciendo como si fuera capaz de leer mi mente—. Pero no tienes nada que temer, en Kisimul estás a salvo y eres bienvenida todo el tiempo que desees.

—Gracias —balbuceo—. No comprendo porque Andrew me ha traído aquí.

—Como te he dicho, ni él mismo quiere reconocerlo —añade—. O puede que todavía no se haya dado cuenta, pero nosotros hemos podido ver cómo se esforzaba estos tres meses por recuperarse para poder ir a Ormacleit.

—Comprendo su necesidad de venganza —asiento cuando finalmente acaba de cepillarme el cabello y procedo a trenzarlo—. No le culpo por haber matado a mi padre y hermano, pues se lo merecían.

—No creo que solo fuera sed de sangre —rebate Faith—. Puede que no lo sepa todavía o que no quiera reconocerlo, bien sabe Dios que los hombres MacNeil son obtusos en cuestiones de sentimientos, pero estoy segura de que era por ti, porque te dejó atrás.

—No tenía por qué sentirse culpable —insisto sin querer que la esperanza florezca de nuevo en mi pecho—. Yo decidí ayudarlo, enfrentándome a todas las consecuencias posibles, y lo hice porque le amo, no esperaba de él nada en absoluto, porque no tenía ese propósito. No hubiera podido soportar vivir en un mundo donde Andrew no existiera.

—Lo amas como ninguna otra mujer puede hacerlo, y solo un estúpido te dejaría escapar —dice Rachel, apareciendo a mi lado, alzo la cabeza—. No debes rendirte.



Capítulo 10

Andrew MacNeil.

El primer puñetazo que me lanza Broderick no lo he visto venir. Caigo contra la gran mesa ahora vacía después de la marcha de las mujeres. Mi mano recorre el mentón dolorido, mientras lo observo respirar con dificultad por la furia con la que me mira y que no es capaz de controlar.

—Te dije que no iba a permitir más estupideces, Andrew —brama colérico—. ¿Querías matarte? ¿Es eso lo que deseas hacer? —exige saber—. Porque puedo darte el gusto ahora mismo, maldito idiota.

—¡No estaba haciendo nada malo! —exclamo, alzando la voz—. Solo dándome un baño.

—¿Adentrándote en el mar? —cuestiona Arthur, le lanzo una mirada de advertencia—. Sé lo que he visto, hermano.

—He dado la vuelta cuando me he dado cuenta de que me había alejado demasiado, maldición —rebato incrédulo—. ¿De verdad pensáis que iba a quitarme la vida cuando he soportado tanto aferrándome a ella? —pregunto dolido por su desconfianza, la que brilla en los ojos de los cuatro hombres que están conmigo en esta sala.

—Maldita sea, Andrew —se lamenta Jules—. No nos lo estás poniendo fácil, amigo mío.

—Solo os pedí que me ayudaraís con los MacDonald, y ya lo habéis hecho —rectifico entre dientes—. Sé cuidarme solo, no soy un maldito niño.

Me dispongo a salir cuando de nuevo una pregunta que temo escuchar me detiene.

—¿Qué vas a hacer con Flora? —cuestiona Broderick todavía furioso—. Ella ahora está bajo mi protección y...

—No te equivoques —interrumpo sin volverme—. Es mi responsabilidad.

—No lo es —insiste con firmeza—. No es tu esposa ni tu prometida. No tiene familia, por lo tanto, como *laird*, es mi deber velar por ella y es lo que pienso hacer. Por lo que te lo advierto, Andrew, no le hagas daño.

Salgo de la sala como alma que lleva el diablo porque odio discutir con ellos, sentirme tan lejos de las personas que durante años fueron mi única familia. Pero todavía detesto más el cúmulo de sentimientos para los que no logro respuestas, al menos, no las que me gustaría escuchar y de las que estar seguro. Sé que he tratado mal a Flora y que no se lo merece, debería disculparme con ella porque no quiero hacerle sentir que no es bienvenida en Kisimul Castle

cuando fui yo quien insistió en traerla.

No encuentro a ninguna de las mujeres y frunzo el ceño preocupado. Miro hacia las escaleras preguntándome si han llevado a nuestra invitada a su alcoba o han salido, me debato sobre qué camino elegir. Finalmente, me decanto por subir al segundo piso en su busca. Llamo con firmeza a la puerta, ya que escucho voces amortiguadas que me dejan saber que no se encuentra sola. No sé si eso me tranquiliza o inquieta, porque desconozco lo que hayan podido decirle las esposas de mis amigos. No las conozco lo suficiente.

—Andrew —exclama Jaelyn—. ¡Qué sorpresa! ¿Querías algo?

La conozco, en su mirada hay una clara intención. Ha tomado bajo su protección a Flora y me está advirtiéndome de que debo ir con cuidado, porque no va a pasar por alto nada de lo que haga o diga que pueda dañarla. Sabía que ocurriría y me siento aliviado de que al fin la muchacha que me ha ayudado durante años tenga alguien que la proteja, incluso de mí.

—Me gustaría hablar con Flora —replico, manteniendo la calma.

—Por supuesto —se aparta de la puerta y compruebo que todas están aquí—. Muchachas, bajemos a por nuestros maridos. Seguramente Andrew los ha dejado de malhumor —bromea mientras las otras la siguen en silencio.

Una vez solos, no encuentro las palabras apropiadas. Me doy cuenta de que se ha dado un baño, ya no se encuentra tan pálida y demacrada como cuando la he visto en Ormacleit. Sus manos acarician la falda de su vestido y me pregunto quién se lo habrá dejado.

—Sophie ha sido muy amable al dejarme uno de sus vestidos —murmura—. ¿Crees que podrían enviarme mis pertenencias... —su voz se va apagando, mientras ve como niego con la cabeza—. No, claro que no —se ríe—. Vaya estupidez.

—Ahora no creo que sea el mejor momento para eso —explico—. Puede que con el tiempo...

—No me importa no regresar —interrumpe—. Nunca me sentí parte del clan. Por lo que no dejo nada atrás, no me mires así —recrimina.

—¿Cómo? —pregunto, alzándome de hombros.

—Con pena —responde molesta—. No eres el culpable de nada. Ni de mi suerte ni de lo que me suceda de ahora en adelante.

—He matado a tu familia —exclamo—. ¿Por qué demonios no me odias? —le grito, perdiendo los nervios. No puedo comprender que me ame lo suficiente como para perdonarme que haya destruido su mundo.

—Mejor que nadie sabes cómo me trataban —replica con fervor, sus mejillas ahora sonrojadas y sus ojos encendidos—. ¿No lo recuerdas, Andrew? —cuestiona con sorna—. Aquí tienes una muestra para refrescarte la memoria.

Se vuelve dándome la espalda mientras baja la parte superior de su vestido para mostrarme una espalda de diferentes tonalidades: morada, verde, amarillento...

Al contemplar semejante atrocidad, mis manos se aprietan en dos puños temblorosos. La rabia y la culpabilidad me golpean con fuerza; de hecho, doy un paso atrás en el momento en que ella vuelve a girarse mientras arregla sus ropas. Sabe ocultarlo muy bien, pero veo la vergüenza en su mirada y eso lo único que consigue es encender todavía más mi furia.

—Tendría que haberle destripado —siseo entre dientes—. ¿Te hizo eso por ayudarme?

—Esta vez fue porque me negué a casarme —replica—. Una estupidez por mi parte cuando ya había decidido hacerlo para tener la mínima oportunidad de escapar de su yugo.

—Así que ibas a hacerlo —mascullo molesto sin comprender muy bien por qué.

—¿Crees que tenía otra opción? —cuestiona a la defensiva—. No te atrevas a juzgarme, MacNeil.

Nuestras miradas se baten en un duelo silencioso en el que ninguno de los dos quiere dar su brazo a torcer. No puedo ser tan hipócrita, nunca antes me había importado qué hiciera con su futuro, ¿por qué ahora?

«Mentira», escucho mi propia voz en mi cabeza, esa que lucho por acallar.

—¿Qué es lo que quieres, Andrew? —cuestiona, cansada, dando varios pasos hacia la ventana para darme la espalda y observar por ella—. Es increíble lo que puede cambiar un paisaje —dice maravillada—. Durante meses, solo pude ver lo que rodeaba Ormacleit y podría pasar lo que me queda de vida sin volver a verlo.

—Te encerró. —No es una pregunta—. Te dije que no hicieras nada.

—Ahora estarías muerto, y tu familia jamás hubiera sabido la verdad —rebate furiosa—. Deja de reprochármelo —exige, dándose la vuelta para mirarme de nuevo, sus ojos lanzan dagas afiladas—. Sabes por qué lo hice, y no me he arrepentido en ningún momento.

—¿Crees que no sé que lo volverías a hacer? —reclamo viendo como alza el mentón por respuesta—. Me siento como un maldito miserable por no poder corresponderte, Flora.

Veo el dolor en sus hermosos ojos, de nuevo parece culparme en silencio, al menos, es así como me siento. Como un idiota incapaz de corresponder a la muchacha que arriesgó su vida y futuro por mí, porque cometí la estupidez de entregar mi corazón a una mujer que no me correspondía y que jamás va a hacerlo.

—Márchate —me pide, dándome la espalda de nuevo—. Deja el pasado atrás, Andrew —aconseja con voz apagada—. Has obtenido tu venganza y eres libre. Vuelve a ser ese hombre que tu familia tanto añora, no permitas que mi padre y Blake ganen.

No quiero irme, ¿por qué? Algo más poderoso que yo me lo impide, pero termino por obedecer de mala gana para darle el espacio que me ha pedido. Al cerrar la puerta, me quedo apoyado en ella esperando escuchar algún sonido. Cuando tras unos instantes la escucho sollozar, maldigo entre dientes, odiándome a mí mismo por hacerla desdichada.

Me alejo porque me parte el alma escuchar su sufrimiento, uno que he causado yo. Al descender las escaleras, no sé dónde ir, mi pierna se resiente con cada paso que doy. Llama mi atención los pequeños MacNeil, que juegan con Arthur en el salón, junto a la chimenea. No puedo evitar sonreír ante semejante escena, porque es lo que siempre soñé para él. Parece sentir mi mirada, ya que alza la cabeza y la sonrisa que adornaba sus labios desaparece lentamente. Suspiro porque parece que ese es el efecto que suelo producir últimamente en aquellos que me importan.

—¿Has hablado con ella? —pregunta para después murmurarle algo al mayor de todos, el hijo de Broderick, que procede a llevarse a los demás dejándonos solos—. Ya es un líder nato. Será un buen *laird* para los MacNeil porque tiene lo mejor de su padre y de su madre.

Asiento pensativo, no puedo evitar pensar qué hubiera pasado aquella noche si no hubiéramos llegado a tiempo para salvar su vida. Porque una cosa tengo clara: Violet iba a matarlo, lo vi en sus ojos antes de jugármela y arrebátárselo para caer ambos por el precipicio.

—¿Me estás escuchando? —parpadeo varias veces para centrarme, Arthur me mira preocupado—. ¿Qué sucede, hermano? Desde que has vuelto, te he visto hacer esto demasiadas

veces, tu cuerpo se encuentra frente a mí, pero tu mente está muy lejos de aquí.

—Nada —respondo—. Necesito un *whisky* —mascullo, pidiéndoselo a una de las criadas que pasa por aquí—. He hablado con Flora, pero nunca llegamos a un entendimiento porque no puedo darle lo que quiere, maldición. ¿Crees que no sé que sería más sencillo?

—¿Para quién? —cuestiona con seriedad—. ¿Para ella, o para ti? Ella no quiere tus migajas, ninguna mujer se las merece.

—Y por ello no quiero darle esperanzas —espeto frustrado al no conseguir la comprensión del que siempre fue mi mejor amigo—. Te aseguro que durante los cinco años que permanecí encerrado no se las di. No voy a decirte que no lo supiera. Por supuesto que era consciente —añado con rabia—. Pero, en cuanto recuperé la memoria, yo expresé los míos.

—Demostrando lo imbécil que eres —dice para después beber de su vaso—. Andrew, no soy el más indicado, porque fui un bastardo con mi esposa antes de ser capaz de luchar contra mis demonios y dejar el pasado atrás.

Puedo ver el dolor de esos momentos en sus ojos, veo el tormento que le produce haberle hecho daño a la mujer que ama con todo su corazón. Durante estos meses, he podido comprobar que mis amigos realmente adoran a sus esposas, antes de mi supuesta muerte ya sabía que Broderick estaba locamente enamorado de Jaelyn, pero permanecí lejos tanto tiempo que temía que no fueran capaces de sobreponerse a todo el dolor que se habían causado el uno al otro. Lo hicieron, y creo que no hay en el mundo dos personas que se complementen como ellos, no digo que los demás no sean un matrimonio bien avenido, sino que mi *laird* y su hermosa mujer son almas gemelas.

—Recuerdo cuántas veces me decías que llegaría la indicada a mi vida —las palabras de Arthur de nuevo me devuelven a la realidad, lo miro, él acaricia su vaso pensativo—. Y cuando lo hice, luché como un idiota contra ella. —Alza su cabeza, y nuestras miradas se encuentran—. Por lo que te ruego que no cometas los mismos errores.

—El error sería acceder a estar con ella sin amarla —bramo harto de tanta presión. Se escucha cómo algo se estrella contra el suelo—. Maldición —mascullo, sabiendo que cuando me gire será Flora quien esté tras de mí.

Efectivamente, Arthur mira con compasión a la muchacha que está en la puerta en compañía de Jaelyn, quien me fulmina con la mirada. La pelirroja permanece con la cabeza gacha, observando los platos que se han roto a sus pies. Cuando reacciona, lo hace agachándose para recoger los pedazos, actúo por instinto cuando veo cómo se corta en la mano y comienza a salir sangre.

—Deja eso —ordeno con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho—. Déjame ver.

Se aleja de mí por primera vez desde que nos conocemos. Su mano contra su pecho escondiendo la herida. Busco sus expresivos ojos sin hallarlos, me rehúye como nunca antes y es cuando me doy cuenta de que he conseguido lo que tanto llegué a ansiar.

Matar su amor por mí...

—Vamos, querida —dice Jaelyn con su acostumbrada ternura—. Deja que vea esa herida.

Se la lleva no sin antes asesinarme con la mirada. Flora se deja guiar como si estuviera muerta en vida. Cierro los ojos y, cuando los abro, golpeo la puerta con mi puño una y hasta dos veces por la rabia contenida.

—Creo que ya has conseguido tu propósito —aplaude Arthur tras de mí—. Espero que mi

amigo regrese pronto —dice al pasar por mi lado—. Pero el verdadero Andrew, este se parece mucho a mí hace años, y no me gusta.

—Pues yo tuve que soportarte —escupo dolido—. Así que deja de darme consejos que no te he pedido.

—Los animales heridos atacan porque les duele —replica sin alterarse—. No pienso tomártelo en cuenta. Pero deja de hacer el imbécil antes de que tengamos que molerte a palos de nuevo.

—Vete al infierno —mascullo, regresando a la mesa donde se encuentra la jarra de *whisky*, no me molesto en servírmelo en el vaso, bebo directamente de ella—. Lárgate.

No recibo respuesta, por lo que, tras vaciar la jarra, me giro para comprobar que mi amigo ha desaparecido y que me encuentro completamente solo. La lanzo contra la pared haciéndola añicos, me dejo caer en una de las sillas y contemplo las llamas del fuego, algo que, cuando regresé a Kisimul, solía hacer mucho, porque es una de las cosas que más añoré encerrado en esa maldita mazmorra. El calor de una buena lumbre, la luz anaranjada que desprende, el olor a madera quemada. Me duele la mano con la que he golpeado la puerta, aprieto y aflojo mi puño, no está rota, al menos, no como el corazón de Flora en estos momentos. Fui el más duro con Broderick por hacer sufrir a Jaelyn, y estoy haciendo lo mismo, justamente esto era lo que deseaba evitar al no darle un resquicio de esperanza a la cual aferrarse. Por eso no quería que me salvara, no podía soportar saber que sufría por hacerlo. Además, tenía la certeza absoluta de que no podría dejarla atrás y que eso iba a ser como darle algo para seguir soñando con un futuro juntos que dudo que pueda ofrecerle.

No solo soy el imbécil que cometió el error de enamorarse de quien no debía, sino que soy el hombre que ha matado a su familia y destrozado su clan. ¿Qué futuro tenemos?



Capítulo 11

Flora MacDonald

Me siento conmocionada. Una cosa es saberlo y otra escucharlo de viva voz, poder sentir la frustración y el hastío en su bramido, que ha retumbado entre las paredes de Kisimul Castle.

Me dejo guiar por Jaelyn en silencio, porque las palabras se repiten una y otra vez en mi mente amenazándome con conseguir que pierda la cordura. Soy consciente de que me habla, pero no la escucho, solo a él, solo a Andrew. No reacciono hasta que la mujer que me acompaña comienza a zarandearme, pestañeo intentando que la neblina que embota mis pensamientos se disipe.

—Respóndeme, Flora —exige con firmeza—. ¿Estás bien?

—No quiero estar aquí —susurro, mirándola sin ver—. No debí venir...

—Deja de decir tonterías —amonesta—. No importa lo que ese imbécil diga —reprende, abrazándome—. No lo escuches, si él no te quiere, debes esperar a encontrar otro que lo haga.

—No quiero otro —rebato, alejándome—. No necesito un hombre a mi lado —alzo el mentón con orgullo—. Mucho menos uno que no sabe apreciar todo lo que he hecho por él.

—Así se habla, Flora MacDonald —aplaude sonriente—. No le permitas destruirte cuando has soportado cosas peores y no han podido contigo.

Asiento sabiendo que lo que dice es cierto, he vivido mi existencia en completa soledad desde que mi madre murió. Nunca recibí cariño de los que se suponía debían dármele, ¿por qué dejo que me afecte que Andrew tampoco me quiera cuando ni mi propia familia lo hizo?

—Tal vez debí escoger el camino que había marcado mi padre para mí —susurro—. ¿Qué más da uno que otro si no es el que amo? —le pregunto, intentando que la tristeza no apague mi voz.

—No cometas ese error —aconseja, comenzando a caminar para que la siga—. Lo hice y, aunque mi esposo fue un buen hombre, se paga un alto precio, querida.

—¿Y qué debo hacer? —pregunto perdida—. ¿Penar toda mi vida? ¿No crear mi propia familia? Siempre he deseado formar una muy grande para dar y recibir el amor que se me ha negado desde mi nacimiento.

—Por supuesto que no —responde mientras llegamos de nuevo a mi alcoba, de la que no debería haber salido—. Encontrarás a alguien merecedor de tu amor.

De nuevo, dejo que sea ella la encargada de guiarme hasta el asiento. Se marcha y vuelve poco después con todo lo necesario para curar una herida que ni siquiera recordaba, porque no duele tanto como mi corazón.

—No deja de sangrar —masculla mientras limpia con sumo cuidado el corte que recorre mi palma—. Creo que deberíamos llamar a la curandera...

—No es necesario —interrumpo—. No quiero molestar. Dejaré de sangrar en algún momento.

Me observa durante unos instantes que me parecen una eternidad, para finalmente asentir sin estar muy convencida de estar haciendo lo correcto, lo puedo ver en sus ojos. Aun así, le agradezco en silencio que no me haga pasar por el trance de que todos se enteren de lo estúpida que puedo llegar a ser.

La puerta se abre dando paso a Sophie, que, por su forma de mirarme, no me cabe la menor duda de que su esposo le ha contado lo sucedido, ya que ha sido el único testigo de mi vergüenza.

—Deberían colgarlo —masculla, viendo la herida—. Lo siento.

—¿Por qué? —pregunto sin comprender—. No es tu culpa. Ni la suya, a decir verdad —Me encujo de hombros—. No se le puede obligar a nadie a corresponder el amor de otro.

—Pero todas fuimos testigo de lo impaciente que estaba por rescatarte —rebate, sentándose a nuestro lado—. No le eres indiferente —apunta con firmeza.

—Se sentía culpable por dejarme atrás —replico—. Eso, sumado a su ansia de venganza, ha sido lo que le han dado la fuerza y el empuje para regresar a Ormacleit, no su amor por mí.

—Broderick se va a enfadar por esto —niega Jaelyn una vez termina con la cura—. No es persona de inmiscuirse en asuntos ajenos, pero ama a su amigo como si fuera su hermano de sangre, y tú estás bajo su protección.

—No necesito que haga nada por mí, mucho menos, si eso perjudica a Andrew —digo preocupada—. De verdad, él no es culpable. La culpa es mía por aferrarme a un imposible, pero lo he entendido, al fin, lo he hecho —asiento, intentando sonreír para que me crean. Además, también lo hago para convencerme a mí misma.

Las mujeres comparten una mirada. Una vez más parecen entenderse sin necesidad de palabras. Me levanto y de nuevo miro por la ventana. A lo lejos, a la libertad que comienzo a ansiar más que obtener el amor de un hombre que jamás va a dármele.

—Entonces es el momento de comenzar una nueva vida —dice Sophie, intentando animarme—. No fuerces, solo vive un día a la vez. Lo que esté destinado a ti llegará en el momento oportuno.

—Entonces solo queda esperar —replico, intentando sonar animada—. No debería echar de menos lo que nunca he conocido, ¿verdad? —pregunto bromeando, una forma de esconder el dolor lacerante de la soledad.

—Ya no estás sola —consuela Jaelyn—. En esta familia, sabemos muy bien que no hace falta compartir la misma sangre para sentirnos como tal.

—¿Por qué no descansas? —pregunta Sophie—. Ha sido un día difícil y largo. Estoy segura de que el amanecer traerá una nueva perspectiva a tu vida.

—Sí —asiento aliviada de que me den una tregua, una excusa para permanecer en mi alcoba, escondida del mundo exterior—. Muchas gracias.

—Deja de agradecerme por todo —amonesta la señora de Kisimul—. Ordenaré que te suban

la cena en cuanto esté lista. No te preocupes, nadie te molestará. —En su mirada veo la convicción de sus palabras. Sé que va a encargarse de que nadie y, mucho menos Andrew, se acerque a mí, al menos hoy.

Se marchan y me dejan sola de nuevo, es entonces cuando el dolor que he estado intentando alejar, luchando contra él, vuelve con fuerza ante el silencio que me rodea. Me abrazo a mí misma, intentando darme calor y consuelo, algo que suelo hacer a menudo, porque nadie más va a hacerlo. En otro momento, estaría llorando como una niña pequeña incapaz de contener los sollozos desgarradores que sacuden el cuerpo; sin embargo, creo que me he quedado sin lágrimas, me siento adormecida tanto por dentro como por fuera.

No estoy segura de cuántas horas transcurren mientras sigo observando sin ver por la ventana. Al fin, cansada de estar de pie, me acerco al lecho y me tumbo. Han traído la cena, pero no tengo mucho apetito. Aun así, por no ser descortés, intento comer algo. Cuando mi estómago amenaza con vaciarse, me detengo y dejo el plato sobre la mesa con la esperanza de que mi anfitriona no se sienta ofendida, es lo último que quiero, porque han sido muy buenos conmigo.

Vuelvo a tumbarme, cierro los ojos y dejo que de nuevo el cansancio me lleve lejos de mi oscura realidad.

Mis párpados se sienten pesados, aun así, lucho por abrirlos para ver que ya es de día. De hecho, debe ser tarde, miro a mi alrededor extrañada por haber dormido tanto, ya que estoy acostumbrada a despertar al alba.

—¿Por qué nadie ha venido a por mí? —pregunto para mí misma—. ¡Qué vergüenza! Van a pensar que soy una holgazana.

Me visto rápido y aseo lo mejor que puedo, intentando mantener mi mente ocupada. Al salir de mi alcoba, me encuentro con un niño que no debe tener más de cinco primaveras, que me mira fijamente con unos ojos que parecen haber vivido más tiempo de lo normal.

—Buenos días —saluda con cortesía, no puedo evitar sonreír con ternura ante semejante hombrecito—. Eres Flora MacDonald.

—Lo soy —asiento no muy orgullosa de ello—. ¿Y tú?

—Cedric MacNeil —responde con orgullo.

Así que este es el pequeño por el que Andrew estuvo dispuesto a dar su vida. El hijo de Jaelyn y Broderick MacNeil, señores de Kisimul. Tengo frente a mí al próximo *laird* del clan más poderoso de las Hébridas Exteriores.

—Encantada —replico—. ¿Podrías decirme dónde está tu madre?

Asiente y comienza a caminar. Lo sigo en silencio, intentando prestar atención para recordar dónde está cada cosa y no perderme. No me gusta molestar más de lo necesario, siento la mirada del pequeño sobre mí y me pregunto qué estará pensando.

—Así que tú eres la mujer que ayudó al tío Andrew a volver con nosotros —dice con solemnidad—. Eres muy valiente para ser una mujer...

—Vaya, gracias —digo, riendo ante su comentario.

—Niño —amonesta una voz tras nosotros, nos giramos sorprendidos—. Todas las mujeres del clan MacNeil son muy valientes, no debes olvidarlo —amonesta Jules con dulzura y firmeza a la vez.

—Lo siento, tío Jules —se disculpa el pequeño—. Lo siento, Flora.

—No debes disculparte —replico de inmediato—. No has dicho nada malo —añado, mirando a Jules ceñuda.

—Puedo asegurarte que a su madre no le hubiera gustado escucharle —rebate el hombre que se mantiene cruzado de brazos impasible—. ¿Buscas a alguien?

—A Jaelyn —respondo un poco a la defensiva, porque espero que mencione a su amigo y, si soy sincera, no quiero ni escuchar su nombre—. Me gustaría hablar con ella y saber en qué puedo ayudar.

—¿Ayudar? —cuestiona ahora sin comprender—. Eres una invitada en Kisimul, estoy seguro de que no va a pedirte que hagas nada.

—No me sentiría cómoda —replico—. ¿Sabes dónde está?

—Yo puedo llevarte —intercede el niño—. Se encuentran en el pequeño salón.

Miro de nuevo a Cedric y le sonrío agradecida, me despido del guerrero con un asentimiento de cabeza y continúo mi camino seguida del pequeño futuro *laird*.

Llegamos, y toca a una puerta que se encuentra cerrada. Sin esperar respuesta, abre antes de que pueda siquiera detenerlo.

—Madre —llama con formalidad, lo miro asombrada—. He traído a *lady* Flora, quiere hablar contigo.

—Hola, pequeño —se acerca a abrazarlo—. Pasa —me invita después de besar a su hijo con amor—. ¿Deseas algo de comer? —pregunta solícita.

—No —niego—. Gracias. Solo quería preguntarte en qué puedo ayudar —explico mi presencia aquí.

—No necesitas hacer nada —responde frunciendo el ceño—. Eres mi invitada y estás bajo la protección de mi esposo. Además, estás herida, no se hable más.

—Pero no me siento bien —exclamo, avergonzada—. No pertenezco a los MacNeil y...

—Eso se puede arreglar si te supone un problema, muchacha —la voz atronadora del *laird* nos interrumpe, me giro para encontrarlo en la puerta—. ¿Deseas pertenecer a mi clan, Flora? —pregunta con formalidad.

—Esto no funciona así —farfullo, abrumada—. Soy una MacDonald por mucho que me pese, y lo seré hasta mi muerte.

—No si te casas. —Todos miramos al pequeño que hasta el momento ha permanecido en silencio—. Si lo haces con un MacNeil, tú también lo serás.

—Cada día me sorprendes más, hijo mío —ríe Broderick—. Pero tienes razón. Sin embargo, ese no es el motivo correcto por el cual casarse.

—¿Por qué no? —pregunta—. Eres el *laird*, ordénaselo, padre —indica, encogiéndose de hombros.

—Cedric MacNeil —reprende su madre—. No te metas en asuntos de mayores.

—No puedo ordenarle nada, porque no me ha jurado fidelidad —explica con paciencia—. Si decide pertenecer a nuestro clan, entonces podría hacerlo...

—Pero no lo harás, esposo —interviene Jaelyn con firmeza.

—Si me hubiera dejado terminar... —suspira—. No lo haré.



Capítulo 12

Andrew MacNeil.

No he visto a Flora desde ayer. No bajó a cenar y no se me permitió siquiera preguntar por ella. La mirada que me dirigió Jaelyn lo dejaba muy claro sin necesidad de palabras. Todos hablaban a mi alrededor como si el tiempo ni se hubiera detenido; sin embargo, a mí, el vino me sabía a agua sucia y la comida a serrín.

—Por mucho que mires hacia la puerta, no la vas a conjurar —dice Broke con mordacidad—. Tus palabras y gestos se contradicen, hermano. Solúcnalo antes de que sea tarde.

—Déjame en paz —espeto molesto—. ¿Hay partida de caza? —pregunto, cambiando el rumbo de la conversación.

—Sabes que sí —suspira alzando la vista hacia mí—. ¿Quieres ir?

—Mejor yo que uno de vosotros —me encojo de hombros—. Me prepararé.

Voy corriendo a mi alcoba a por el arco y flechas. Al sostenerlos en las manos de nuevo, los observo incrédulo de que hayan permanecido intactos durante mi ausencia. Me demuestra que mi familia siempre tuvo un resquicio de esperanza en mi regreso. Al volver a la planta baja, paso por el salón privado de Jaelyn y me detienen unas voces.

—Puedes estar tranquila, Flora —dice mi amigo—. No voy a obligarte a desposarte con ningún hombre que tú no hayas elegido.

Ceñudo me acerco más, pero asegurándome de que no me vean ni escuchen ruido alguno que haga descubrir mi presencia. ¿Por qué hablan de matrimonio?

—Desde luego que tu hijo va a ser un gran *laird* —replica Flora—. Siendo tan pequeño, tiene claro cuál sería su solución, ¿verdad, Cedric?

—Es lo que haría —escucho que responde el niño, ¿por qué está con ellos?—. Te obligaría a casarte con un MacNeil y acabaría con los problemas —sentencia solemne.

—Entonces agradezco que todavía no lo seas —bromea, haciendo que los demás rían—. Sin embargo, debes aprender algo de tu padre —continúa diciendo—. No obligues jamás a nadie a hacer algo que no desea, porque puede ser muy desdichado.

—Ya lo eres. —Ruedo los ojos, ¿no puede callarse de una vez? —. Lo único que debes hacer

es olvidar al tío Andrew —añade—. No te merece, se lo oí decir a madre.

—Cedric —amonesta la susodicha. «Ten amigas para esto», pienso, apoyándome en la pared, incrédulo ante la conversación tan surrealista que estoy escuchando—. Vete a jugar con tus primos.

El niño sale corriendo poco después en dirección contraria, por lo que no me ve, algo que agradezco. Con la boca que tiene, seguro que hubiera revelado que me encuentro escuchando a escondidas.

—Perdónale —dice Broderick—. Es un niño que quiere crecer demasiado rápido.

—Te dije que no debías encargarle tantas tareas —amonesta su esposa—. Tendrá tiempo para aprender, esposo. Déjale ser un niño durante unos años más.

—Esposa —escucho cómo comienza a decir mi amigo, intentando elegir muy bien las palabras—. Es mi deber educarle para que, cuando ya no esté, él pueda guiar a nuestra gente.

—Queda mucho para eso —contradice con fervor—. Deja de hablar de muerte, MacNeil. — Casi puedo ver su ceño fruncido, y si no estuviera de tan malhumor, podría reírme por ello—. Ocúpate tú del clan y deja a Cedric comportarse como el niño que debe ser. A este paso, va a ser un anciano con diez años.

Mi amigo masculla algo para sorprenderme al salir sin que lo escuche siquiera. Me mira sorprendido y hago un gesto de silencio para que no me delate, rueda los ojos y me empuja para que camine delante de él. Obedezco en silencio hasta que salimos por la pequeña puerta que da al patio trasero.

—¿Qué demonios haces? —pregunta—. ¿Ahora escuchas tras las puertas?

—No estaba cerrada —corrijo, alzando las manos en son de paz—. Solo me he detenido, ya que me ha llamado la atención la inteligencia de tu hijo.

—¿Seguro que ha sido por eso? —cuestiona con sorna—. ¿Cuánto has escuchado?

—Lo suficiente como para saber que Cedric, a pesar de su edad, se preocupa por su gente — respondo evasivo.

—Así que has escuchado su idea de que Flora se despose con un MacNeil —replica, cruzándose de brazos sonriente—. ¿Qué te parece?

—No me incumbe —respondo demasiado rápido, mi amigo alza una de sus cejas—. Como ves —alzo mi arco—, salgo con la partida de caza. No es necesario que nadie más lo haga.

—¿Vas a hacer alguna estupidez? —cuestiona.

—¿Como qué? —le devuelvo—. Broderick, solo quiero continuar con mi vida. En el pasado, no me hubieras hecho semejante pregunta.

—No, no lo habría hecho —asiente—. De acuerdo, te dejo a cargo. Ten cuidado.

Asiento y me marchó a buscar a los hombres que van a acompañarme. Ya subidos a los caballos y listos para partir, veo cómo las mujeres salen riendo al patio. Flora, al verme, se detiene solo un instante, incluso pierde la sonrisa, sin embargo, es algo fugaz, porque aparta la mirada y sigue su camino acompañada de sus nuevas amigas. Me cuesta dejar de observar incluso cuando ya ha desaparecido de mi vista. Es uno de los hombres que me acompañan quien llama mi atención y me trae de regreso al presente.

—Emprendamos la marcha —ordeno—. Debemos alejarnos un poco —explico—. Órdenes del *laird*, no podemos volver sin reservas porque el invierno se acerca.

Salimos de Kisimul, no es fácil cazar en una isla, mucho menos, cuando el frío golpea con fuerza. Al menos, otro grupo se encarga de la pesca, las mujeres de los huertos que nos proveen de la verdura necesaria. Gracias a la tarea que Broderick me ha encomendado, dejo todos mis problemas y quebraderos de cabeza olvidados por unas horas, ya que regresamos casi al anochecer.

Estoy satisfecho, y mucho más cuando nuestro *laird* nos felicita por la caza. Hacía demasiado que no me sentía útil, había olvidado ese sentimiento, el de formar parte de un todo. Entro al salón donde todos se encuentran reunidos, incluso varios hombres de confianza de mi amigo. Lo que más me sorprende es que uno de ellos habla animadamente con Flora.

—¿Celebramos algo? —pregunto, intentando dejar de mirar hacia donde se encuentran sentados.

—¿Tiene que haber algún motivo para compartir con alguno de mis hombres? —pregunta Broderick—. No frunzas el ceño —amonesta—. Pareces un anciano, hermano.

—Andrew —saluda Arthur, acercándose con su mujer, que me observa como a un insecto—. ¿Todo bien con la caza?

—Sí —asiento, aceptando el vaso que me tiende Jules, quien también se ha acercado—. Creo que ha sido fructífera.

—Claro que lo ha sido —aplaude el señor de Kisimul—. Por ello debemos celebrar. Tener reservas nos permitirá un pequeño respiro —exclama, palmeando mi espalda—. En la próxima, también te pondré al mando, parece que tienes buena fortuna —bromea.

—No creo que sea cuestión de suerte —rebato, encogiéndome de hombros—. Tampoco ha sido una proeza. —Comienzo a sentirme algo avergonzado ante tanto elogio—. Hemos sabido dónde dirigirnos, eso es todo.

—Siempre tan modesto —se carcajea Arthur—. Bebamos. —Alza su vaso sonriente, le imito intentando que mis ojos no vuelvan a dirigirse hacia cierta parte del salón.

Dejo que mis amigos me lleven hasta una de las esquinas más próximas a la gran chimenea y comienzan a hablar, intento prestar atención sin mucho éxito, debo reconocerlo.

—¿Tú qué opinas, Andrew? —cuestiona Jules, llamando mi atención.

—¿Sobre qué? —replico, mirándolos algo perdido.

—Si cree que los MacDonald tomarán represalias —bufa rodando los ojos—. ¿Dónde demonios tienes la cabeza, hermano?

—No lo creo —respondo con seriedad—. No tienen un líder, por lo cual no sé a quién elegirán.

—Eso puede ser un gran problema —intercede Broderick—. No saber quién va a tomar el mando nos deja a ciegas.

No puedo evitar mirar a Flora. Ella es la única descendiente de ese miserable, pero, al ser mujer, no puede ocupar el lugar que correspondía a Blake.

—Como he dicho, no creo que nos ataquen, no son estúpidos —termino por decir—. Pero si lo hacen, asumiré las consecuencias. Os dije que lo último que quería era que gente inocente muriera por mi causa.

—No adelantemos acontecimientos —tercia Broke, la voz de la razón—. Y disfrutemos de la celebración. También es la forma en la que las mujeres han decidido darle la bienvenida a Flora.

—¿Todo esto es por ella? —pregunto—. ¿Y ha estado de acuerdo?

—Parece que no conoces a nuestras mujeres, hermano —ríe Broderick—. Cuando a Jaelyn se le mete algo en la cabeza, es imposible hacerle cambiar de opinión. Las cuatro se han encargado de todo en pocas horas.

—No tendrá nada que ver la descabellada idea de tu hijo, ¿verdad? —pregunto como si nada.

—No lo creo —responde—. La muchacha tiene bastante claro que no desea casarse. Si lo hubiera querido hacer, podría haberlo hecho con el hombre que le buscó su padre.

Hago una mueca de asco ante tal pensamiento, puede que no pueda corresponderle como ella desea, sin embargo, sé que merece mucho más que lo que ese patán podría darle jamás.

—No lo necesita —espeto, siento cuatro pares de ojos sobre mí—. Ahora es libre para decidir su destino —intento excusar mis palabras—. Si alguien se lo merece, es ella, sin duda.

—Ciertamente —asiente mi amigo—. Y así se lo he hecho saber. Quiero que esté tranquila y se sienta segura en Kisimul.

—No os he dado las gracias —les digo en voz baja mientras la contemplo—. No solo por ayudarme con mi venganza, si no por permitirme llevármela de un lugar que no era el suyo.

—Desde que te entregó su corazón y arriesgó su vida para salvarte, pertenece a los MacNeil, la ames o no —dice Broderick con solemnidad—. Y sabes que siempre cuidó de los míos.

—Creo que Flora encontrará su lugar aquí —la dulce voz de Sophie nos sorprende a todos. La miro para descubrir que ella también lo hace—. Ha comprendido que no tiene por qué suplicar por el amor de alguien que no lo merece —añade mordaz.

Se marcha para reunirse con las demás mujeres. Mis amigos me miran con diferentes gestos. Jules y Broderick apenas contienen una sonrisa; Broke lo hace con seriedad, y Arthur, con un semblante de circunstancias. No replico porque no sé qué decir, no ha mentado, por lo que no puedo acusarla de hacerlo y no quiero discutir con mi amigo ni ponerlo en la tesitura de elegir un bando.

—Cenemos —habla Broderick tras el tenso silencio que ha dejado Sophie tras de sí. Le seguimos y tomamos asiento, por desgracia, frente a mí se encuentran Flora y su acompañante.

Intento ignorarlos, pero la risa de la pelirroja y las estúpidas sonrisas del imbécil que la pretende me están poniendo muy nervioso. ¿Qué demonios le dice para llamar su atención?



Capítulo 13

Flora MacDonald.

Puedo sentir la mirada de Andrew sobre mí desde que ha entrado en la sala, aun así, no he correspondido a su llamada silenciosa.

Intento prestar atención a mi acompañante. Se llama Grey y ha estado a mi lado desde el inicio de la celebración. Me parece un muchacho afable y muy amable, ya que podría estar con sus amigos, sin embargo, se ha sentado a mi lado en cuanto me ha visto sentada sola y algo perdida entre tanta gente que no conozco.

—No debes temer —continúa diciendo—. Nadie va a tratarte mal o hacerte algún desprecio — intenta tranquilizarme.

—Imagino —sonríó—. La protección del *laird* será bien conocida.

Me doy cuenta de que mira hacia donde se encuentra Broderick y lo observa con admiración y respeto, dejándome claro que su gente lo aprecia.

Cometo el error de alzar la mirada. Mis ojos conectan con los del hombre al que he estado intentando evitar a toda costa. Andrew me observa con el ceño fruncido y los labios apretados, dejándome clara su molestia. Controlo las ganas de preguntarle por qué demonios me mira como si fuera culpable de algo más que ser una estúpida enamorada de un hombre que jamás podrá corresponderme.

—Y dime, Flora. —Mi acompañante llama mi atención de nuevo, le miro algo desconcertada—. ¿Tienes pensado casarte?

Escucho como alguien se atraganta y un golpe seco en la mesa. Mi ojos se dirigen hacia Andrew de nuevo, ha sido él. Tose mientras Arthur sentado a su lado palmea su espalda, entre divertido y preocupado.

—¿Qué clase de pregunta es esa, muchacho? —amonesta Broke, mirándole con fijeza, el pobre agacha la cabeza avergonzado.

Me molesta que lo reprendan cuando no ha hecho nada malo, por lo que decido interceder.

—No me ha molestado —defiendo, jamás he podido soportar a los abusones—. En ningún momento me he sentido ofendida, por lo que no necesito que ninguno de vosotros intentéis protegerme.

Escucho unas risas ahogadas. Se trata de mis nuevas amigas. Broke lanza una mirada a su

esposa, pero esta no se siente amedrentada por ello, solo le guiña uno de sus ojos. El hombre gruñe por toda respuesta, por lo que no puedo evitar imitarlas.

—Se me olvidaba que siempre te sientes con la necesidad de proteger al más débil —replica mordaz el hombre que se siente frente a mí, le miro de nuevo.

—No veo debilidad alguna en Grey —respondo con tranquilidad—. Te agradecería que no me hablaras, Andrew.

Mascullo una maldición para después continuar bebiendo. A este paso, acabará borracho antes de que termine la noche. Pobre del que tenga que soportarlo. Decido que no es mi problema, ya no, y continúo mi conversación con mi nuevo amigo mientras damos buena cuenta de la cena.

Me sorprendo cuando la música comienza a sonar. Varios han traído sus instrumentos, y la melodía pronto hace que muchos se animen a bailar. Sonrío cuando los hombres sacan a sus esposas a bailar, veo el amor que sienten por ellas en cada uno de sus gestos, incluso en las confianzas que se hacen al oído y que las hacen sonrojar.

—¿Deseas bailar? —pregunta Grey algo avergonzado.

—Claro —acepto encantada, no recuerdo cuándo fue la última vez que lo hice, pues en Ormacleit no había motivos de celebración.

Me cuesta encontrar el ritmo, pero cuando lo hago, disfruto riendo. Me siento una más y, por unos instantes, olvido el pasado y el futuro tan incierto que tengo por delante. Todo es perfecto hasta que una sombra se cierne sobre nosotros, y una voz que consigue estremecerme se escucha a mi espalda.

—No deberías acaparar a nuestra invitada, muchacho —suspiro con fastidio, lo mejor sería ignorarlo, pero no es un hombre que lo permita—. Déjanos solos —ordena ante su indecisión.

Finalmente, se marcha y me giro para encararlo. Me doy cuenta de que, como temía, ha bebido demasiado. Doy varios pasos para pasar por su lado y dejarlo plantado aquí en medio, pero me detiene. Su mano sujeta mi brazo, alzo la vista y me encuentro con sus ojos oscurecidos por algo más que el *whisky*.

—¿Dónde vas? —alzo una ceja ante semejante pregunta—. ¿Ni siquiera puedes bailar conmigo? ¿Qué clase de amiga eres?

—No soy tu amiga, Andrew —replico soltándome, pues su toque quema sobre mi piel—. Creía que habías dejado claro tus sentimientos, por lo que te pido que te mantengas alejado de mí.

—Si no correspondo a tus sentimientos, ¿ni siquiera puedes ofrecerme tu amistad? —cuestiona ceñudo.

—¿Te has vuelto loco, o eres imbécil? —espeto. Veo la furia brillar en sus ojos—. A veces creo que eres un maldito patán sin sentimientos, incapaz de ponerte en la piel de otra persona. Después, recuerdo que eres capaz de morir por las personas que amas, y comprendo que solo te sucede conmigo.

—Maldita sea, Flora —mascullo—. Ven conmigo.

No me da opción a negarme. Coge mi mano entre la suya y tira de mí, alejándome del gentío que llena la sala. Salimos a un pasillo desierto y prácticamente oscuro, solo las sombras que proyectan las antorchas dan algo de claridad.

—Suéltame —le exijo, lo hace, pero quedo entre la pared y su fuerte cuerpo. Alzo la cabeza para poder mirarlo, su altura siempre ha sido imponente—. ¿Qué demonios te sucede? Lo mejor

sería que fueras a dormir la borrachera —mascullo sin querer que su cercanía me afecte.

—¿Crees que no me siento como un bastardo? —pregunta entre dientes—. ¿Crees que de verdad quería hacerte daño?

Rehúyo su mirada porque no quiero que vea cómo me afectan sus preguntas. Lo peor de todo es que no puedo acusarlo de nada. Si me hubiera dado esperanzas o jugado conmigo, sería distinto, podría odiarlo por ello, mas no puedo hacerlo por no poder entregarme lo que más deseo.

—Lo estás haciendo ahora —acuso, intentando huir—. No me dejas alejarme, Andrew. —De nuevo, mi cuello se alza para encararlo—. Necesito que me dejes en paz para poder olvidarte, para poder seguir con mi vida.

—Sin mí —escupe como si le doliera, asiento con tristeza—. Durante cinco años, has sido una constante en mi vida, casi entregas la tuya por salvarme, y ahora me pides que convivamos como dos extraños.

—Al menos hasta que mi amor por ti desaparezca —asiento en voz baja—. Solo entonces podré ofrecerte una amistad.

—¿Y qué vas a hacer para lograrlo? —pregunta de mal humor, puedo oler el *whisky* en su aliento—. ¿Coquetear con todos los hombres MacNeil? ¿Tal vez encamarte con ellos? —jadeo ofendida, la furia recorre mi cuerpo y alzo la mano para abofetearlo con fuerza.

El tiempo parece detenerse. Veo cómo su rostro gira hacia un lado, se lleva la mano a la mejilla enrojecida y, cuando nuestras miradas vuelven a encontrarse, no me gusta lo que veo en ella. Intento huir, no me lo permite. Sus manos se posan a cada lado de mi cabeza en la pared de piedra que tengo detrás, dejándome aprisionada por completo.

—Nunca vuelvas a golpearme —sisea con furia—. ¿Me has oído, Flora?

—No vuelvas a insultarme —rebato con valentía—. Ahora apártate de mí, maldito borracho.

Lejos de obedecerme, se mantiene muy cerca, observándome como si estuviera luchando contra sí mismo. Por lo que cuando sus labios se apoderan de los míos, jadeo sorprendida, mi cuerpo se tensa en respuesta, porque jamás soñé que esto pudiera ocurrir.



Capítulo 14

Andrew MacNeil.

Gimo cuando pruebo sus sabor por primera vez. Mi cuerpo responde como jamás pensé que haría, ¿cómo es posible?

Pierdo la poca cordura que me queda cuando sus manos recorren mi pecho hasta perderse en mi cabello. Las mías se aferran a sus caderas como punto de apoyo, ya que siento temblar el suelo bajo mis pies.

—No creo que estés en tus cabales para hacer esto ahora mismo, hermano. —La llegada de Jules nos interrumpe, Flora me empuja y, en mi estado, consigue moverme.

La muchacha sale corriendo, no sin antes ver su rostro mortificado. Mascullo una maldición y lanzo una mirada asesina a mi amigo por la interrupción.

—No me mires así —replica sin inmutarse—. Puede que tu calentura ahora no te deje pensar, pero mañana te hubieras arrepentido de tomarla de esta forma, y ella también.

—No iba a hacer tal cosa —me defiendo, alza una de sus cejas dejándome claro que no me cree—. ¿Por qué dudas de mí?

—No lo haría con el antiguo Andrew —responde—. Sin embargo, ahora mismo no reconozco en ti nada de aquel muchacho.

—Vosotros tampoco sois los mismos —le grito, cansado de escuchar lo mismo, de que me exijan algo que puede que no sea capaz de dar nunca más—. ¿Qué demonios esperáis de mí?

—No somos tus enemigos —dice por respuesta, bufo ofuscado, con el deseo todavía latente—. Puede que lo creas, porque queremos que reacciones.

—Ahora mismo eres un dolor en el trasero —mascullo malhumorado, estalla en carcajadas—. ¿De qué te ríes?

—No creo que sea el trasero lo que te duele —bromea, y por extraño que parezca, comienzo a reír también—. Maldita sea, echaba de menos escuchar esa risa, Andrew.

Palmea mi hombro y siento que el enfado y la frustración poco a poco van desapareciendo. Mi cuerpo se relaja, pero mi mente no, ahora me preocupa todavía más lo que Flora pueda estar pensando o sintiendo ante mi beso.

—¿Qué se supone que debo hacer? —pregunto perdido—. Ni siquiera sé por qué la he besado.

Estábamos discutiendo, me ha golpeado y...

—¿De verdad no sabes por qué estabas molesto? —pregunta incrédulo—. Estabas celoso, hermano.

Le miro como si hubiera perdido el juicio. Nunca he sido un hombre inseguro de mí mismo o celoso. Solo una vez me consumió ese terrible sentimiento y fue...

—No —niego—. Sé reconocerlo, Jules —le miro mortificado—. Lo sentía cada vez que veía cómo Broderick tenía a Jaelyn sin merecerla.

—¿Todavía piensas así? —cuestiona, perdiendo la sonrisa.

—He pasado cinco años lejos de aquí —comienzo a decir, intentando ser lo más sincero posible—. Pero durante estos meses, he podido comprobar que Broderick parece otro, de hecho, todos habéis cambiado gracias a vuestras mujeres.

—No lo puedo negar —asiente—. Ellas han sido nuestra salvación, al igual que estoy seguro de que Flora sería la tuya si se lo permitieras. Deja de aferrarte al pasado. —Ese consejo lo he escuchado mucho durante estas semanas—. Puede que sí amaras a Jaelyn, pues estuviste dispuesto a morir por ella y su hijo...

—Lo volvería a hacer por cualquiera de vosotros —interrumpo, ya que necesito dejar claro que no dudaría en hacerlo—. Creo que nunca lo entenderéis, ¿esperabas que dejara que fuera Broderick el que muriera esa noche? Él ya tenía una familia a la que regresar, yo no tenía nada, y sigo sin tenerlo.

—Si crees eso, me duele —lamenta, puedo ver el dolor que han causado mis palabras en sus ojos—. Porque no sabes lo mal que lo hemos pasado con tu ausencia. Tú no viste a Arthur, todos sufrimos, pero él... —parece pensar muy bien cómo continuar—. Temí por su vida, Andrew. De hecho, estuvo a punto de lanzarse por ese maldito acantilado.

Saberlo me parte el corazón, no dudo de sus palabras, sé que sufrieron por mí y, aun así, volvería a sacrificarme si con ello salvo la vida de alguien que amo. El silencio cae sobre nosotros, ninguno de los dos parece tener algo más que decir, el tiempo de las confesiones ha terminado, al menos, para mí.

Me dispongo a marcharme cuando sus palabras me detienen...

—Andrew —me llama, no me vuelvo, pero espero a que continúe—. Asegúrate de que no sea demasiado tarde cuando abras los ojos, cuando te permitas hacerlo —corrige—. De verdad que rezo para que encuentres lo que todos hemos hallado al lado de nuestras esposas.

Asiento porque las palabras no me salen. Me alejo, sin embargo, no regreso a la celebración, no me siento de humor para seguir rodeado de gente que no sabe ni siquiera la lucha que tengo en mi interior. Debería buscar a Flora, lo sé, pero no creo que ahora mismo sea el mejor momento para hablar. Puede que mañana lo sea, no quiero empeorar más las cosas entre nosotros.

Al entrar a mi alcoba, me quedo inmóvil en la puerta al ver una de las criadas con quien encontré desahogo a mi llegada en mi lecho y desnuda.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, intentando que mis ojos no recorran sus curvas expuestas—. No te he llamado...

—Pensé que necesitaría un poco de calor en el lecho —ronronea seductora, y lo cierto es que la idea no me desagrade, ya que mi deseo insatisfecho vuelve a encenderse—. ¿Debo marcharme?

Nunca llego a contestar porque una voz a mi espalda me sorprende tanto que me giro, dejando a la vista a la mujer dispuesta en mi cama. Flora me mira a mí, luego a ella. En cuestión de un instante en el que saca sus propias conclusiones, puedo ver cómo sus ojos se oscurecen, un velo de dolor y rabia los recubre, sus puños se aprietan temblorosos.

—Eres un maldito cerdo —masculla—. No vuelvas a acercarte a mí. Maldigo el día en el que llegaste a Ormacleit.

Se marcha corriendo, doy dos pasos hacia delante dispuesto a detenerla, pero alguien me detiene. Miro la mano que se ha posado en mi antebrazo, la recorro hasta llegar al rostro de la morena que se ofrece deseosa a mí.

Puede que ya sea demasiado tarde. Siento que no solo le he fallado a Flora, sino a mis amigos, que han confiado más en mí que yo mismo.



Capítulo 15

Flora MacDonald

Siento que me ahogo. Corro sin detenerme, aunque ni siquiera sé hacia dónde me dirijo. Me detengo cuando salgo del castillo y el frío me golpea, devolviéndome a la realidad.

Maldito y mil veces maldito. No puedo borrar de mi memoria la imagen de esa zorra expuesta encima de su lecho, como si fuera una virgen dispuesta para un sacrificio. Ese cerdo ha osado besarme como si fuera una maldita fulana, y al verse sorprendido, ha decidido que otra puede ocupar y calentar su cama para saciar su deseo.

—Te odio —sollozo—. Pensé que jamás lo lograría...

Comienzo a reír a pesar de estar llorando. Alzo la vista al cielo estrellado, sintiéndome liberada. Lo que no he logrado en cinco malditos años ha sucedido en un solo instante, al ver de lo miserable y traicionero que puede llegar a ser. Ha roto las cadenas que me ataban a él.

—¿Flora? —pregunta Jaelyn—. ¿Estás bien? Te he visto salir corriendo y...

Me giro limpiándome las lágrimas, las últimas que pienso derramar por Andrew MacNeil. Sonrío, ella me devuelve una mirada preocupada, se acerca con precaución como si creyera que voy a estallar de un momento a otro, lo que no sabe es que al fin soy libre de verdad.

—Se acabó —frunce el ceño, mira a su alrededor como si buscara ayuda—. Andrew ha roto lo que nos unía.

—¿Ha vuelto a hablarte mal? —cuestiona molesta.

—Me ha besado. —Parpadea, sorprendida—. Lo ha hecho, y he sido tan estúpida como para ilusionarme. He ido a buscarlo y estaba muy bien acompañado por una zorra desnuda en su cama y...

Mis palabras mueren cuando ese recuerdo vuelve con una fuerza demoledora. Cierro los ojos y cubro mi boca para ahogar un nuevo sollozo. Sin embargo, cuando Jaelyn me abraza, vuelvo a romperme. No me suelta, a pesar de que lucho para que lo haga, me rindo porque luchar significa demasiado esfuerzo para mí. El tiempo transcurre lento. Cuando nos separamos, estoy más serena.

—Lo lamento tanto —niega cabizbaja—. Sé lo que duele sentirte traicionada por el hombre que amas. No sé cómo ayudarte, querida —termina, lamentándose.

—No tienes por qué hacer nada —respondo—. No hallaría consuelo alguno. Supongo que el tiempo ayudará a mitigar el dolor, ¿verdad?

Por su forma de sonreírme me queda claro que no. Ni el tiempo, ni siquiera la distancia, podrán ser una cura para un corazón roto, así que solo me queda vivir con ello.

Me tiende la mano y la acepto para volver a entrar al resguardo del castillo. Al girarnos, ambas nos quedamos sorprendidas al ver que Broderick está apoyado en el quicio de la puerta. Mira a lo lejos; sin embargo, no me cabe la menor duda de que ha escuchado lo suficiente. Su ceño fruncido da buena cuenta de ello sin necesidad de preguntar.

—¿Qué deseas que haga, muchacha? —pregunta sin mirarme, tenso a la expectativa de mi respuesta—. Es mi amigo, mi hermano, pero...

—Nada —respondo de nuevo—. Puede que no se merezca nada más por mi parte. —Me encojo de hombros—. Aun así, no deseo que sufra.

—Tienes un corazón demasiado noble —replica, mirándome al fin—. Supongo que el silencio de mi esposa te ha dado la respuesta a tu pregunta —asiento—. No es fácil, pero puedes llegar a vivir con ello.

—Broderick —advierde la dama que se encuentra a mi lado—. No es el momento.

—No soy tonta, aunque lo parezca —interfiero para impedir que discutan por mi culpa—. Soy muy consciente de que he entregado mi corazón y no espero recuperarlo. No me importa —muerdo las palabras con rabia—. Puede quedárselo. Aprenderé a vivir sin él, y al infierno con todo.

Emprendo la marcha a mis aposentos, dejándolos atrás, sin darles opción a que continúen intentando darme un consuelo que no van a lograr. Sus intenciones son buenas, y se lo agradezco, pero no lo necesito. Debo aprender a endurecerme para que jamás nada ni nadie vuelva a hacerme daño. Esta noche siento que he muerto de alguna manera, y que mañana todo va a ser completamente distinto.

Al despertar, me siento agotada. He pegado muchas vueltas en la cama rezando para poder dormirme y que la pesadilla acabara, pero no fue tan fácil conseguirlo. Me cuestiono por qué debería levantarme, después de todo, nadie me necesita y no tengo tareas de las que encargarme.

Nunca he sido una mujer perezosa, de hecho, no soy capaz de estar sin quehaceres mucho tiempo sin ponerme nerviosa o sentir que no sirvo para nada. No voy a esconderme, ya que no he hecho nada malo. Me levanto con energía o, al menos, lo intento, porque dejarle ver lo rota que me siento no es una opción. Trenzo mi cabello, el traje que elijo es uno de color verde oscuro. Puede que no sea muy bonito, pero es caliente, y es todo lo que me importa.

—Buenos días. —La primera con quien me encuentro es Rachel—. ¿Has pasado buena noche? —pregunta con una sonrisa amable, lo agradezco en silencio, no quiero compasión.

—Sí —miento sin inmutarme. Si no me cree, no da muestras de ello—. Espero no haberme levantado demasiado tarde —me disculpo.

—No debes preocuparte por eso —aconseja con un movimiento suave de su mano—. ¿Cuántas veces debemos repetirte que eres una invitada en Kisimul? No tienes que preocuparte por nada.

—No me gusta —replico con cabezonería—. Soy buena cazando —me ofrezco emocionada al imaginar el poder salir de estos muros—. Puedo ayudar.

—Muchacha —suspira—. No soy yo quien debe darte permiso para ello...

—¿Y quién debe hacerlo? —pregunto, extrañada—. No estoy casada y no tengo familia, por

lo que...

—Yo. —Esa maldita voz, me tenso hasta que todos los huesos de mi cuerpo duelen—. Soy responsable de ti, Flora, pues fui yo quien te trajo hasta Kisimul.

—¿Y qué debo hacer para cambiar este molesto hecho? —pregunto, girándome para encararlo—. ¿Hablar con el *laird*? Él me dejó claro que estoy bajo su protección.

—Bajo su protección —asiente conforme—. Y bajo mi responsabilidad.

—Pues no quiero —siseo—. Dime de una vez qué debo hacer para no estar supeditada a ti.

—Casarte —responde risueño, alzo una de mis cejas, un acto reflejo en mí.

—¿De verdad? —cuestiono, mordaz—. Entonces, lo haré. —Observo cómo pierde la sonrisa, y eso me complace.

Doy media vuelta dispuesta a alejarme de su presencia. Rachel me mira con una sonrisa enorme dejándome claro que le ha gustado cómo le he hecho frente. ¿También sabrá lo que sucedió anoche?

—No te debo nada —grita deteniéndome. Cierro los ojos ante el nuevo mazazo—. Soy un maldito hombre libre, Flora. Por lo que no debes comportarte como una esposa engañada.

—Andrew, cállate —le ordena Rachel enfadada—. ¿No sabéis cuándo cerrar la boca?

—No te metas —escupe—. Siempre os metéis donde no debéis y me tenéis harto.

—No te pases, amigo —advierte Broke, siempre aparece en el momento oportuno como si fuera la sombra de su esposa—. No vuelvas a hablarle así a mi mujer.



Capítulo 16

Andrew MacNeil.

Demasiados frentes abiertos.

Broke me observa furioso; Rachel, airada, y Flora parece querer acabar con mi vida.

—Dile que no se meta —le indico—. Quiero hablar con Flora en privado sin que nadie se inmiscuya.

—No quiero hablar contigo —replica—. Creía habértelo dejado claro anoche antes de que te encamaras con esa ramera.

—Deja de comportarte como una niña —exclamo—. Debemos convivir juntos y...

—No tenemos por qué —interrumpe—. Yo elegiré mi futuro, Andrew. Soy libre al igual que tú, es lo único que debo agradecerte.

—No des un paso más —le ordeno cuando de nuevo se dispone a marchar, Broke se mueve, dejándome claro que va a intervenir—. No —le digo—. Por favor, dejadnos solos.

Mi amigo duda durante unos instantes, finalmente coge la mano de Rachel y la insta a seguirlo, aunque reticente, termina haciéndolo.

—No debí besarte. —La veo tensarse, incluso juraría que la escucho gruñir—. Me disculpo por ello.

—¿Eso es todo? —pregunta tras un breve y tenso silencio—. ¿Puedo marcharme ya?

—Maldita sea, Flora —exclamo—. Mírame —le exijo.

Lo hace y me quedo helado. En sus ojos ya no existe el brillo del fuego que sé que guarda en su interior. Ni me mira con ese sentimiento que tantas veces ha proclamado como amor, sino con indiferencia, incluso, con asco.

—¿Esto te lo he hecho yo? —pregunto con la voz rota—. Flora... —Doy varios pasos hacia ella, retrocede, por lo que me detengo como si me hubiera golpeado con un mazo.

—No sé a qué te refieres —replica, alzando el mentón con orgullo—. Ya has dejado clara tu postura, y yo la mía.

Se marcha, y la dejo hacerlo porque siento que intentar retenerla no va a solucionar nada en este momento. Suspiro mientras me apoyo en la pared más cercana, no puedo creer el cambio de la pelirroja en tan pocas horas.

No puedo creer que algo en lo que no tuve nada que ver me haya sentenciado, y la haya roto de una manera que jamás pude llegar a imaginar. Saberme responsable de ello me deja sin aliento, no debería doler tanto, entonces, ¿por qué lo hace? Cierro los ojos cuando el recuerdo del sabor de sus labios, del calor de sus manos y de sus gemidos llega a mí como una avalancha.

—¿Ya te has dado cuenta? —sabía que Broke no estaría lejos, y no por miedo a que le pudiera hacer daño físico a Flora, sino para impedir que pueda continuar cometiendo errores que no pueda enmendar.

—No lo sé —confieso, abro los ojos y le miro algo perdido—. ¿Por qué no puedo ser indiferente? ¿Por qué me duele lo que le sucede?

—No puedo decírtelo yo —dice casi con tristeza—. Debes darte cuenta tú mismo. Te conozco, o siempre he creído conocerte, Andrew. Y me da mucha rabia ver cómo te empeñas en cerrar los ojos a lo que tienes a simple vista.

—No sé a qué demonios te refieres, Broke —replico, perdiendo los estribos—. Creía estar seguro de que Flora no despertaba ningún deseo en mí, al menos, mientras estuve cautivo, solo podía verla como la hija de mi captor. Luego, como una especie de aliada, de amiga.

—Puedo comprender que estando encerrado no fueras capaz de pensar con claridad —asiente—. Te entiendo, hermano, de verdad lo hago. Pero ahora eres libre, ambos lo sois, y necesito que reacciones. Tienes todo al alcance de la mano para ser feliz, para encontrar lo que todos tenemos, y no quiero menos para ti.

—Tengo miedo —reconozco por primera vez—. Miedo a no poder darle todo lo que ella espera de mí. Por eso prefiero mantenerla a distancia, porque merece más que un hombre a la mitad.

—¿Seguro? —cuestiona—. ¿Solo tienes ese miedo? ¿Lo que crees sentir por Jaelyn no tiene nada que ver?

Agacho la cabeza, intentando aclarar mis pensamientos, mis emociones y sentimientos. ¿Sigo amando a la mujer de mi mejor amigo? ¿Lo hice alguna vez? Sí, no dudo de ello, hace cinco años amaba a Jaelyn con todo mi corazón, pero ahora...

—No lo sé —mascullo furioso conmigo mismo—. Creo que no —alzo la mirada de nuevo en busca de ayuda.

—No me sirve esa respuesta —farfulla molesto, una de sus manos se pierde en su cabello—. Créeme, hermano, eso se sabe. Y no puedo creer que dudes, maldición.

—Tal vez necesito más tiempo... —comienzo a decir preocupado.

—¡No lo tienes! —grita—. Lo he visto en sus ojos, Andrew. Conozco esa mirada desprovista de toda vida, estás a un paso de perderla para siempre.

Miro por donde se ha marchado sin poder creer en esa posibilidad. Ha sido una constante en mi vida durante años, intenté alejarla de mil maneras posibles sin conseguirlo. ¿De verdad ahora va a ser distinto?

—Maldita sea —blasfemo, sintiéndome atado de pies y manos—. ¿Por qué siempre acabo interesado de la mujer equivocada?

—¿Por qué crees que Flora lo es? —pregunta, mirándome sin comprender.

—Porque es una MacDonald —respondo—. Maté a su padre y hermano...

—No parece resentida por ello —interrumpe, encogiéndose de brazos—. Creo que son excusas que utilizas por miedo, Andrew. Deja de hacerlo.

—¡Qué fácil lo ves todo! —recrimino—. No eres tú el que está en mi lugar.

—Lo estuve —asiente, comprensivo—. Por ello intento ayudarte, cabeza de alcornoque.

—No hice nada —termino, confesando entre dientes—. Me ha sentenciado por algo de lo que no tuve que ver.

Me mira incrédulo, como si le costara creer que yo pudiera negarme a los placeres que una mujer bien dispuesta pudiera ofrecerme. Puede que cueste creer, pero no era a la criada a quien deseaba, maldita sea, quizá estuviera tentado a gozar de tal ofrecimiento, pero finalmente no pude. No era su cuerpo en el que necesitaba perderme, ni su pelo el que quería acariciar, ni sus labios me invitaban a saborear su exquisito sabor.

—¿Estás diciendo que no compartiste el lecho con...? —Niega con la cabeza y ríe, le miro sin comprender su reacción, casi me siento ofendido—. ¿Y todavía dudas? Podrías haber saciado tu deseo y no lo hiciste porque no cualquier mujer te servía, estás perdido, hermano.

—No quería esto —murmuro derrotado—. Luché. —Le miro y veo su comprensión escrita en cada gesto de su rostro—. Lo hice, juro que lo hice.

—Como todos. —Se acerca a mí—. Ahora solo debes aceptar que has perdido la batalla, disculparte y conquistarla.

—No es tan sencillo —espeto—. Flora tiene un carácter de mil demonios, créeme que hace honor al color de su cabello.

—Tiene fuego en las venas —bromea—. Te compadezco. —Palmea mi hombro—. Vamos a entrenar a los hombres. —Comenzamos a caminar—. Tienes un duro camino por recorrer, pero nunca he perdido la fe en ti.

Salimos al patio y decido que una buena pelea es lo que necesito para alejar todo los pensamientos que se agolpan en mi mente. Puede que una buena zurra me haga recuperar el norte...



Capítulo 17

Flora MacDonald.

Maldito y arrogante patán...
—¿Cómo demonios se atreve a ordenarme nada? —mascullo—. ¿Quién le ha dado potestad sobre mí? —sigo hablando sola.

—Te estábamos esperando. —Jadeo y me llevo la mano al pecho, tan furiosa me encuentro que no me he dado cuenta de que Rachel, junto a las demás, me esperan en la entrada del salón privado de la señora de Kisimul—. Pasa —me invita con un gesto, obedezco sin saber muy bien qué sucede.

En sus rostros se refleja la seriedad de lo que sea que quieran tratar. Me observan en silencio, tanto que comienzo a ponerme nerviosa, ¿habré hecho algo mal? Intento recordar sin éxito.

—Rachel nos ha contado lo sucedido —dice al fin Jaelyn—. ¿Qué piensas hacer? Puedo hablar con Andrew, incluso hacerle marchar de...

—¡No! —interrumpo—. No quiero que deba marcharse de su hogar por mi causa. Si llegara a ser necesario, me iría yo, jamás él —sentencio para dejarlo muy claro.

—Sabía que dirías eso —replica, asintiendo—. Entonces, ¿qué es lo que pretendes? ¿Vivir en una constante guerra? Puedo decirle a Broderick que le ordene que te deje en paz, pero a estas alturas, no creo que sirva de nada.

—Solo quiero paz —murmuro—. Que se mantenga alejado de mí.

—Sea —decide seriamente—. Creo que él y yo tenemos una conversación pendiente. Si después de eso no se detiene, mi esposo tendrá que intervenir.

—¿Tú estás bien? —pregunta Rachel—. Lo que ha sucedido antes —suspira—. Me recuerda mucho a Broke, por lo que te pido que tengas paciencia.

—He tenido demasiada —rebato—. Cinco años, Rachel. Se acabó.

—Volvamos al salón —aconseja Faith—. Debes comer algo, Flora.

Las sigo intentando dejar todo atrás. Es más fácil decirlo que hacerlo, pero pienso lograrlo. Ahora no hay vuelta atrás, ni segundas oportunidades, puede que él no sienta que me ha traicionado, sin embargo, yo me siento así.

Suspiro aliviada cuando me doy cuenta de que Andrew no se encuentra sentado en la gran

mesa. Solo están Broderick, Jules y Arthur, que al vernos nos saludan. De nuevo, la envidia me recorre al ver como cada uno recibe a su esposa con besos y palabras de amor. Me siento cabizbaja para intentar no seguir contemplando una escena que me recuerda la cruda realidad, y es que no creo que llegue a conocer al hombre que me mire de la forma que ellos lo hacen con sus mujeres.

—Puedes comer tranquila. —Alzo la mirada para encontrarme con la de Arthur sentado frente a mí—. Andrew no va a venir. Debe estar entrenando a los hombres.

Asiento agradecida y odiando que todos sean capaces de saber cómo me siento. Aunque ahora lo que más me mortifica es ser testigo de lo que ansío y no logro alcanzar.

Intento comer, ya que me siento algo débil, sin embargo, la comida en mi boca sabe como a serrín. Me pierdo en mis pensamientos pesimistas, esos que dibujan un futuro incierto y muy triste para mí. No dejo de preguntarme si es esto lo que quiero, ¿deseo vivir en un clan que me ha acogido por lástima?

Al terminar, los hombres son los primeros en levantarse para comenzar con sus quehaceres. Me siento demasiado inquieta como para continuar encerrada entre estas cuatro paredes.

—¿Podría salir a cabalgar? —pregunto, llamando la atención de Jaelyn, alza el rostro y me mira.

—¿Vas a huir? —pregunta para asegurarse—. Si esa es tu idea, lo siento, pero no puedo ayudarte. —Mira a las demás—. Si es para escapar durante un rato, entonces sí puedo hacerlo —termina sonriendo.

—¿Dónde iría? —cuestiono de vuelta para evitar responderle—. Solo quiero alejarme aunque sea un poco —añado para tranquilizarlas, ya que en sus rostros se refleja la preocupación—. No pienso hacer ninguna estupidez.

—Puedo acompañarte —se ofrece Sophie—. O si prefieres ir sola, lo entendemos...

—Deseo estarlo —interrumpo sin querer ser descortés—. Lo cierto es que es casi como una costumbre. En mi clan, lo estaba la mayor parte del día y, con todo esto que ha sucedido, siento que me estoy ahogando lentamente.

—Te entendemos —asiente la señora de Kisimul—. Puedes disponer de mi yegua. Díselo al chico de la cuadra —indica mientras me levanto.

—La acompaño —se ofrece Sophie—. Sígueme.

Lo hago agradecida. Al salir al aire libre, respiro profundo. La sigo hasta las cuadras y dejo que sea ella la que hable con el joven que parece encargarse de todo. Puedo darme cuenta cómo me observa con curiosidad y algo de desconfianza; aun así, hace lo que se le ordena sin mediar palabra.

—No te alejes demasiado —aconseja Sophie en voz baja—. No creo que nadie aquí sea capaz de hacerte daño, pero quiero que estés atenta, ¿de acuerdo?

—Soy muy consciente de quién soy y qué represento —asiento—. Tranquila, no haré nada estúpido, llegado el caso, sé defenderme.

Me mira sin parecer muy convencida. Al fin asiente y me tiende las riendas de la yegua que acepto con gusto. Es hermosa con su pelaje blanco y parece bastante mansa, como para que pueda montarla sin problemas.

—Ten. —Me tiende, mirando a su alrededor—. Utilízala solo en caso de extrema necesidad. —Miro lo que ha puesto en mi mano, una pequeña daga que escondo de inmediato, asintiendo

para dejarle claro que lo he entendido—. Regresa sana y salva.

Se marcha y monto la yegua mientras la observo alejarse. Cuando la pierdo de vista, solo me queda admirar lo que me rodea sin saber muy bien hacia dónde dirigirme, por lo que dejo que el animal me lleve donde quiera. Después de todo, conoce mejor estos lares que yo. Mientras comienza a moverse, miro a mi alrededor para asegurarme de que nadie me sigue.

Me sorprende cuando me lleva hasta el acantilado, desmonto y el viento que sopla en la parte más alta de la isla despeina mi cabello, golpea mi rostro, lo aparto de vez en cuando, molesta.

El mar embravecido golpea las rocas e intento imaginarme aquella fatídica noche en que la decisión de Andrew cambió la vida de mucha gente, incluida la mía. Muchas veces me he preguntado cómo hubiera sido mi existencia si nuestros caminos nunca se hubieran cruzado. Posiblemente, ya estaría casada con algún hombre de la elección de mi padre y con varios hijos. Antes de conocerle, ese destino no me importaba demasiado, ahora me resulta frío y solitario, aunque no dista mucho de lo que me espera igualmente, por lo que me hace replantearme todo en lo que creía.

Me abrazo a mí misma, porque comienzo a sentir frío. Observo cómo el cielo se ha ido oscureciendo, señal de que se avecina una tormenta, por lo que decido regresar. Me doy prisa, porque no quiero que me sorprenda la lluvia. Al entrar al patio, se escuchan gritos, por lo que me apresuro a llegar al lugar del que provienen.

Dos hombres pelean, se lanzan puñetazos y no es hasta que uno de ellos cae al suelo y el otro se pone encima dispuesto a rematarlo que me doy cuenta de quién se trata, no doy crédito a lo que ven mis ojos.

—Andrew —le grito cuando alza el puño—, déjalo en paz.



Capítulo 18

Andrew MacNeil.

La escucho gritar, despejando la neblina de furia que se había apoderado de mí. Parpadeo varias veces para darme cuenta de que Grey se encuentra en el suelo, yo sobre él, dispuesto a rematarlo. Su rostro ensangrentado mucho peor que el mío, ya que el joven no tiene nada que hacer contra mí, aun así, considero que se ha defendido bien.

—Apártate —escucho antes de que sus manos me empujen—. Grey, ¿estás bien?

Caigo al suelo incrédulo. La observo mientras ayuda a levantarse al imbécil que ha osado reírse en mi cara. Se alejan mientras el jovenzuelo se apoya en ella como si estuviera medio muerto. Me levanto como un resorte furioso por su pantomima.

—¿Qué demonios cree que está haciendo? —mascullo con los puños doloridos, lo noto al apretarlos con rabia.

—Te dije que lo dejaras estar —replica mi amigo a mi lado—. ¿Estás más calmado? No voy a dejar que continúes entrenándoles si no eres capaz de dejar tu mierda a un lado.

—¿Has visto eso? —continúo, cuestionando sin que me importe lo que me está diciendo.

—¿Que te ha ignorado? —espeto—. Claro que sí. ¿Qué esperabas? Llega y te ve comportarte como un energúmeno con el único amigo que tiene aquí y...

—Me tiene a mí —interrumpo, alzando la voz—. Hemos sido amigos durante cinco malditos años.

—Me marchó —dice mi amigo entre dientes—. O acabaré lo que ha empezado ese chico.

Todo el mundo parece que se ha vuelto loco. ¿Por qué me culpan a mí de todo? No pensaba darle explicación alguna, porque no se la debo, pero me dirijo hacia el castillo para buscarla y decirle la verdad de una maldita vez, y así acabar con esta absurda guerra.

—¡Flora! —grito al entrar—. ¡Flora!

—Deja de gritar —ordena Jaelyn, saliendo del salón—. ¿Ya estás más calmado, o vas a destrozar el rostro de alguien más? —Que ella me recrimine sin conocer los hechos me duele—. Tú y yo debemos hablar.

—Primero necesito hacerlo con Flora —me niego a dar mi brazo a torcer—. Estoy harto.

—Vas a hacer lo que te diga —gruñe, me coge del brazo para arrastrarme hasta su salita

privada y cierra de un portazo. Cuando se gira, veo la furia en su mirada—. Quiero que te detengas. No estás siendo mejor que Broderick, y te recuerdo que en aquel tiempo lo cuestionaste mucho.

—No me compares con él —mascullo—. No le debo lealtad. Él, por el contrario, era tu marido.

—No cuando éramos jóvenes —replica—. Me costó mucho entenderlo, Andrew. Era una niña jugando a ser mujer y lo pagué con creces. Pero no te he traído aquí para hablar de mí ni de mi matrimonio.

—Créeme, no me importa —exploto—. No comprendo por qué debemos tener esta absurda conversación.

—Sabes lo que estás haciendo, y aun así no te detienes —amonesta sin amedrentarse por mis palabras—. Por lo que te ordeno que lo hagas, no me obligues a pedírselo a mi esposo. Y puedes agradecerle a Flora que ha intercedido por ti, o te hubiera enviado al infierno sin contemplaciones.

Me duele y me alegra a la vez. Que sea más leal a Flora que a mí me demuestra que la pelirroja se ha ganado el respeto y aprecio de mi familia. Al mirarla, me doy cuenta al fin de lo que he querido negarme por mucho tiempo, ya no la amo, fue mi primera amor y siempre ocupará un lugar especial en mi corazón. Sin embargo, ahora solo la veo como la esposa de mi mejor amigo, como una hermana a la que quiero, respeto y protegeré hasta mi último aliento, pero como con cada una de las esposas de mis amigos.

—¿Se puede saber por qué demonios sonríes, imbécil? —exclama con sus manos en las caderas y pose de guerrera.

—No te amo —respondo, abre los ojos impresionada para luego mirarme como si hubiera perdido el juicio—. Ya no lo hago.

—¿Y te acabas de dar cuenta ahora? —pregunta—. ¿Eres tonto?

Comienzo a reír como si de verdad me hubiera vuelto loco. Lo hago porque me parece una locura que haya estado tanto tiempo negándome a mí mismo la maldita realidad.

—Lo cierto es que creo que lo sé desde hace mucho —consigo decir cuando me calmo lo suficiente como para hablar con claridad—. ¡Qué estúpido! —lamento con ganas de darme cabezazos contra la pared más cercana.

—¿Qué piensas hacer? —pregunta, cruzándose de brazos—. Arréglalo de inmediato, Andrew MacNeil.

—¿Es una orden, mi señora? —pregunto con sarcasmo.

—Lo es —asiente con firmeza—. Como no hagas que sea feliz y que el brillo que ha perdido vuelva a sus ojos, voy a sacarte los tuyos —amenaza con fervor—. No la mereces.

—Lo cierto es que no —le doy la razón sin dudarlo—. Siempre lo he sabido, creo que inconscientemente era uno de los motivos por los cuales me negaba a aceptar lo evidente.

—Perfecto. Pues empieza por no encamarte con mis criadas —acusa entre dientes—. No me obligues a echarla de Kisimul, sabes que no me temblará la mano para hacerlo, porque no es la primera vez.

No estaba cuando tuvo que tomar medidas tan drásticas, pero me lo han contado. Sé que es capaz de eso y más por proteger a los que quiere.

—No le toqué un pelo —me defiende con desgana—. Flora no me dejó ni siquiera

defenderme...

—No seas cínico, Andrew —interrumpe, perdiendo la paciencia de nuevo—. Querías que lo pensara, me importa poco si lo hiciste o no.

—¡No la mandé llamar, maldita sea! —alzo la voz, enfadado por su poca confianza en mi palabra—. Me la encontré en el lecho al abrir la puerta y justo llegó Flora antes de que me diera tiempo para echarla.

—¿Lo habrías hecho? —pregunta con ironía—. Los hombres sois tan primitivos —se queja.

—No —respondo con sinceridad—. No lo habría hecho. Así que deja de mirarme de ese modo, tú también me habías sentenciado sin siquiera preguntarme. —Es mi turno de acusarla, no parece avergonzada por ello.

—Pues entonces, sal de aquí y arrástrate lo suficiente como para que ella te perdone —dice contundente.

Suspiro, porque no me gusta esa imagen. Preferiría que pudiéramos hablar como dos adultos, pero conozco a Flora y no va a ser nada sencillo llegar hasta ella. Salgo de la estancia decidido, de nada sirve alargar la agonía, necesito que me escuche y, sobre todo, que me crea.

—No debes interponerte en su camino, Grey —escucho que aconseja—. No sé qué demonios le sucede, se comporta como un animal rabioso.

Frunzo el ceño, no me gusta cómo está hablando sobre mí. Me mantengo escondido para que no se den cuenta de mi presencia y así poder enterarme de lo que hablan.

—No he hecho nada —se defiende mintiendo—. Creo que ha perdido la cordura.

Si Flora dice algo, no lo escucho. El silencio me pone nervioso, porque me imagino cualquier cosa, por lo que decido entrar dando a conocer mi llegada. Ambos me miran sorprendidos, de inmediato, Grey se tensa como si se preparara por si me abalanzo de nuevo sobre él. Flora, por el contrario, me mira como si quisiera golpearme con saña.

—¿Vienes a rematarlo? —pregunta, interponiéndose entre los dos, no puedo creerme que lo esté protegiendo.



Capítulo 19

Flora MacDonald.

No confío en él. Por primera vez desde que lo conozco, veo frente a mí a un desconocido. He curado a Grey, tiene el rostro destrozado por los puños de Andrew, todavía no puedo creer que haya sido capaz de algo semejante.

—Fuera —ordena a mi joven amigo—. ¿No me has escuchado? —pregunta entre dientes.

—No tiene por qué ir a ningún sitio, Andrew —intercedo, queriendo evitar una nueva pelea—. Creo que ya hemos dicho todo lo que teníamos que decir, al menos, por mi parte he dejado muy clara mi postura.

—O se va él por la buenas, o lo saco por las malas —amenaza muy tenso, su mano se dirige a la empuñadura de su espada y comienzo a asustarme—. ¿Qué eliges, muchacho? —pregunta.

—No te tengo miedo. —Grey se levanta, intentando ocultar que le duele cada hueso de su cuerpo—. Y no pienso dejarla contigo si ella no quiere.

—Creo que no te ha quedado claro —mascula, acercándose con rapidez. De nuevo, me paro frente a mi amigo para protegerlo con mi cuerpo—. No te quiero cerca de Flora.

—No te pertenece —se jacta—. Por lo que ella decidirá si me quiere a su lado o no.

—Flora... —En su voz se escucha una advertencia, alzo los ojos para encontrar los suyos fijos en su oponente.

—Márchate, Andrew —le pido con firmeza. Por fin baja su mirada, no me gusta lo que veo en sus ojos.

—Tú lo has querido. —Es lo único que dice antes de cogerme como un saco de harina y echarme sobre su hombro—. No te metas —ladra a Grey que de inmediato ha reaccionado intentando detenerle—. Si lo haces, pienso partirte cada hueso sano que quede en tu cuerpo.

—¡Suéltame! —grito mientras pataleo—. Pienso arrancarte las pelotas, MacNeil.

—Cuanta agresividad, pelirroja —se carcajea, me da una palmada en el trasero que me hace jadear de indignación, o al menos, eso es lo que me obliga a pensar.

—Vete al infierno —continúo gritando, mientras él camina como si nada, no se detiene hasta que entra a una alcoba. Pronto me doy cuenta de que es la suya—. No pienses que vas a meterme en aquí dentro —siseo con asco al recordar lo que vi la noche anterior.

Cierra la puerta y me deja en el suelo. Intento pasar por su lado para salir, ni siquiera soporto

estar en esta habitación sin que las tripas se me revuelvan. Me coge, abrazándome con su pecho contra mi espalda y su rostro oculto en mi cuello.

—No pasó nada —susurra molesto—. No la toqué, Flora.

—Mientes —gruño furiosa, porque no debería importarme, actúo por instinto y echo mi cabeza hacia atrás, golpeando la suya. Gime con dolor y cubre con sus manos su nariz—. Espero que te la haya roto.

—¿Te has vuelto loca? —pregunta furioso y dolorido, me complace ver sangre en sus manos.

—Te dije que me soltaras. —Me encojo de hombros indiferente, ahora no necesito fingir, la rabia me da fuerzas renovadas para no dar mi brazo a torcer como otras veces—. Ahora voy a salir por esa maldita puerta y no vas a intentar detenerme.

—No —inquieta entre dientes mientras se limpia—. Vamos a hablar. Si la única forma que tengo de conseguirlo es encerrarte aquí, eso es lo que haré.

Palidezco y doy varios pasos hacia atrás...

—¿Lo harías? —pregunto con voz trémula—. ¿Es alguna clase de venganza?

—¿De qué hablas? —pregunta extrañado.

—Por lo que te hizo mi padre y hermano —respondo a la defensiva.

—No vuelvas a decir algo así jamás —masculla, lanzando la tela con la que se estaba limpiando la sangre con saña al suelo—. Tú no fuiste culpable de lo que hicieron ellos, nunca voy a olvidar que estuviste dispuesta a entregar tu vida para liberarme.

—Entonces, por favor, déjame en paz —suplico derrotada—. Necesito olvidarme de ti. —Mi voz se rompe, detesto dejarle ver mi dolor—. Liberémonos ambos.

—¿Y si no quiero eso? —cuestiona con cuidado, como si tuviera miedo de mi reacción.

—No te entiendo —tartamudeo nerviosa.

—Creo que te quiero —sentencia. Lo miro incrédula con la boca abierta. Tras unos instantes en los que intento entender lo que está sucediendo, comienzo a reír histérica—. Flora, basta —ordena molesto, no obedezco porque no puedo hacerlo, siento que he perdido el control de mí misma—. He dicho que pares —alza la voz, perdiendo los estribos.

Me zarandea para hacerme reaccionar, al fin, me detengo. Lo escucho suspirar aliviado, alzo mis ojos y le miro en busca de la verdad, no encuentro nada.

—No puedes creer que quieres a alguien —susurro agotada tras mi estallido—. O lo haces o no lo haces. No confundas amistad o agradecimiento con algo más.

—¿Crees que soy un estúpido que no sabe diferenciarlo? —cuestiona enfadado

—Creo que eres un hombre egoísta —replico, soltándome de su agarre que es como fuego en mi piel—. Ahora que decido dejarte atrás, que puedo buscar a alguien que no eres tú, no lo soportas.

—Dices estupideces —interrumpe alejándose, pasea nervioso por la habitación.

—¿Lo son? —cuestiono con ironía—. Has golpeado a Grey por eso. No pienso ser la segunda opción de nadie, Andrew. Mientras permaneciste en las mazmorras de Omacleit, una vez recuperaste la memoria, la única mujer que existía para ti era Jaelyn.

—Son mi familia —exclama, mirándome iracundo.

—¡Fui yo quien arriesgó su vida por ti, bastardo! —le grito colérica.

—Y regresé por ti —me devuelve con la misma ferocidad.

—Volviste para vengarte —rebato—. No intentes hacerte el héroe —rio sin ganas—. Tienes que parar —le pido—. Acabemos con esto de una maldita vez.

Me giro dispuesta a marcharme, su voz una vez más me detiene.

—No voy a perderte —advierte—. No ahora que sé lo que siento.

—Nunca me has tenido —respondo antes de salir como alma que lleva al diablo hacia el pasillo.

Corro hacia mi alcoba y me refugio. Al cerrar la puerta, me apoyo en ella porque siento que mis piernas no son capaces de sostener mi peso. ¿Qué demonios acaba de suceder? Lo que antes ansiaba escuchar ahora me suena falso y me produce un dolor como si una daga al rojo vivo se clavara en mi vientre.

No dejo que esa mínima esperanza que florece, aunque no quiera, se apodere de mí. Anoche juré que era la última vez que derramaba lágrimas por Andrew MacNeil y pienso cumplirlo. Me planteo la posibilidad de marcharme, de alejarme para no caer en la tentación de seguir creyendo en cuentos de hadas, pero ¿adónde iría?

Odio sentirme tan desamparada. Al menos, en Ormacleit, aunque era un infierno y lo único que conocía, aun así, sabiendo que no era mi lugar, no llegué a sentir esta angustia nunca. Supongo que porque las personas que lo habitaban no me importaban lo suficiente.



Capítulo 20

Andrew MacNeil.

En cuanto sale por la puerta, comienzo a golpear todo lo que tengo a mi alcance. Me siento rechazado, avergonzado por sincerarme y que ni siquiera me haya dado el beneficio de la duda, mis sentimientos le han importado muy poco.

«¿Qué esperabas, imbécil?» pienso, intentando calmarme. Miro mis manos, ya de por sí destrozadas después de la pelea con Grey. Las abro y cierro, y hago una mueca de dolor, aun así, no hay nada roto, ni siquiera mi nariz tras el cabezazo que he recibido de la fiera que se niega a aceptar lo que estoy dispuesto a ofrecerle.

—¿Qué más quiere de mí? —pregunto sin esperar respuesta, pues me encuentro solo, tampoco me apetece buscar consejo, ya que no creo que me ayuden.

Observo el desastre a mi alrededor, que es el mismo que tengo en mi vida. Todo es un caos, cuando estaba encerrado, todo era más sencillo, porque no tenía expectativas de salir de allí con vida, sin embargo, lo hice gracias a la mujer que ahora amenaza con volverme loco. ¿Y para qué? Para regresar a una vida que ya no reconozco, a un lugar en el que me siento un extraño.

—Espero que este desastre lo arregles tú —bufo al escuchar a Broderick, cómo no, alguno de ellos tenía que venir para averiguar lo sucedido—. ¿Quieres que te envíe lejos un tiempo?

Lo miro de inmediato sin poder creer lo que estoy escuchando. Acabo de regresar y parece que me invita a largarme por donde he venido solo porque no logran comprenderme.

—¿Es tu manera de decirme que me vaya al infierno? —cuestiono, intentando ocultar mi dolor, me siento traicionado.

—No me mires como si te estuviera desterrando, maldita sea —exclama.

—Desde donde yo estoy, es como se ve —mascullo—. Si crees que debo hacerlo, lo haré. —Alzo el mentón—. Pasé cinco años lejos de aquí, puedo permanecer veinte más.

—Si vuelvo a escucharte semejante estupidez, pienso romperte todos los dientes —dice furioso—. ¿Cómo puedes pensar que después de creerte muerto durante años quiero que te vayas de tu propio hogar?

—Ya no sé nada. —Alzo las manos—. Le confieso mis sentimientos y se ríe en mi cara.

—¿Le has dicho que la amas? —pregunta, extrañado.

—Por supuesto que no —espeto—. Le he dicho que creo que la quiero.

Mi amigo abre la boca y la vuelve a cerrar como si no encontrara las palabras adecuadas. Después me mira como lo haría con su hijo pequeño cuando hace una travesura y debe reñirle.

—¿Eres tonto, Andrew? —interroga, cerrando la puerta, lo que me deja saber que la conversación que tenemos por delante es seria, tanto como para que no quiera que nadie la escuche—. ¿Cómo puedes decirle a una mujer que crees quererla?

—Broderick... —intento controlar mi respuesta—. ¿No hiciste tú lo mismo?

—No —responde de inmediato—. Siempre supe lo que sentía, solo que no quería reconocerlo al no sentirme suficiente para Jaelyn.

—Y yo no soy el indicado tampoco —me defiendo, le muestro mis manos—. Están manchadas con la sangre de su familia. Algo que todos parecéis obviar.

—Eso sería muy difícil de superar si hubieran sido una familia normal, y ella los quisiera, que no es el caso —rebate con tranquilidad—. Por lo que me lleva a pensar que sigues escudándote en eso. Obtuviste tu venganza, la rescataste de un futuro muy oscuro al lado de un hombre que no iba a apreciarla jamás.

—No estoy enamorado de Jaelyn. —De nuevo dejo a mi amigo sin palabras—. Ya que hoy es el día de las confesiones...

—Me alegra escucharlo —asiente tras un breve y tenso silencio—. Ya lo imaginaba —continúa diciendo mientras me ayuda a recoger todo el desastre de la habitación—. Sé que en el pasado lo hiciste, y eso nos enfrentó a ambos, y si ahora lo siguieras haciendo, no me sentiría amenazado en absoluto porque confío en mi esposa.

—¿Temías que te la pudiera robar? —pregunto un poco impresionado—. Ella siempre te ha amado...

—Hubo un tiempo en el que su odio y resentimiento era mayor —dice en voz baja, me doy cuenta de que recordar aquellos años no es fácil para él—. Y sí, me asustaba el hecho de pensar que justamente tú pudieras arrebatármela, ya que no solo hubiera perdido a la mujer que amaba, sino a un hermano.

—Comprendo —asiento—. Ahora lo hago, porque siento el mismo temor. —Alzo los ojos y enfrento los de mi *laird*.

—¿Por eso casi matas a golpes a Grey? —cuestiona—. No puede arrebatarte nada si haces las cosas bien. Ni en un día se ama ni en uno se olvida, por lo que debes darte prisa.

—Ya he hablado con ella —replico entre dientes—. Y no quiere ni escucharme ni creerme. Dice que no quiere ser la segunda opción de nadie. Tengo un pasado y no pienso disculparme por ello.

—Supongo que se siente amenazada por Jaelyn —replica pensativo—. Debes demostrarle con hechos y no palabras, hermano.

—No quiere que me acerque —gruño frustrado—. ¿Cómo demonios le demuestro nada?

—Es tozuda, sin duda —Broderick sonríe para darme ánimos—. Toda mujer lo es. No te rindas y, por supuesto, no pierdas la calma.

—Qué sencillo parece al decirlo —la carcajada de mi amigo resuena entre las cuatro paredes—. Tiene un carácter de mil demonios.

—Y te encanta —me empuja hacia la puerta—. Salgamos de aquí. Necesitas un buen *whisky* para despejar tus ideas.

Mis amigos se encuentran reunidos frente al fuego. Al vernos, guardan silencio y esperan a que nos sentemos. Arthur me ofrece la bebida, y la acepto encantado. La primera jarra me la bebo de golpe, necesito el efecto del *whisky* recorrer mis venas.

—Tienes las manos destrozadas. —Las miro—. ¿Por qué no te las has curado?

Por toda respuesta me encojo de hombros, dejando claro que no me importa en absoluto el estado de mis puños. Después, continúo bebiendo en silencio. Puedo sentir las miradas puestas en mí, pero lo cierto es que no tengo nada más que decir.

—Imagino que no ha ido bien la charla con Flora —habla Broke—. Sabías que no sería fácil...

—Pues debería —mascullo—. El amor no tiene que ser una batalla constante.

—Depende de dónde se dé esa batalla —bromea Jules, le miro hastiado—. ¿Qué? —cuestiona risueño—. Últimamente tienes un humor de perros.

—Muy gracioso —espeto—. No quiere ni que me acerque a ella, como para intentar compartir su lecho.

—¿Sin casarte? —la pregunta de Broderick me sobresalta, en su tono deja claro que ni siquiera lo intente.

—Mejor no te respondo, amigo mío. —Aunque por la mirada que le regalo sé que entiende lo que no expreso con palabras, no debo recordarle que Jaelyn y él engendraron un hijo siendo unos jovencuelos.

—¿Qué plan tienes? —pregunta Arthur con interés. No alzo la vista de mi jarra—. Tu silencio no es muy alentador.

—No tengo ninguno —respondo—. Le he dicho cómo me siento y se ha reído. Después se ha enfurecido, me ha mandado al infierno para marcharse luego. ¿Qué demonios quieres que haga?

—Creo que los años de encierro te han hecho olvidar de lo que eres capaz —dice, dándome ánimos—. Ninguna mujer se te resistía, lucha por Flora porque lo merece.



Capítulo 21

Flora MacDonald.

No puedo creer lo que Andrew me ha dicho, porque hacerlo significa sentenciarme a mí misma.

«Creo que te quiero...». ¿Qué clase de declaración es esa?

—Estaba preocupado por ti. —Miro a mi derecha para encontrar a Grey apoyado en la pared—. ¿Te ha hecho daño? —pregunta, mirándome de arriba abajo para asegurarse.

—No —respondo—. Nunca me haría daño físico.

—No deberías dejar que te trate así —masculla molesto—. Si nadie le para los pies, lo haré yo.

—No te metas en problemas —aconsejo—. Déjame a mí.

—Para mí, no supone ningún problema —rebate—. En realidad, mi deseo es ese, cuidar de ti. —Le miro con los ojos muy abiertos, impresionada—. Si me dejas.

No encuentro las palabras adecuadas, ¿por qué este muchacho es capaz de darme lo que he deseado de Andrew durante cinco años en pocos días? Siento ganas de llorar y no quiero hacerlo delante de él, porque no se lo merece.

—Grey —comienzo a decir con un nudo en la garganta—. Te agradezco que...

—No digas nada ahora —me pide cabizbajo—. Sé que es demasiado pronto, que no me conoces, pero, si me das una oportunidad, puedo darte mucho más que él.

—No necesito tiempo para saber eso —concedo, sonriendo con tristeza, sabiendo que jamás podré darle lo que él espera de mí y merece—. Acepta mi consejo, no esperes por nadie que no esté dispuesto a dar todo por ti desde el principio.

—Tengo paciencia —sonríe—. No me rendiré ni aunque Andrew vuelva a golpear me.

—No lo hará —afirmo con firmeza—. No lo pienso permitir.

—Eres demasiado buena. —Se aleja de la pared que hasta ahora le había hecho de apoyo, veo cómo hace una mueca de dolor—. No te merece, no voy a cansarme de repetirlo hasta que te des cuenta.

—¿Sabes lo peor? —pregunto, comenzando a caminar con él a mi lado—. Ya lo sé.

—¿Crees que podrás ser feliz en Kisimul con su presencia constante? —pregunta—. Si me

aceptaras, podrías venir a mi cabaña, no es tan grande como esto, pero...

—Gracias por el ofrecimiento —interrumpo, sintiéndome cada vez más incómoda—. Deberías ir a descansar, estoy segura de que Broderick no va a enfadarse por ello.

—Ya me ha dado permiso para descansar unos días —asiente—. Es un buen *laird* —añade con orgullo—. Voy a dejarte espacio, Flora. Nos vemos cuando pueda permanecer en pie sin que me duela todo el cuerpo —bromea, bajando las escaleras despacio.

—¿Te ayudo? —me ofrezco con preocupación, niega y le veo marchar con el corazón encogido.

—Es un buen muchacho. —La llegada de Jaelyn me sorprende—. Esperaba que sucediera esto desde la noche de la celebración.

—¿Por qué todos aquí andáis de manera que no soy capaz de escucharos? —replico, intentando recomponerme del susto—. Lo es, por eso me odio a mí misma por no poder corresponderle como merece.

—Acabará entendiéndolo —ambas lo observamos marchar—. No te sientas mal por él o herirás su orgullo.

—Ahora entiendo a Andrew —suspiro, apesadumbrada—. Puede que esto sea un castigo por mi empeño durante todo este tiempo en querer forzar a alguien a amarme.

—No digas tonterías —amonesta—. ¿Has hablado con él?

—Sí —asiento—. Más bien me ha obligado, porque no soporto siquiera estar en la misma estancia que él. Me ha dicho que cree que me quiere. —Me río ante el gesto de horror de la mujer—. Eso mismo pienso yo.

—Dios mío, qué estúpido —exclama—. He hablado con él largo y tendido, Flora, y se ha dado cuenta de que no me ama, puede que lo hiciera en el pasado, pero... —Alzo la mano para silenciarla, me duele hablar sobre ello, y mucho más con ella.

—No quiero escucharlo —espeto, me dispongo a marcharme, pero me detiene cogiéndome del brazo—. No voy a ser la segunda opción solo porque no puede tenerte.

—¿No me has escuchado? —pregunta molesta—. No me ama y seguramente no lo hace desde hace mucho tiempo.

—Créeme, he pasado mucho tiempo escuchando hablar sobre ti —rebato con ironía—. Tanto que llegué a odiarte sin conocerte —añado con sinceridad—. Al hacerlo, no pude continuar haciéndolo, pero no cambia el hecho de que nadie va a venir a decirme lo que he escuchado de sus propios labios.

—Era su único y último recuerdo, Flora —intercede—. Sabes que cuentas con todo mi apoyo, porque no se está comportando bien, pero no voy a obviar lo que veo.

—¿Y qué ves? —pregunto, soltándome de su agarre.

—Un hombre que comienza a despertar —dice con seriedad—. Todos merecemos una segunda oportunidad, no dejes que el orgullo te impida ser feliz.

—Creo que lo he olvidado en muchas ocasiones, Jaelyn —respondo ofendida—. Nadie puede acusarme de ser una persona orgullosa.

Me deja marchar, y lo hago furiosa. Salgo al patio y comienzo a caminar entre la gente, intentando perderme entre la muchedumbre sin que me importe las miradas que me dirigen. Camino durante largo rato perdida en mis pensamientos, sintiéndome miserable, dividida.

Todos a mi alrededor opinan sin saber realmente cómo me siento, lo que he tenido que hacer y soportar. Entiendo que le sean leales, y no puedo quejarme, porque me han aceptado, ayudado y protegido. Aun así, no sé si voy a poder dar lo que me ha pedido la señora de los MacNeil.

Comienza a anochecer, y no siento ganas de regresar. Me encuentro en la playa en la cual el primer día de mi llegada temí perder a Andrew. Observo cómo las olas bañan la orilla. De hecho, camino por ella sin importarme mojarme los pies y empapar el bajo de mi vestido, no siento el frío. Soy consciente de que debería regresar, no lo hago porque no soportaría una discusión más, por lo que decido emprender el camino de vuelta dispuesta a encerrarme en mi alcoba y rezar para que mañana sea un nuevo día.

—¿Dónde demonios estabas? —me grita Andrew en cuanto pongo un pie en el patio, me doy cuenta de que un grupo de hombres parece dispuesto a partir—. Eres una maldita inconsciente —acusa.

—No me grites —le ordeno—. ¿Qué sucede? Solo he salido a pasear, ¿soy tu prisionera, Andrew?

—Debería encerrarte y dejarte el trasero rojo —masculla—. Estábamos a punto de salir a buscarte. —Señala a los hombres que observan la escena en silencio—. Ellos no deberían estar fuera de sus casas a estas horas, Flora.

—Lo siento —susurro, avergonzada—. No me he dado cuenta de que el tiempo trascurría tan rápido.

—Es casi de noche —espeta.

—Deja que entre para que se seque —interviene Jaelyn—. Ya es suficiente.

La sigo en silencio y con la cabeza gacha, porque me siento muy avergonzada por haber hecho que estos hombres estén fuera de sus hogares. No paro en el salón, me dirijo a mi alcoba como ya tenía planeado. Gracias a Dios, nadie me detiene y, cuando entro y cierro la puerta dejándolos a todos atrás, una lágrima traicionera recorre mi mejilla y se pierde en mi cuello sin que haga nada para borrar su rastro.

Mañana espero encontrar el camino que debo seguir...



Capítulo 22

Andrew MacNeil.

La veo marchar sin mirar atrás e intento contener la furia que siento para no seguirla y empeorar las cosas. Al no encontrarla, he pensado que había huido, incluso que alguien podía haberle hecho daño.

—Acabareis el uno con el otro —dice Rachel, pasando por mi lado para ir tras Flora—. Esposo, arréglalo.

Alzo una de mis cejas interrogante y miro a mi amigo. Este me observa con inquietud y seriedad, me mantengo a la espera de que diga o haga algo.

—¿Qué se supone que debes hacer? —termino, cuestionando cansado ante su silencio—. He expresado lo que todos pensáis, dejad de mirarme como si fuera el malo de la historia.

—Sabemos que es el miedo quien ha hablado por ti —dice Arthur—. No se lo tomes en cuenta a las mujeres, siempre van a defenderla.

—Sé que le son leales y me complace —asiento dirigiendo de nuevo la mirada hacia las escaleras—. Sin embargo, ahora no he hecho nada que merezca su incompreensión ni sus reproches.

—Estás deseando subir esas escaleras para ir en su busca —interviene Jules—. ¿Por qué no lo haces?

—¿Has perdido el juicio? —cuestiona Broderick—. Debe estar dándose un baño. Si las mujeres no lo matan y consigue que los dejen solos, Flora estará desvirgada en menos de una hora.

Jules y Broke comienzan a reír. Me agunto las ganas de hacer lo mismo ante la mirada tan mortífera de nuestro líder. Lo cierto es que la imagen que ha descrito mi amigo no ayuda nada a mi imaginación, y mi cuerpo, sin que yo lo quiera, reacciona. Me muevo inquieto intentando que mi *plaid* no me deje en evidencia.

—Tampoco sería descabellado —dice Broke—. Creo que terminaríamos con esta absurda guerra. Ambos quieren estar juntos, él es un cabezota, y ella una orgullosa —se encoge de hombros—. Que se acuesten de una maldita vez, y oblígales a casarse.

—Dejad de alentarlos —ordena enfadado—. Y tú —me señala con el dedo—, ni se te ocurra ponerle una mano encima.

Sé lo que puede conllevar desobedecer al *laird*, solo una vez llegué a plantearme hacerlo, y fue por amor. ¿Por qué debe ser distinto ahora? Puede que la idea de mi amigo no sea la mejor, pero ¿no se dice que en el amor y la guerra vale todo?

—No me hagas detenerte —sigue con firmeza—. Maldita sea, lo veo en sus ojos —exclama, dirigiéndose a nuestros amigos que se mantienen expectantes—. Quien vuelva a hablar una estupidez, le cierro la boca de un puñetazo —advierde.

—Cálmate, Broderick —dice Jules—. No sé por qué te escandalizas como una vieja...

—Si vas a recordarme mis errores, ahórratelos —interrumpe entre dientes—. Dejad de comparar mi historia con la de Andrew y Flora.

—Por el amor de Dios —exclamo, cansado de esta conversación—. Haré lo que crea conveniente. —Los miro a todos para dejar clara mi postura—. Vosotros también estuvisteis en mi pellejo, por lo que no sois mucho mejores.

—No lo fuimos —concede Arthur—. Y por eso mismo intentamos que no sufras ni la hagas sufrir más.

—Estupendo —mascullo—. Pues dejad que me ocupe sin teneros detrás constantemente.

—Hermano —suspira Jules, mirándome con una mueca—. ¿Cómo quedarnos de brazos cruzados viendo cómo estás a punto de perderla?

—Parece que ya lo he hecho —solo decirlo en voz alta duele—. De verdad, necesito que paréis.

—Te doy unas semanas —habla Broderick—, si no, actuaré yo acabando con todo. Quiero paz en Kisimul, Andrew.

Es el primero en marchar, aprieto con fuerza mis dientes para no responderle como quiero. Arthur se acerca para calmarme. Me conoce demasiado bien, su mano se posa en mi hombro, por lo que mis ojos se dirigen a los suyos, olvidando a Broderick.

—Contrólate —pide en voz baja—. ¿De verdad quieres hacer las cosas mal?

—¿A qué te refieres? —pregunto, frunciendo el ceño.

—No te dejes llevar por el deseo —dice, lanzándole una mirada airada al instigador de tal idea—. Puede que incluso consiguieras que ella se entregara a ti, pero seguramente, al despertar, se arrepentiría, alejándola todavía más de ti.

—O no —intercede de nuevo Jules—. No os comportéis como santos, maldición. Aquí todos hicimos lo mismo. —Los mira uno detrás de otro—. Incluso el que acaba de marcharse. —Señala el lugar por donde se ha ido Broderick—. No le estoy diciendo que la fuerce —termina masculando, malhumorado.

—Me marchó —decido harto de tanta cháchara sin sentido—. ¿Dónde crees que vas? —pregunto a Arthur al ver cómo se dispone a seguirme.

Deja de avanzar tras la mirada que le dirijo. No es necesario palabras para dejarle muy claro que no necesito niñera. Subo las escaleras y, al pasar ante la puerta de la alcoba de Flora, no puedo evitar detenerme, imaginando que ocurriría si entrara en este momento. Gruño cuando la excitación hace presa en mí, porque mi cuerpo despierta. Me dispongo a continuar mi camino cuando la puerta se abre, sale Jaelyn que, al verme, se pone a la defensiva de inmediato.

—Sigue tu camino, MacNeil —ordena en voz baja, cerrando la puerta—. Espero que no estuvieras pensando en entrar...

—¿Cómo está? —pregunto sin responder a su acusación—. ¿Te ha dicho por qué ha hecho

semejante estupidez?

—La estás asfixiando, Andrew —replica—. Y estas son las consecuencias. Ahora está dándose un baño, voy a subirle algo caliente para que acabe de entrar en calor.

Se dispone a marchar, pero la detengo. Acabo de tomar una determinación que puede que cambie nuestro destino para bien o para mal, pero tengo algo muy claro, Flora no dará su brazo a torcer y yo no sé cómo conseguir que me crea. Estoy en una encrucijada, por lo que tomar una drástica decisión no me parece tan descabellado.

—Déjame a mí —le pido, abre los ojos cuando entiende lo que le estoy pidiendo, continúa antes de escuchar su negativa—. Por favor, no la voy a forzar.

—Andrew, no creo que sea lo mejor —rebate dudosa, mira hacia la puerta que permanece cerrada—. Le estarás robando la oportunidad de decidir por sí misma.

—No puede odiarme más de lo que ya lo hace —replico desesperado—. Te he dicho que no voy a obligarla a nada. Solo a seducirla —sonrío con picardía—. Si no cae en mis brazos, la dejaré marchar.

—Sabes que lo hará, porque, a pesar de que cree odiarte, sigue amándote —agacha la cabeza pensativa—. Si no vuelvo, siento que la estoy traicionando, abandonándola a su suerte.

—No es así —intento convencerla—. Soy su destino y ella el mío, lo sabes, Jaelyn. —Ella me mira de nuevo—. Por favor, ayúdame a recuperarla.

—¿La amas? —pregunta—. Debes estar seguro, y tienes que decírselo.

—¿Crees que estaría rogándote para que me dejes solo con ella si no fuera así? —cuestiono—. Podría hacer lo que quisiera, y lo sabes. Pero estoy pidiendo permiso para tocar a mi mujer —añado con posesividad, finalmente ella sonríe—. ¿Y ahora qué? —pregunto descolocado.

—La consideras tu mujer, tu esposa, aunque todavía no estáis casados —dice complacida—. Te doy poco tiempo, debes ser rápido. Entraré y os sorprenderé...

—Dame un poco más —le pido—. Gracias, Jaelyn.



Capítulo 23

Flora MacDonald

Dejo que el agua caliente me haga entrar en calor. Cierro los ojos en cuanto me quedo sola en mi alcoba, rezando para permanecer así el tiempo suficiente como para recomponerme.

Por lo que cuando escucho que vuelve a abrirse, por dentro gimo, soy una persona que le gusta ciertos momentos de soledad y este es uno. Me parece que Jaelyn ha sido muy rápida al traerme la cena, aunque puede que alguna de las criadas ya se le hubiera adelantado.

—No hacía falta correr —digo sin abrir mis párpados—. No tengo apetito.

—Pues deberías. —Esa voz grave no es la de mi amiga, me incorporo del susto y grito, intentando cubrirme cuando veo que se trata de Andrew.

—¿Qué demonios haces aquí? —pregunto espantada, me agacho con la esperanza de que el agua haga de escudo—. Vete —le ordeno. Con una de mis manos, le salpico con la esperanza de que se aleje.

—No lo voy a hacer —niega sonriente—. He venido a terminar con todo esto.

—¿Te has vuelto loco? —vuelvo a cuestionar—. No pienso hablar contigo dentro de una tina.

—Perfecto —asiente complacido—. Porque no he venido a hacerlo.

—¿Entonces...? —No me da tiempo a terminar de hablar, se mueve muy rápido, tanto que jadeo cuando me saca del agua y me pega a su cuerpo sin importarle empaparse en el proceso—. ¿Qué haces? —tartamudeo muerta de la vergüenza.

—Adelantar acontecimientos —responde misterioso, sus labios se apoderan de los míos y el tiempo parece detenerse.

Mi primera reacción es intentar apartarlo; sin embargo, cuando su mano comienza a acariciar mi cuerpo desnudo, gimo. Es entonces cuando su lengua encuentra la mía y un ramalazo de placer recorre mi espalda, me arqueo entre sus brazos.

—Si alguien intenta detenerme ahora, lo mato —jadea mientras me alza y besa mi cuello, mi cuerpo es dejado sobre el lecho para sentir el peso del de Andrew.

No soy capaz de razonar, solo de sentir. Mi mente se dispersa, dejando paso al sentido del tacto, porque mis manos empiezan un recorrido lento e inseguro desde la espalda hasta el pecho del hombre que no ha dejado de besarme en ningún momento.

Grito cuando me siento invadida, más por la sorpresa que por el dolor. Andrew me mira

fijamente, mientras aprieta con fuerza los dientes, la frente se le perla de sudor y sus brazos apoyados a los costados de mi cabeza tiemblan. Mi mano se alza para pasarla por su entrecejo y así aliviar las arrugas que se le forman. Parece estar sufriendo más que yo, me pregunto por qué.

—¿Estás bien? —pregunta con una voz tan grave que consigue estremecerme, pues la siento en cada parte de mi cuerpo.

—No duele mucho —suspiro removiéndome, jadeo abriendo mucho los ojos a la vez que él gruñe—. ¿Qué ha sido eso? —cuestiono, volviendo a repetir el movimiento, deja caer su cabeza en mi hombro—. ¿Andrew?

—Me estás matando, Flora —murmulla—. Si sigues moviéndote, no voy a poder controlarme.

—Entonces, ¿por qué lo haces? —replico sin dejar de mecarme, porque el placer aumenta y el dolor disminuye—. Por favor —suplico por algo que no entiendo.

Lo siento salir y volver a entrar con más contundencia. Mis piernas rodean sus caderas, mis manos se aferran a sus hombros buscando un punto de anclaje, porque me siento volar. Grito cuando comienza a moverse con más fuerza, más rapidez, dejándome casi sin aliento. Mis uñas deben dejar un rastro por su espalda, pero no lo escucho quejarse, tan perdida estoy en las nuevas sensaciones que estoy experimentando, olvidándome del mundo y de todo lo demás. Me dejo guiar por mi amante, pero cuando todo estalla a mi alrededor, cierro los ojos con fuerza, lo aprieto entre mis brazos, gritando su nombre sin importarme quién pueda escucharme.

Cuando poco a poco vuelvo a la realidad, me doy cuenta de que mi respiración comienza a ralentizarse, los latidos de mi corazón también y los estremecimientos de mi cuerpo poco a poco se detienen. El peso de Andrew sobre mí no me molesta. De hecho, consigue anclarme al presente, recordándome que es lo que acaba de suceder. Aunque tan ensimismada me encuentro en lo que todavía siento que no me doy cuenta de que la puerta se ha abierto y alguien ha entrado por ella, hasta que escucho una exclamación que no estoy segura de si de sorpresa u horror.

—Andrew MacNeil —el grito de indignación me hace reaccionar empujándolo. Un jadeo se escapa de mis labios cuando lo siento salir de mi interior y veo con consternación que Jaelyn se encuentra en la entrada con la bandeja de comida que me había prometido—. ¿Qué significa esto? Si la has forzado, voy a destriparte —sigue gritando, a este paso va a alertar a todo el castillo.

—Maldición —farfulla mientras intento cubrirme, deseando desaparecer en este mismo instante—. Deja de gritar.

—Tarde. —Cierro los ojos sabiendo que mi destino acaba de cambiar de rumbo, otra vez—. Sabéis que no lo puedo dejar pasar, ¿verdad? —El *laird* ha llegado, imagino que alertado por los gritos de su esposa, y nos ha descubierto, ¿puedo tener más mala suerte?

—Broderick, hablemos —intercede Andrew, siento como el lecho se mueve, por lo que imagino que se ha levantado, no quiero abrir mis párpados y ver la desaprobación en la mirada de las dos personas que me han acogido en su hogar sin obligación ninguna—. No tienes por qué...

—Silencio —ordena con tanta firmeza que alzo los párpados para verlo al lado de su esposa. No me mira, su atención solo está puesta en Andrew, que se encuentra a medio vestir. Al menos, ha tenido la decencia de taparse un poco—. Sabes que no pienso hacerlo, lo sabías, y aun así, has actuado de este modo.

Me tensó al escuchar sus palabras, no me gusta lo que creo entender. Solo quiero que se marchen y me dejen sola para poder vestirme, me siento expuesta y avergonzada al encontrarme

de esta guisa.

—Creo que deberíais hablar en el salón —replica Jaelyn—. Yo me ocupo de Flora.

Es entonces cuando los dos hombres parecen recordar mi presencia. Me encojo en el lecho en un intento vano de desaparecer, Andrew suspira y se dirige a la puerta. Al pasar al lado del *laird*, lo coge del brazo para sacarlo de la alcoba. Cuando solo quedamos la señora de Kisimul y yo, me cubro con manos temblorosas el rostro, ni siquiera puedo mirarla a la cara.

—No te sientas así —dice con ternura mientras retira mis manos con delicadeza—. Mírame —ordena, lo obedezco—. No debes avergonzarte por entregarte al hombre que amas. Mi esposo lo arreglará.

—No quiero que haga nada —replico acongojada—. No quiero un hombre que se casa conmigo obligado por las circunstancias.

—No lo entiendes, querida —continúa con suavidad, me alza el rostro, nuestros ojos coinciden—. Ha sido Andrew quien me ha suplicado por un momento contigo.

Abro los ojos sorprendida, tanto que no sé muy bien cómo sentirme, si furiosa o complacida. No termino de comprender qué es lo que se proponía al pedirle semejante desatino a la mujer de su mejor amigo.

—¿Por qué lo has permitido? —le pregunto, sintiéndome traicionada.

—Porque tanto él como yo sabíamos que era la única forma de que reaccionaras —responde con una franqueza que me sorprende—. ¿Puedes llegar a imaginar lo desesperado que se encontraba? Ningún hombre me ha suplicado jamás por algo así...

—Si tanta calentura sentía, podría haberla saciado con otra —mascullo.

—Sigues sin comprender —regaña—. Te ama, y tú no ibas a dar tu brazo a torcer, por lo que ha tomado medidas desesperadas.

—Me ha avergonzado delante de todos —exclamo, sonrojándome al recordar cómo hemos sido descubiertos—. No le ha importado ensuciar mi nombre con tal de salirse con la suya.

—¿No puedes verlo como el acto de un hombre desesperado? —cuestiona de nuevo—. Al menos, habla con él y déjale explicarse.

—¿Qué voy a hacer? —susurro a punto de llorar.

—Por una vez, déjate llevar —aconseja. Niego, porque no creo que sea capaz de hacerlo—. Deja que los demás tomen por ti esa decisión que tu cabeza no te deja tomar.

—No es justo —mascullo—. Me ha quitado la posibilidad de elegir.

—Pero tú ya lo habías elegido a él —rebate de inmediato—. Dejad de luchar, maldita sea.

—¿Puedes dejarnos solos? —el regreso de Andrew nos sorprende a ambas, cojo la mano de Jaelyn para detenerla, aun así, se suelta con una sonrisa y se marcha cerrando tras de sí—. ¿Estás bien? —pregunta acercándose al lecho.

—¿Me lo preguntas ahora? —cuestiono—. ¿Por qué?

—No me mires como si te hubiera obligado —exclama—. ¿Sabes la sensación de saber quién te pertenece y ver cómo se escapa entre tus manos?

Entrecierro los ojos, porque me siento muy tentada a darle una patada en las pelotas. Está describiendo cómo me he sentido casi desde el mismo instante que lo vi por primera vez. ¿Cómo se atreve a preguntarme semejante cosa como si nada?

—Eres como un libro abierto. —Estoy cansada de escucharle decir eso—. Me acabo de dar

cuenta de cómo debes haberte sentido durante estos años. Permíteme compensártelo —me pide, sentándose en el lecho—. ¿Me darás esa oportunidad?

—¿Recuerdas que te dije que no iba a ser la segunda opción de nadie? —pregunto, intentando ocultar el dolor que me produce saber que si ahora insiste en estar conmigo es porque no puede tener a quien realmente ama.

—¡No es verdad! —espeta, su puño golpea el lecho—. No eres mi segunda opción, Flora. En realidad, eres la primera y única.



Capítulo 24

Andrew MacNeil.

Escucho cómo bufa y rueda los ojos como si no creyera ni una sola de las palabras que le estoy diciendo. La entiendo, no por ello duele menos. Me siento frustrado, ya que lo que hemos compartido no ha sido nada parecido a lo que haya experimentado con otra mujer.

—No creo que pueda olvidar cómo la elogiabas, cómo cambiaba tu mirada o el tono de tu voz al hablar de ella —me maldigo en silencio—. No intentes convencerme de que no la has amado, de que aún lo haces.

—Todos tenemos un pasado, Flora —intento defenderme—. No puedes condenarme por ello. No puedes sentenciarme por haber amado antes de que llegaras a mi vida.

Veo cómo se debate en silencio. Cómo sigue luchando contra los dictados de un corazón que sé que todavía me pertenece, si no, no se hubiera entregado a mí. Estoy seguro de que Flora es una mujer que solo podrá amar a un hombre en su vida, y ese pienso ser yo, no puedo permitir que su cabezonería consiga hacernos desdichados a ambos.

—Deja de pensar —susurro, cogiendo una de sus manos, que todavía se aferra a la manta que recubre su cuerpo, intento no pensar en lo que se esconde debajo—. Solo di que sí.

De nuevo me mira, veo tristeza, y eso es lo último que quiero que iluminen sus hermosos ojos. Me pregunto que estará pensando en este momento.

—¿El *laird* nos obliga a casarnos? —la pregunta no me gusta, aunque entiendo que quiera saber qué es lo que hemos hablado Broderick y yo.

—Nadie me obliga a nada, Flora —respondo—. Me conoces, y no hago nada que no desee hacer. Convertirme en tu esposo es lo que más deseo ahora mismo.

—Estas palabras... —la escucho murmurar mientras, de nuevo, rehúye mi mirada—. Hubiera dado lo que fuera por escucharlas hace meses. Ahora las encuentro vacías, forzadas...

—¿Qué tengo que hacer para que me creas? —cuestiono, intentando mantenerme calmado, un paso en falso puede resultar fatal—. Dímelo, y lo haré.

—No lo sé —reconoce alicaída—. Nunca me imaginé mi vida así.

—¿Así cómo? —pregunto con un nudo en la garganta—. ¿Quieres regresar a tu clan?

—Por supuesto que no —replica, mirándome como si fuera estúpido—. Siempre soñé con casarme por propia voluntad con el hombre que amara y que correspondiera mis sentimientos.

—Ya te he dicho como me siento, pero no me crees —rebato intentando encontrar la manera de que no siga dudando—. ¿Por qué crees que he hecho algo tan extremo como tomarte sin pensar las consecuencias?

—Tienes una forma muy extraña de demostrármelo, por ella estuviste dispuesto a entregar tu vida. —Muerde su labio inferior, mi pulgar la detiene, de nuevo, el deseo hace acto de presencia, no puedo rebatir sus palabras, porque son ciertas. Estuve dispuesto a morir por Jaelyn y su hijo, y lo haría por Flora también—. No va a salir bien, Andrew.

Mis ojos ven cómo sus labios se mueven, me contengo para no apoderarme de ellos y recordarle lo que nos une. Hacerle olvidar todo lo demás, el miedo, la desconfianza...

—Te prometo que sí —digo con convicción, no le miento, estoy seguro de ello—. ¿Confías en mí? —La duda en su mirada me mata, y aun así, no me doy por vencido.

Una vez lo hizo, confiaba en mí, y volveré a recuperarla sea como sea. Solo necesito tiempo, pero soy demasiado egoísta e impaciente, por lo que, mientras se lo doy, podemos ir casándonos. De ese modo, no tendré el miedo constante de perderla, de que se dé cuenta de que cualquier otro hombre es mucho mejor que yo.

—¿Qué consecuencias tendríamos si nos negamos? —Me tenso, no quiero mentirle.

—No se me había pasado por la cabeza, la verdad —concedo entre dientes—. Flora, esto no es un juego, puedes estar encinta.

La veo palidecer, dejándome muy claro que ni siquiera había pensado en esa posibilidad, es remota pero no imposible. No pienso permitir que mi hijo sea llamado bastardo, quiero para él todo lo que yo no tuve.

—Un hijo —murmura, mirando al frente—. ¿Qué clase de padres seríamos? Tú nunca hablas del tuyo, y no hace falta que te recuerde cómo era el mío —escupe—. Hemos sido egoístas, Andrew, porque con nuestras acciones podemos hacer desdichado a un ser inocente.

—Deja de hablar así —termino, perdiendo los estribos, me levanto de la cama—. He intentado ser paciente. Lo hecho, hecho está, Flora. Nos casaremos. Con el tiempo, volverás a confiar en mí —sentencio.

—No funciona así —rebate, airada—. Puedes obligarme a casarme contigo, eso no cambiará lo que siento.

—Sea —asiento ofuscado—. Nos casaremos en una semana. Jaelyn y las mujeres te ayudarán.

Salgo de la alcoba, porque si me quedo puede ser que me arrepienta de forzarla a tomar una decisión que en este momento no la hace feliz. Ruego porque llegue el día en el que no se arrepienta de haberse desposado conmigo y podamos ser felices. La confrontación con mi amigo y *laird* no ha sido agradable, pero ya estaba hecho y, aunque me hubiera molido a palos, nada iba a cambiar.

—¿Qué demonios te había dicho? —brama en cuanto entramos al salón, se gira para mirarme enfurecido—. ¿Has preferido deshonrarla en vez de tener la paciencia para...?

—¡No tengo tiempo! —interrumpo igual de furioso—. No me des lecciones, Broderick.

—No te mato porque la dejaría sola y a la deriva —sisea, apretando sus puños en un intento por contenerse—. Debería, al menos, partirte algún hueso —masculla, dándome la espalda—. Vas a casarte con ella, no me importa cómo lo hagas. —Vuelve a mirarme sobre su hombro—. Dentro de una semana, os desposareis, por lo que te aconsejo que la convenzas.

—Lo haré —salgo raudo en busca de Flora, imagino todo lo que ronda su cabeza en este momento y no puedo permitir que continúe alejándose, no ahora que la he tenido.

Y sí, lo he conseguido. Debería estar feliz, sin embargo, algo empaña la dicha, y es saber que Flora se casa obligada por las circunstancias que yo mismo he provocado. Tengo que aprender a vivir con ello, mientras tanto, haré todo lo posible para que todo vuelva a ser como antes.

Lo primero que debo hacer es hablar con las mujeres y pedirles su ayuda. Sin ellas, no creo que todo pueda estar listo en tan poco tiempo. No dudo que Jaelyn sea la primera en prestarse a ello. Primero, porque es la señora de Kisimul; segundo, porque ha demostrado estar de mi parte al prestarse a ayudarme, dudo que las demás lo hubieran hecho. Solo espero que no tenga problemas con Broderick, es algo en lo que no había pensado.

—Imaginaba que me buscarías. —Que aparezca frente a mí no me sorprende—. ¿Lo has conseguido? —asiento—. No pareces feliz.

—Lo sería si la mujer con la que me voy a casar no lo hiciera obligada por lo sucedido —respondo.

—Sabías que iba a suceder —replica—. Te lo advertí, aun así, me presté para algo que me parece desesperado, pero también imprudente. Ahora lo único que debes hacer es dedicar el tiempo que haga falta en convencerla de que tus sentimientos por ella son mucho más fuertes de lo que una vez sentiste por mí.

—No me cree —mascullo—. No pienso rendirme.



Capítulo 25

Flora MacDonald.

Ha pasado una semana y ha llegado el día en el que me convertiré en la esposa de Andrew MacNeil.

¿Había soñado con este momento? Muchísimas veces. ¿Esperaba que fuera así? No, por supuesto que no. Aun así, he tenido que aceptar, porque él tiene razón. Puedo estar encinta y no voy a permitir que mi hijo nazca con el estigma de ser un bastardo.

Las mujeres MacNeil se han volcado en la celebración. Han intentado que yo hiciera lo mismo, pero no siento la más mínima emoción ante el hecho de que el hombre por el que he suspirado los últimos cinco años ahora haya decidido que sí soy buena para compartir su vida. Puede que esté pecando de orgullosa, lo reconozco, sin embargo, lo que siempre he deseado era encontrar mi lugar, y la persona que me amara por encima de todo.

—¿Nerviosa? —la pregunta de Rachel me hace parpadear para regresar al presente—. Es normal.

—No lo estoy —reconozco—. Sé por qué me caso...

—No mientas —regaña mientras termina de peinarme—. Todas hemos estado en tu lugar, querida. Intenta disfrutar de este día —aconseja—. Puede que no haya hecho lo correcto. —Sé que se refiere a Andrew—. Pero he llegado a pensar que debe de haber estado muy desesperado.

—Soy la que he pagado las consecuencias —exclamo levantándome, me importa poco si mi cabello está bien peinado o no—. Si no me casaba, mi reputación quedaba por los suelos, ¿quién me querría después de yacer como una ramera con uno de los MacNeil? Si no lo hago, y espero un hijo, ese pequeño también sufriría por los actos de sus padres.

—Entiendo que te sientas así —intenta calmarme—. Házselo pagar —alzo una de mis cejas—. Vas a ser su esposa, puedes hacer de su vida un infierno en la tierra. —Su sonrisa me sorprende y me doy cuenta de que tiene razón.

—Puede que lo haga —asiento, cojo aire y acaricio mi vestido—. Supongo que siempre fue mi destino unirme a Andrew.

—No lo dudes —replica, la puerta se abre y aparecen Jaelyn y las demás.

—Estás hermosa —exclama la señora de Kisimul—. Todo está dispuesto. Y tu futuro esposo a punto de volverse loco —bromea, consiguiendo que me ría, olvidando los nervios que he negado

sentir.

—¿De verdad? —pregunto, intentando no sentirme complacida al saberlo—. Supongo que puede esperar un poco. Después de todo, yo lo hice por más de cinco años.

—Eres mala —replica Sophie con una sonrisa cómplice—. Puedes hacerle sufrir un poco más antes de que el esposo de Jaelyn tome cartas en el asunto.

—Cierto —intercede la morena—. Broderick está bastante furioso por esta situación, y saber que tú no estás muy contenta no lo mejora.

—Imagino —asiento, retorciendo mis manos—. Estos días he intentado evitarlo —confieso, su esposa ríe—. ¿Se ha dado cuenta? —pregunto, espantada.

—Querida, mi marido no es tonto —responde—. No te preocupes, no te lo ha tomado en cuenta.

—Dios mío —jadeo horrorizada—. No empiezo con buen pie en este clan —niego, sintiéndome una estúpida por mi comportamiento tan infantil—. Me sentía tan avergonzada que no pensaba con claridad.

—Y Broderick lo entiende —me tranquiliza—. Él no te culpa, por lo que no debes preocuparte.

—Deberíamos bajar —dice Faith, a veces es tan silenciosa que suele pasar desapercibida—. Los hombres deben estar ya muy nerviosos.

—Sí —dice Jaelyn—. Vamos a salir, tú hazlo poco después. Creo que Andrew ha sufrido bastante por hoy. —Me guiña un ojo y sale acompañada de las demás, dejándome sola.

Me acerco a la ventana y cubro mi boca al ver cómo Andrew pasea de un lado a otro del patio como un animal enjaulado. ¿Por qué no se me ha ocurrido antes asomarme para verlo de semejante guisa? Contengo un grito cuando alza la mirada como si sintiera la mía. De inmediato, me escondo contra la pared con el corazón desbocado, mi mano en mi pecho sintiendo la rapidez con la que golpea.

—Es la hora —susurro—. Lo que tanto deseé termina cumpliéndose...

Salgo de la alcoba, intentando que mis piernas me sostengan, ya que me siento algo temblorosa. Desciendo las escaleras y me dirijo al patio donde siento las miradas de todos los que se han congregado para ser testigos de nuestro enlace. Puedo darme cuenta de que ya no me miran como si fuera una extraña, dejándome claro que, al casarme con Andrew, para ellos ya soy una MacNeil.

—Sé que lo que has hecho —susurra mi futuro marido cuando llego a su lado—. Creo que me han salido canas durante el rato en el que me has tenido esperando, mujer.

—Estuve años esperando, Andrew —respondo sin inmutarme, miro al frente—. Bien puedes hacerlo tú...

Lo escucho mascullar algo que no logro comprender. Arthur le dice algo en voz baja que parece tranquilizarlo lo suficiente como para que no siga exigiéndome algo que él jamás me dio.

La unión comienza y debo darle la mano. Nuestras muñecas son unidas por la tela con los colores de los MacNeil. Intento no temblar, parece que no lo consigo, porque el hombre a mi lado aprieta con calidez como si quisiera darme su apoyo silencioso. Al terminar, el beso que deja en mis labios comienza con suavidad, al no apartarme, toma mi rostro con sus dos manos y profundiza en mi boca. Solo al escuchar los vítores a nuestro alrededor, reacciono, alejándolo mientras enrojezco hasta la raíz de mi cabello.

—Desde luego, no creo que tengas problemas con ella en el lecho —se jacta un hombre barbudo—. ¿Verdad, muchacho? —Palmea su espalda, Andrew lo aparta de malos modos.

—Jamás vuelvas a referirte de ese modo a mi esposa, Angus —sisea—. ¿Me has escuchado? —alza la voz, Broderick interviene para que no comiencen a pelear.

—Basta —ordena, interponiéndose entre los dos—. Angus, discúlpate.

—No he dicho nada malo —exclama ofendido.

—Discúlpate con Flora —vuelve a repetir con firmeza—. ¿Quieres que deje que Andrew te rompa los dientes?

—Sería un alivio —masculla mi marido—. Al menos, no tendríamos que soportar su fétido aliento.

Jadeo, espantada ante sus palabras. El tal Angus se abalanza sobre él. Andrew reacciona con rapidez, alejándose para que no me hagan daño.

—Ven. —Me giro para ver a Sophie—. Es mejor que nos apartemos.

—Pero tenemos que detenerlos —rebato horrorizada—. Maldita sea, es el día de mi boda.

—Entre los hombres es normal —se encoge de hombros—. Andrew no puede permitir semejantes comentarios hacia ti, o jamás te respetarán.

Observo consternada cómo ambos hombres se golpean, puede que mi esposo parezca que va ganando, aun así, se lleva varios golpes que me duelen hasta a mí. Quiero que los detengan, pero incluso sus amigos se mantienen al margen. El *laird* los mira con los brazos cruzados y una fiera mirada. Me siento más aliviada cuando, tras varios golpes, Broderick y Arthur los detienen, y corro hasta Andrew para asegurarme que está bien.

—¿Te has vuelto loco? —pregunto mientras él se limpia la sangre de la boca y nariz—. El día de nuestra boda...

—Lo siento —jadea, recuperando el aliento—. Pero ese imbécil debe saber cuándo mantener esa boca que tiene cerrada.

—Vamos —le cojo de la mano—. Vamos a curarte.

Se deja guiar, lo llevo hasta la cocina, una de las muchachas que trabaja ahí me prepara todo lo necesario y se lo agradezco con una sonrisa. Me doy cuenta de que se marchan, dejándonos solos. Me siento algo cohibida con Andrew sentado y yo entre sus piernas para poder acceder a las heridas de su rostro.

—Lo siento —murmura, intento no mirarlo a los ojos o estaré perdida.

—¿Qué sientes? —pregunto también en voz baja.

—Todo —se encoge de hombros—. Gracias por aparecer...

—¿Tenía otra opción? —cuestiono, acabando con la cura—. Deberíamos salir, es nuestra celebración.

—Vamos —me tiende su mano y la acepto.



Capítulo 26

Andrew MacNeil.

Que acepte mi toque es un principio prometedor. Sonrío, porque se ha preocupado por mí cuando me he peleado con el imbécil de Angus. He dejado que me cure cuando no era necesario, pero he disfrutado de su cercanía, así que no pienso quejarme.

Salimos del castillo cogidos de la mano como una pareja que acaba de casarse. Mis amigos nos observan complacidos, aunque solo yo noto lo tensa que se encuentra la mujer que camina a mi lado en completo silencio.

—Desde luego, sabes cómo hacer únicas las celebraciones —saluda Broke cruzado de brazos—. ¿Todo bien? —pregunta, mirando a ambos en busca de una respuesta.

—Sobreviviré —replico, sin hacer caso de su provocación, Flora se merece algo de tranquilidad el día de nuestro enlace—. ¿Dónde está Angus?

—Ha quedado peor que tú —responde Jaelyn—. Por lo que se lo han llevado, así no dará más problemas.

—Mejor —asiento, complacido—. ¿Celebramos? —pregunto, mirando a mi esposa que se ha mantenido en silencio.

—Por supuesto —interviene Broderick—. Vamos, la gente espera que compartáis con ellos.

Durante las siguientes horas, hablo más que en mucho tiempo. Flora puede que se sienta algo descolocada, pues, desde su llegada, nuestra gente se ha mantenido a distancia, hasta ahora. Saben que es una más, es mi esposa, y espero para ella solo buenas palabras y el respeto que merece. La observo, aunque no me dirija ni una mirada, estoy atento, temeroso de que suceda algo más que empañe este día, uno que debería ser el más feliz para ambos, pero que no lo es por todos los errores que he cometido.

—Deja de mirarla como si fueras a devorarla en cualquier momento —me dice Arthur tendiéndome una buena jarra de *whisky*.

—No lo hago —replico, empujándolo, el río llamando la atención de mi recién estrenada esposa, rápidamente aparta la mirada—. Odio que haga eso —mascullo para beber y así intentar aliviar el sabor amargo de saber que no he ganado por completo.

—No puedes culparla, hermano —rebate, perdiendo la sonrisa—. Tienes un largo camino, te lo dije desde el principio.

—Lo sé —asiento, sabiendo que es lo que tengo que hacer—. Y no pienso postergarlo más —añado con una decisión renovada.

—Espero que lo consigas —palmea mi espalda—. Te mereces conocer la dicha de un buen matrimonio.

—Puede que no te lo haya dicho. —Me mira ceñudo ante mi tono de voz—. Pero me alegro muchísimo de que hayas encontrado lo que tanto deseé para ti.

—Estos meses han sido difíciles —replica incomodo—. Pero siempre he sabido que el antiguo Andrew se sentía feliz por todos nosotros.

—¿Crees que regresaré por completo? —pregunto, intentando ocultar el miedo que me produce no conseguirlo.

—Estoy convencido. —No lo duda, por lo que no puedo evitar sonreír ante su confianza—. De hecho, ya lo vislumbro.

—¿Qué demonios haces aquí hablando con Arthur? —Broderick, como siempre, aparece por la espalda—. Tendrías que estar con tu esposa, parece a punto de salir corriendo.

Miro sorprendido para descubrir que se encuentra rodeada por varias mujeres que parlotean sin cesar. Podría ser algo normal e inocente si entre ellas no se encontrara mi antigua amante, la cual eché de mi alcoba sin contemplación la última vez que se atrevió a hacer algo tan estúpido.

—Maldición —mascullo, tiendo mi jarra a Arthur, que la coge de inmediato, y me acerco raudo hasta ellas—. Señoritas —saludo intentando controlarme—, permitan que me lleve a mi esposa.

La cojo de la mano y la alejo de las tres mujeres que nos miran sorprendidas. La cuarta lo hace con rabia apenas contenida. Le lanzo una mirada de advertencia, sabe que no dejaré pasar una escena, mucho menos, este día. Tiro de Flora y camino furioso, alejándome de esas harpías. Creía que había dejado muy claro lo que esperaba de mi gente, pero está visto que siempre habrá quien no le importe dañar a los demás.

—Suéltame —pide, forcejeando—. ¿Se puede saber qué demonios te pasa? —me detengo, enfrentándola.

—¿Qué hacías permitiendo que te avasallen? —cuestiono entre dientes—. Recuerda quién eres, maldita sea.

—¿Lo dices por la zorra que calienta tu lecho? —pregunta con cinismo, dejándome helado—. Solo marca su territorio como los animales. —Se encoge de hombros cuando antes me hubiera arrancado los ojos—. ¿Puedo volver a la celebración?

—Flora... —No sé qué decir, por lo que da media vuelta y se marcha—. Maldita sea —gruño viendo cómo se aleja.

Me parece escuchar algo tras de mí, reacciono con rapidez, sin embargo, no hay nadie. Frunzo el ceño, porque juraría que no me equivoco, me acerco a los árboles que me rodean, camino entre ellos alerta sin encontrar nada que me indique que alguien ha sido tan estúpido como para poner sus pies en la tierra de los MacNeil. No me queda más que regresar a la celebración, pero con la sensación de que no estaba solo en el claro.

—¿Dónde te has metido? —pregunta Jaelyn en cuanto regreso.

—He perdido la noción del tiempo —me excuso—. Eso es todo.

—¿Me estás mintiendo? —cuestiona desconfiada—. ¿Andrew?

—No. —En realidad no lo hago, porque es solo una sensación mía—. ¿Dónde está Flora?

—Estaba con las mujeres —responde—. ¿Debo encargarme de...? —Hace un gesto con la cabeza señalando a la muchacha que compartía mi lecho en el pasado—. Por vuestra culpa, voy a quedarme sin servidumbre —masculla, cruzándose de brazos.

Río ante su enfurruñamiento, y me lanza una mirada de advertencia que haría temblar al más valiente de los hombres. Broderick llega por detrás y la abraza. Es cuando me reafirmo en mis sentimientos. Tiempo atrás, esta escena me hubiera retorcido las tripas, los celos me hubieran carcomido. Sin embargo, ahora solo veo a dos de las personas que más quiero demostrándose cuánto se aman.

—Esperemos que Andrew se controle a partir de ahora —dice, mirándome con una clara advertencia—. ¿Verdad, hermano?

—Me controlaré tanto como tú —respondo, ambos quedan satisfechos, pues pondría la mano en el fuego por cada uno de mis amigos en lo que respecta a su fidelidad hacia sus esposas—. Comienza a oscurecer.

—La celebración continuará en el castillo —anuncia Jaelyn—. Pero ya con mucha menos gente.

—Pensé que todo había terminado —suspiro, armándome de paciencia para aguantar las horas que queden.

—No vayas a fastidiarle todavía más la boda a tu esposa —amonesta la señora de Kisimul—. Puede que no haya querido participar demasiado, pero no podía ocultar el brillo en su mirada cuando nos escuchaba hablar sobre los preparativos.

Si todo hubiera sido distinto, estoy seguro de que Flora no hubiera dejado en manos de las demás todo lo concerniente a nuestra unión. Cuando todavía no había recuperado la memoria, me contó cómo soñaba que sería ese día, y al mirar alrededor, me doy cuenta de que no se asemeja en absoluto. Aprieto los labios con fuerza, porque el sabor amargo de la derrota vuelve a embargarme con fuerza.

—Se lo compensaré.

Es una promesa que pienso cumplir.



Capítulo 27

Flora MacNeil.

Me siento muy agradecida con mi nueva familia. Sé mejor que nadie que las mujeres han trabajado mucho para que este día fuera especial para mí.

—No estés nerviosa —dice Faith a mi lado, mientras observamos a la gente bailar y beber.

—No lo estoy —miento—. Después de todo, ya no soy virgen —susurro, encogiéndome de hombros—. Sé muy bien lo que va a pasar esta noche.

Busco a mi esposo con la mirada y lo encuentro riendo con sus amigos. La sombra que siempre veía cernerse sobre él ha desaparecido por completo, y me pregunto cuál ha sido la verdadera razón para ello.

—No se le ve como un hombre al que le han obligado a casarse —comenta ahora Sophie—. Tal vez no esté todo perdido. —La miro de una manera que dejo claro lo que pienso de sus palabras.

—Por supuesto —asiento—. Está demasiado pagado de sí mismo por haber conseguido salirse con la suya.

—Yo veo un hombre feliz por haberse casado con la mujer que ama. —Mi cuerpo se estremece ante la afirmación de Rachel—. ¿Sabes lo que haría? —Solo niego porque no me salen las palabras—. Darle una oportunidad, de ti depende vivir un infierno o una vida llena de amor.

—Si vuelve a herirme, no podré superarlo —confieso mi mayor temor.

—¿Y ahora no sufres? —pregunta Sophie con su acostumbrada dulzura—. Al menos, sabrás que has hecho todo lo posible antes de darlo por perdido. Los hombres MacNeil son obtusos y muy cabezones, pero una vez abren los ojos, son unos esposos maravillosos.

—Es la hora —anuncia Jaelyn—. Te acompañaremos a tu alcoba.

—Ya no es la mía —suspiro, levantándome de mi asiento—. Demasiados cambios que afrontar.

—Eres valiente, Flora MacNeil —sentencia la mujer del *laird*—. Y saldrás victoriosa de todo lo que te propongas.

Veo la fe en los ojos de todas ellas, y eso me infunde un poco de valentía para todo lo nuevo

que está por llegar. No me detengo a mirar hacia atrás para asegurarme de si mi esposo me ve marchar, necesito serenarme e infundirme valor para esta noche.

—El baño está listo, y te vendrá bien para relajarte —dice Rachel—. No dudo que debes estar más tensa que la cuerda de un arco.

—Un poco —reconozco—. Me costará acostumbrarme a compartir el lecho con alguien más, pues no lo he hecho nunca, mucho menos, con un hombre.

—Andrew seguro que te ayuda en este trance —me tranquiliza Faith.

Tras el baño, me visto y decido que prefiero esperarlo sentada frente al fuego que en el lecho como si fuera un sacrificio a los antiguos dioses. Las mujeres se despiden. Cuando me quedo sola, la incertidumbre me crispa los nervios, se espera que mi esposo venga a mí para consumar el matrimonio, pero puede que no muchos sepan que eso ha sucedido.

—¿Y si no viene...? —susurro, preocupada.

—Comienza a molestarme que pienses lo peor de mí, esposa. —Me giro para encontrarlo en la puerta, cierra y nos deja a ambos aislados en la intimidad de la alcoba—. Siempre vendré a ti. —Me ruborizo por la manera tan intensa en la que me mira.

—No sabía si la borrachera te permitiría subir las escaleras —espeto, alzando el mentón, la mejor defensa siempre es un buen ataque.

—No he bebido lo suficiente. —Sonríe mientras camina hacia mí—. Deja de utilizar esa táctica conmigo, pelirroja. —Aprieto los labios ante su apelativo—. No voy a alejarme de ti, así que deja de luchar contra mí.

—¿Te molesta? —cuestiono con sorna—. Tuve que aguantarlo durante cinco malditos años.

Masculla una maldición, se acerca para acogerme entre sus brazos, me tenso ante la reacción de mi cuerpo al suyo, él solo sonríe complacido al reconocer lo que me sucede. Muy pagado de sí mismo, observo cómo desciende muy despacio, mirando mis labios. Creo que lo hace para darme tiempo a alejarme si lo deseo. No lo hago, cierro los ojos y la espera se me hace eterna hasta que por fin nuestros labios se unen en un beso que comienza siendo algo frío, incluso tenso, para dar paso a uno apasionado.

Me dejo guiar hasta el lecho con los ojos cerrados. Mis brazos se aferran a mi esposo en el momento que siento el colchón bajo mi cuerpo. Como la primera vez, me dejo llevar, todo lo demás desaparece para ser atrapada por todas las sensaciones que me golpean a la vez.

El placer, el amor que todavía siento por él, aunque he intentado arrancarlo de mi corazón, la pasión que despierta con sus besos y caricias. Gimo cuando mi camisón desaparece y su piel roza contra la mía, sus manos amasan mis pechos. Por inercia, muerdo su hombro, lo escucho gemir. Mientras, entre mis piernas, su miembro busca adentrarse en mi interior.

—Después de esta noche, no vas a pensar en el pasado, Flora MacNeil —masculla entre dientes, me obliga a mirarlo, veo cómo sus ojos se han oscurecido hasta parecer dos pozos negros—. Eres mía, y vas a dejar de apartarme —ordena mientras siento cómo se adentra muy lentamente, alzo las caderas para salir a su encuentro, pero me detiene—. Quieta —exige con la frente perlada de sudor—. Júramelo.

—Vete al infierno —siseo furiosa al verme privada del placer que me muero por sentir de nuevo—. Muévete de una vez, MacNeil —verlo sonreír me dan ganas de abofetearlo.

—No sin que antes me lo prometas —replica con cabezonería—. ¿Vas a hacernos sufrir a ambos? —pregunta, frunciendo el ceño, ya no sonríe, podría hacerlo, pero no me siento capaz—.

Flora...

—Lo juro —exclamo, frustrada—. Voy a hacerte pagar esto —mis ojos entrecerrados no pierden detalle de cómo su rostro se relaja—. ¡Andrew! —grito cuando me llena hasta el fondo.

Después de eso, solo se escuchan nuestros cuerpos, nuestros gemidos y palabras sin sentido, al menos, yo no se lo encuentro. Cuando todo estalla, juraría que puedo tocar el cielo con mis propias manos, me estremezco entre los brazos de mi esposo, me aferro para que no me deje, para que no se aleje.

Mis párpados pesan, el cansancio comienza a hacer mella en mí y, aun así, no quiero que este momento termine. Siento un beso en mi sien antes de que se aparte, suspiro complacida cuando me lleva con él, abrazándome. Apoyo mi cabeza en su pecho sudoroso, impregnándome de su olor.

—Te amo, Flora —lo escucho alto y claro, sin titubeos y antes de dormirme siento como una lágrima cae hasta su pecho.

Mi mano se mueve entre las sábanas aun medio dormida.

No encuentro lo que busco y abro los ojos para comprobar que me encuentro sola en el lecho. Suspiro y no puedo evitar que una sonrisa adorne mis labios, mi mano los acaricia sintiéndolos todavía hinchados por los besos de Andrew.

Podría pasarme el día en la cama reviviendo lo sucedido anoche, pero necesito salir y enfrentar la realidad. Esconderme para que nada ni nadie pueda dañar la pequeña burbuja de felicidad en la que ahora me encuentro no es una opción. Me dispongo a salir para pedir un baño cuando la puerta se abre como si con el solo pensamiento hubiera conjurado a la servidumbre.

—Buenos días, mi señora —saluda una mujer de mediana edad—. *Lady Jaelyn* nos ha ordenado que le preparemos un buen baño —dice con dulzura—. Y su esposo nos ha entregado esto. —Cuando levanta el brazo, me doy cuenta de que lleva un vestido.

—¿Es para mí? —pregunto incrédula.

—Por supuesto —asiente, dejándolo sobre la cama—. Su esposo lo mandó hacer en secreto para darle una sorpresa —explica—. Estoy segura de que le hubiera gustado dárselo él mismo, pero ha tenido que salir con los hombres.

Acaricio la tela de color verde oscuro. Es suave y calentita para poder soportar el frío invierno de las Highlands, es hermoso y, aunque me hubiera gustado que fuera Andrew quien me lo entregara, el gesto de haber pensado en mí me emociona.

—No debe entristecerse —dice la mujer al ver que intento contener el llanto, ella no comprende lo que este pequeño gesto significa para mí, lo nuevo que es en mi vida, ya que nadie antes me ha regalado nada—. Su esposo la quiere. —La miro tan deseosa de creerla que ríe, no me cabe duda que es capaz de verlo en mis ojos—. Parece un cervatillo asustado de creer que pueda ser verdad.

—La tina está llena —interrumpe una voz más estridente que rompe la magia del momento. Al girarme, veo que es la furcia que se ofrecía a mi esposo, por lo que paso de la tristeza a la furia en cuestión de segundos.

—Fuera de mi alcoba —ordeno con firmeza—. No te quiero cerca de mí.

—Tendrá que hablarlo con mi señora —responde sin amilanarse—. Ella es la que me da las órdenes.

—Muchacha, no des problemas —intercede la mujer más mayor—. Te he dicho que no era buena idea...

—No solo eres una golfa, sino que también mientes —me acerco a ella—. Jaelyn jamás dejaría que te acercaras a mí. Así pues, vas a salir de aquí y no volverás a entrar jamás.

—Hasta que su esposo me mande llamar —replica ufana, escucho el jadeo horrorizado de la buena mujer que se encuentra tras de mí, veo cómo la maldita harpía me da la espalda contoneando sus caderas, por lo que reacciono dejándome llevar por toda la rabia que siento al saber lo que ella representa en la vida de Andrew.

Grita cuando la cojo del cabello y tiro hacia mí con saña, no me importa lo que puedan pensar los MacNeil de mi comportamiento, pero estoy harta de dejarme pisotear, lo hacía en el hogar de mi padre, pero no lo haré aquí.

—En el caso de que Andrew vuelva a llamarte, yo misma le cortaré lo que le cuelga entre las piernas —siseo contra su oído mientras intenta soltarse—. Y a ti te cortaré las manos por tocar lo que es mío y la lengua por hablar de más.

La suelto y cae de rodillas roja de furia, se dispone a abalanzarse sobre mí y la espero con ansias, pero la mujer que la acompaña se interpone.

—¿Qué crees qué estás haciendo? —pregunta furiosa—. Es la mujer de Andrew y la protegida de nuestro *laird* —enumera entre dientes—. ¿Crees que puedes ponerle la mano encima sin consecuencias?

—Aparta —gruñe—. Ella me ha atacado primero.

—Tú has empezado al venir aquí cuando te dije que no era buena idea —rebate, empujándola—. A partir de hoy, no subirás al segundo piso.

—No es justo —exclama rabiosa—. No tengo la culpa de que no pueda darle lo que su esposo necesita —masculla con veneno para salir corriendo de la alcoba.

—No le hagáis caso —se disculpa la buena señora algo avergonzada—. No es una mala chica, solo cree estar enamorada y...

—Me importa poco —interrumpo, no pienso ablandarme con esa zorra—. No la quiero cerca de mí.

—Por supuesto —asiente—. Métase en el agua antes de que se enfríe.

Asiento todavía temblando ante la furia que siento porque haya estropeado un momento tan bonito como ha sido mi despertar y la sorpresa del regalo de Andrew. Ya metida en el agua, cierro los ojos para intentar calmarme. Antes de quedarme sola, la criada intenta tranquilizarme con unas palabras que, aunque dolorosas, intenta aliviar una carga demasiado pesada para mí.

—No deje que su mente juegue en su contra —aconseja con la sabiduría de los años vividos—. Lo que cree saber puede no ser la realidad. Su esposo es un hombre, mi señora. —Mis manos se hacen puños bajo el agua—. Usted no estaba aquí, no puede culparlo por tener un pasado. Lo importante son las acciones del presente y del futuro.

La puerta se cierra con suavidad, libero el aire que estaba conteniendo y respiro con rapidez para intentar calmarme. Tiene razón, no debería dejar que esa miserable enturbie mi felicidad.

—No pienso dejar que esa maldita me gane —mascullo lavándome—. Veremos si Andrew vuelve a buscarla o no.

Salgo de la tina con fuerzas renovadas. Me pongo el hermoso vestido que me ha regalado mi marido. Maravillada, me doy cuenta de que las mangas tienen hermosos bordados. No puedo

creer que haya sido capaz de mandar a hacer esto a escondidas. Me pregunto de dónde habrá conseguido la tela. Decido dejarme el cabello suelto, para ello lo peino con brío y dejo a mis rizos libres por primera vez, estos caen por mi espalda hasta rozar mi cintura. Mis manos tiemblan cuando abro la puerta para salir de la intimidad de mi alcoba, porque me siento una nueva Flora.

Debo enfrentar mi futuro, no luchar en su contra...



Capítulo 28

Andrew MacNeil.

Salir del lecho y dejar a Flora ha sido difícil, pero necesario. Mi mayor temor era quedarme y que, al despertar, me apartara de su lado. Por ello he preferido ser el primero en levantarme. Si eso me convierte en un cobarde, lo soy. Nunca he temido al dolor, al enemigo o incluso a la muerte, pero el desprecio de mi esposa es algo que no quiero volver a sentir.

—Presta atención, maldita sea —amonesta Broderick, quien va montado sobre su caballo al lado del mío, recorremos el acantilado, mientras Jules y Broke recorren la playa—. ¿Dónde demonios se han metido?

En cuanto los vigías nos alertaron de presencia de extraños en la isla, nos pusimos en marcha. No pudieron distinguir colores, sin embargo, no dejo de pensar que son los MacDonald, pero ¿por qué? Nadie movió un dedo cuando atacamos para obtener mi venganza.

—Deberíamos haber avisado a las mujeres —mascullo preocupado—. Arthur está con ellas, pero aun así...

—No permitirá que les hagan daño —interrumpe—. Además, no creo que sean tan imbéciles como para acercarse a Kisimul. Una cosa es merodear por mi isla, y otra muy distinta es tener la osadía de atacar mi hogar.

—Tengo un mal presentimiento, Broderick —reconocerlo en voz alta consigue casi paralizarme de terror—. ¿Recuerdas aquella noche? Tú sentiste lo mismo. —Me mira por primera vez con preocupación, observa a su alrededor y silba con fuerza para llamar la atención de nuestros amigos.

—Volvamos al castillo —mascullo—. Ordenaré a más hombres que vigilen los alrededores.

—Puede que esté exagerando —me siento avergonzado.

—Desde aquella noche, confío en los malos presentimientos. —Apoya su mano en mi hombro—. Volvemos a Kisimul y enfrentaremos lo que venga.

Asiento mientras veo cómo Jules y Broke cabalgan hacia nosotros. Broderick, con un simple gesto, les hace saber que emprendemos el camino de vuelta. Los nervios me atenazan el estómago, hasta que no vea con mis propios ojos que Flora está bien, no voy a poder respirar con tranquilidad.

—¿Qué demonios hacen fuera del castillo? —brama Broderick, espoleando su caballo, mascullo una maldición, porque se encuentran paseando en un claro. Son una presa fácil en estos momentos.

—¡Flora! —grito, adelantando a mis amigos al ver cómo lo que tanto temía se está cumpliendo, de entre los árboles veo salir varios hombres preparados para atacar—. ¡Cuidado!

Las mujeres se detienen mirándonos asustadas. La primera en reaccionar es Jaelyn, que, armada con su inseparable arco, comienza a disparar. Espoleo a mi montura para que recorra la distancia que todavía me separa de mi esposa, soy consciente de que no voy a llegar a tiempo, por lo que, cuando un malnacido dirige su flecha hacia ella, me lanzo sin pensarlo dos veces.

El impacto de la flecha me deja sin aliento, aun así, lo único que necesito saber es si mi mujer está ilesa. La siento moverse debajo de mí y alguien gritando, pero no estoy seguro de quien se trata.

—¿Estás bien? —pregunto con dificultad, ya que parece que no puedo respirar con normalidad—. ¿Flora?

—¿Por qué lo has hecho? —pregunta mientras consigue moverse, y no sé cómo, pero termino en sus brazos. Es cuando me doy cuenta de que llora desconsolada, frunzo el ceño preocupado—. ¿Por qué, maldita sea?

—¿Te ha herido? —jadeo ante el dolor que me recorre el cuerpo—. Vete —apremio—. Idos.

—No voy a ningún lado sin ti —solloza, acariciando mi rostro—. No cierres los ojos —exige cuando comienzo a sentir mis párpados muy pesados.

Giro mi rostro para darme cuenta de que mis amigos han abatido a los hombres, solo Jules mantiene con vida a uno. Imagino que ese bastardo sufrirá en sus manos para que nos cuente todo lo que necesitamos saber. Pronto me encuentro rodeado por los demás, incluso Arthur ha llegado, tengo que pegarle una paliza por dejarlas solas.

—Dios mío —escucho que alguien exclama—. Si lo movemos, no sobrevivirá.

Cierro los ojos ante esa certeza. Así que he sido herido de gravedad, me aferro a la mano de mi esposa, el frío se apodera de mí y comienzo a temblar.

—Si sacamos la flecha, tampoco. —Otra voz que me cuesta reconocer—. ¿Por qué demonios actúas siempre sin pensar, hermano?

—Porque me ama —escucho susurrar a Flora sin dejar de llorar, abro los ojos maravillado de que al fin se haya dado cuenta de ello, y para eso solo he tenido que recibir un flechazo—. Lo haces, ¿verdad? Siempre estás dispuesto a dar la vida por las personas que amas.

—Claro que lo hago —respondo con el sabor de mi sangre en la boca, sé que esta vez posiblemente no me salve—. No llores —le pido al verla tan desconsolada—. Necesitaba mantenerte a salvo.

—Es mi culpa —exclama, abrazándome contra su pecho, podría morir feliz de este modo, impregnándome de su olor y su calor—. Esos bastardos eran MacDonald...

—No llores —vuelvo a repetir, me parte el corazón verla así de destrozada—. Todo está bien.

—No mientas —regaña—. No puedes dejarme, Andrew. Si lo haces, no voy a perdonártelo nunca —amenaza y sonrío con tristeza sabiendo que no voy a poder hacer lo que me pide.

—No pienso dejar que te mueras —brama Arthur—. Suéltalo despacio, Flora —exige—. Lo llevará hasta la curandera.

—Si montas con él a caballo, puedes mover la flecha y matarlo en el acto —replica mi esposa

—. Traedla aquí.

—Pierde mucha sangre —añade Jaelyn—. Está ya demasiado pálido, no aguantará...

—Parad —ordeno con las pocas fuerzas de las que dispongo. Miro a mis amigos, los hermanos que me dio el destino—. Solo quiero quedarme con ella —suplico.

—No me pidas que te deje morir —grita Arthur—. Te perdí una vez, y casi no lo supero, bastardo egoísta.

—¡Arthur! —grito al verlo subirse al caballo y marcharse sin mirar atrás, comienzo a toser, Flora grita.

—Para —me exige—. Dios mío. No te muevas, no hables —termina rogándome. Cuando vuelvo mis ojos hacia ella, veo que está manchada de sangre, ¿es mía? Me doy cuenta de que sangro más por la boca, por lo que me queda muy claro que no voy a lograrlo.

—Flora. —Me mira con los ojos todavía empañados—. Lo siento.

—No —me interrumpe, negando con fervor—. No vas a dejarme, así que ni se te ocurra despedirte de mí.

Sonrío alzando mi mano con las pocas fuerzas que todavía conservo. Acaricio su mejilla, porque lo que más deseo es grabar cada rasgo de su hermoso rostro en mi memoria, moriré feliz si lo último que veo es a mi esposa.

—Cuidad de ella, por favor —les pido a los tres hombres que me observan enmudecidos por el dolor—. Por favor —insisto, y, finalmente, Broderick asiente. Las mujeres sollozan, dejo que Flora me abrace y lo último que veo antes de perderme en la oscuridad que se cierne sobre mí son los hermosos ojos de la pelirroja que se ha adueñado de mi corazón.



Capítulo 29

Flora MacNeil.

El alarido de dolor que brota de mi garganta cuando veo cómo sus ojos se cierran se escucha en toda la isla.

—Andrew —grito desgarrada mientras intentan apartarme de su lado, lucho contra los brazos que intentan alejarme del amor de mi vida, incluso creo escuchar un gruñido casi animal por mi parte—. No me toquéis.

—Déjanos intentar salvarlo, maldita sea —reconozco la voz de Arthur, por lo que alzo la mirada empañada por el dolor y lo encuentro a mi lado con la curandera. Algo en sus ojos me hace apartarme, dejando el cuerpo de mi esposo con mucho cuidado en el suelo—. Despacio —susurra con voz temblorosa, es cuando me doy cuenta de que el joven ha llorado y que ahora intenta no hacerlo.

—Por favor —suplico, alguien me ayuda a levantarme, me doy cuenta de que es Rachel quien lo hace—. Por favor —no soy capaz de decir nada más, y lo cierto es que ya ni siquiera sé a quién le estoy implorando por un milagro.

—Tranquilízate —me pide abrazándome—. Es fuerte. Sobrevivió una vez, y lo volverá a hacer, por ti. —Sé que intenta animarme, pero lo que ven mis ojos es algo muy distinto.

—Es culpa mía —muerdo con fuerza mi labio hasta que soy capaz de probar el sabor de mi propia sangre—. Yo quise salir y es Andrew el que lo ha pagado con su vida.

—Basta —dice Jaelyn—. No es momento de buscar culpables. Todas desoímos la orden de Arthur —reconoce mortificada—. Como señora de Kisimul, debí ser más responsable, pero jamás imaginé que... —se rompe, su marido la abraza y a mí el dolor me golpea, porque seguramente jamás volveré a sentir los brazos del mío a mi alrededor.

—Debo sacar la flecha, pero si lo hago... —alza la vista, y me doy cuenta de que ni siquiera ella tiene esperanzas de que viva—. Respira muy mal, por lo que debe haberle dañado algo interno.

—Te he traído aquí para que lo salves —grita Arthur, quien pasa sus manos por el cabello despeinándolo, se encuentra desesperado—. Cayó herido por un maldito acantilado, sobrevivió a cinco años de cautiverio, ¿y me dices que no puedes salvarlo ahora? —grita tanto que las venas de su cuello parecen a punto de estallar.

—Lo siento —dice por toda respuesta—. No creo que sobreviva mucho más. En cuanto saque la flecha, terminará desangrándose, ahora contiene el flujo de sangre, pero...

Arthur parece perder el norte, por lo que los hombres deben actuar, aunque están igual de abrumados por el dolor como él.

—Llévatelo —ordena a Broke, este parece querer negarse, imagino que no quiere dejar a Andrew.

—Hazlo —brama Broderick—. Es una maldita orden, déjalo sin sentido si es necesario, no puede ver esto otra vez.

Y lo hace, lucha como un animal herido. Son necesarios Broke y Jules para contenerlo, subirlo a un caballo y llevárselo, dejándonos atrás. Incluso tiempo después, me parece escuchar sus bramidos llamando a su amigo.

—¡Se ahoga! —exclama la curandera, atrayendo mi atención, veo cómo mi esposo comienza a convulsionar en el suelo mientras tose sangre—. Debo sacarla de inmediato.

Broderick actúa rápido, es el quien, de un tirón, saca la maldita flecha que me está arrebatando al amor de mi vida. La muchacha intenta contener la sangre que comienza a manar. Sus manos pronto se tiñen de rojo carmesí. Caigo de rodillas cuando Andrew se queda completamente inmóvil, rezo para que su corazón, que me pertenece, siga latiendo, que todavía conserve un aliento de vida que lo mantenga a mi lado.

Me arrastro hasta llegar junto a él. Cojo su mano, intentando infundirle fuerzas, daría mi vida por la suya con gusto. Le hablo en voz baja mientras la curandera cose la herida lo mejor que puede con la esperanza de ganar tiempo para llegar al castillo. No estoy segura del tiempo que transcurre hasta que Jules y Broke llegan con una carreta.

—¿Dónde está? —pregunta la esposa de Arthur preocupada.

—Lo hemos encerrado —reconoce Jules enfadado—. No nos ha quedado más opción.

—Lo sé —asiente—. Estará bien, si Andrew sobrevive, estará bien.

Creo que lo dice más para sí misma que porque crea que realmente hay alguna posibilidad de que mi marido llegue vivo al castillo. No estamos muy lejos, pero un movimiento en falso y su herida podría abrirse.

—No estoy segura de si aguantará —dice la muchacha cuando termina, manchada de sangre, sudorosa y pálida como un cadáver—. Pero no podemos quedarnos aquí.

—¿Y si lo llevamos en brazos? —pregunta Broderick con la voz demasiado ronca—. Podemos hacerlo.

—Demasiado lento —murmuro—. Tienes que aguantar, amor mío —susurro en su oído.

—La carreta es mejor opción —sentencia la curandera—. Su esposa y yo iremos detrás con él e intentaremos inmovilizarlo lo mejor que podamos.

Entre los tres hombres, lo alzan, Andrew ni se inmuta. Las mujeres intentan infundirme valor y esperanza. Subo a la carreta y me coloco de forma que la espalda herida de mi esposo quede contra mi pecho. Lo abrazo para que no se mueva con el traqueteo y rezo todas las plegarias que conozco en el corto trayecto hasta Kisimul.

—Vas a ponerte bien —repito contra su cuello, cierro los ojos con fuerza para retener las lágrimas—. ¿Me oyes, esposo? ¿Por qué siempre te alejas de mí? —le pregunto aterrada ante la idea de que ahora vaya a un lugar donde no puedo seguirle—. Vuelve, y te prometo que siempre haré lo que me digas, no discutiré contigo y...

—Entonces Andrew se moriría, pero de aburrimiento —interrumpe Broke, que cabalga a nuestro lado—. Sigue hablándole, recuérdale momentos vividos, hazle regresar —me implora.

No me da tiempo de hacerlo porque llegamos a nuestro destino y lo vuelven a separar de mi lado. Los sigo de cerca y, cuando lo dejan bocabajo en el lecho que hace unas horas compartimos, un sollozo desgarrar mi garganta.

—La herida se ha abierto. —Al escucharla decirlo, me miro el hermoso vestido y me doy cuenta de que lo tengo manchado de sangre—. Voy a cauterizar.

—No —exclamo, horrorizada—. Le va a doler.

—Mi señora —dice con tiento—. No lo va a notar, está más muerto que vivo.

—Ten un poco más de tacto —ordena Jaelyn—. Estás hablando con su esposa.

—Lo siento, pero debo hacerlo. —Me mira como si pidiera mi permiso, finalmente asiento.

No estoy segura de ser capaz de ver cómo queman la herida. Sé que puede ser lo que le salve la vida y, aun así, no me siento con fuerzas para ser testigo de algo tan bárbaro.

—Puedes salir de la alcoba —murmura Broderick—. Me quedaré con él.

—No voy a dejarlo solo —sentencio con firmeza—. Es mi esposo, y estaré con él hasta el final, sea cual sea.

—Aguantará. —Se escucha casi como una orden—. Volverá contigo.

—Si muere, no voy a poder seguir viviendo. —El llanto amenaza con ahogarme—. No quiero vivir sin Andrew —alzo mis ojos para encontrarme la mirada torturada de mi *laird*—. Debí ser yo...

El alarido que se escucha nos interrumpe, miro horrorizada cómo mi esposo lucha para escapar del dolor, casi me abalanzo sobre la curandera, pero me detienen, lloro de impotencia sin poder hacer nada.



Capítulo 30

Andrew MacNeil

Algo o alguien me está torturando... ¿He vuelto con los MacDonald? Trato de escapar, pero no me puedo mover. Intento hablar sin conseguirlo, me siento atrapado sin posibilidad de conseguir la libertad. Pero en lo único que puedo pensar es en cierta pelirroja que me ha vuelto loco desde que llegó a mi vida.

Flora... Quiero llamarla, pero ningún sonido sale de mis labios.

El dolor desaparece por fin para dejar paso al entumecimiento, al frío, a los escalofríos y a la oscuridad.

Escucho una voz...

—Por favor, Andrew —me suplica—. Tienes que volver junto a mí, no puedes dejarme sola.

—Debes descansar, Flora, o enfermarás. —Otra voz—. Nos turnaremos para cuidarlo.

—No pienso abandonarlo. —Mi corazón da un vuelco.

De nuevo, el silencio me envuelve, al menos, no soy capaz de escuchar nada a mi alrededor, hasta que esa dulce vocecilla regresa.

—Recuerdo la primera vez que te vi. —Siento cómo alguien coge mi mano—. Herido, perdido y, aun así, jamás vi el brillo del miedo en tu mirada.

Ahora juraría que siento un beso en mis labios, uno dulce, tembloroso. Noto humedad en mi cuerpo, como si alguien me estuviera lavando, suspiraría de alivio si pudiera, ya que aleja el calor abrasador que amenaza con consumirme.

—La calentura no baja —murmura—. Ya no sé qué más hacer. Los paños no le alivian y se queja, murmura. —Escucho un sollozo, y me odio por no poder tranquilizarla.

—Es normal. —Un hombre habla con suavidad—. Pero se repondrá, hasta ahora ha desafiado a la muerte, y estoy seguro de que ha sido por ti.

¿La muerte? Lo cierto es que sí me siento más muerto que vivo, porque ni siquiera puedo pensar con claridad, no puedo hablar ni moverme.

—No puedes irte ahora que ya no dudo de tu amor. —Sus palabras me calman—. Siento que hayas tenido que arriesgar tu vida para que mis dudas y miedos desaparezcan. Necesito que

regreses aunque solo sea para mandarme al infierno, para gritarme, lo que quieras, pero vuelve, Andrew.

Me muevo, incluso escucho un gemido salir de mis labios.

—¿Andrew? —preguntan a mi lado—. ¿Puedes oírme? ¿Puedes abrir los ojos?

—Flora —balbuceo, un sollozo y después unos brazos me rodean. El olor a flores invade mis fosas nasales, y sé con toda seguridad que es ella—. Flora...

—Has vuelto. —Los temblores sacuden su cuerpo, parpadeo e intento ver lo que nos rodea—. He pasado tanto miedo.

—Lo siento —digo, intentando que mis manos respondan para poder tocarla, pero no lo hacen—. No llores, te escuchaba y no podía hacer nada —confieso apenado.

—Yo solo quería que abrieras los ojos, escuchar tu voz —replica levantándose. Al fin la veo y no me gusta su aspecto.

—¿Qué demonios te has hecho? —exclamo—. ¿Estás enferma?

—No —responde—. El que ha estado a las puertas de la muerte eres tú, esposo.

—Estás demacrada —contradigo—. Pálida y ojerosa, Flora MacNeil. —La miro con intensidad—. Dime que has comido y descasado en condiciones.

—No me gusta mentir —aparta la mirada, gruño porque me siento responsable de su estado—. Pero, ahora que has despertado, puedo estar tranquila.

—No me gusta lo que veo, esposa —amonesto—. Jamás vuelvas a descuidarte —le exijo—. No importa qué me ocurra, tú debes seguir adelante.

—¿Tú lo harías? —cuestiona con fervor—. ¿Comerías, dormirías si fuera yo la que hubiera estado a punto de morir?

Bufo al verme acorralado, ella solo sonríe complacida al haber ganado esta batalla. Deja un casto beso en mis labios que me sabe a poco y se marcha, ¿dónde demonios...? Poco después, lo comprendo cuando mi familia entra como una tromba en la estancia.

—No sé cómo lo haces, hermano —saluda Jules—. Pero me alegro de que hayas regresado de nuevo con nosotros.

Le devuelvo la sonrisa feliz de estar de vuelta a pesar de lo mal que me encuentro. Mis ojos buscan a una persona en concreto, pero no la hayo entre mis visitantes.

—Arthur no está —Broderick es quien me da la noticia—. El día que te hirieron, tuvimos que encerrarlo.

—No me digáis que lo tenéis en las mazmorras —espeto, interrumpiéndolo—. ¿Os habéis vuelto locos?

—No fuimos tan drásticos —interviene Jaelyn—. Sin embargo, él y su esposa están pasando unos días en una de las cabañas más alejadas del castillo. Sophie no lo ha dejado solo, está bien, no tienes por qué preocuparte —intenta tranquilizarme, sin mucho éxito, debo añadir.

—Avisadle —pido algo nervioso, no me gusta que Arthur esté apartado de nosotros—. Por favor, necesito verlo y hacerle saber que estoy bien.

—Voy yo —se ofrece Broke—. Me alegro de verte despierto, hermano.

Observo cómo se marcha mientras Flora se acerca para ofrecerme algo de beber. Me ayuda a incorporarme, mientras gimo por el dolor que me atraviesa el pecho. Aun así, disfruto de la

bebida, ya que sentía mi garganta en carne viva.

—Espero que esto no se vuelva una costumbre, Andrew. —Broderick, con sus manos tras la espalda, me mira desde los pies de la cama—. A este paso, nos vas a quitar años de vida y terminarás por enterrarnos a todos.

Lo dice con una seriedad que haría temblar al guerrero más feroz, sin embargo, lo conozco, por lo que sus palabras solo consiguen que comience a reír, a pesar del dolor que vuelve a atravesarme. Pronto los demás me imitan, todos menos Flora, que me mira con preocupación.

—Si se abre tu herida... —la escucho decir, por lo que intento calmarme—. No le encuentro la gracia —termina farfullando.

—Debes perdonar a mi esposo, querida —replica Jaelyn—. Es su manera de expresar su preocupación —sonríe—. Ya sabes —hace un pequeño gesto con la mano—. Es el gran *laird* y todo eso.

Por toda respuesta, mi amigo lanza un gruñido a su esposa, esta solo le guiña un ojo, por lo que él la abraza contra su gran pecho, ella se deja hacer de buena gana. Los demás se mantienen en silencio, pero con una sonrisa en sus labios que demuestra lo felices que se encuentran ante mi regreso de entre los muertos, por segunda vez.

—No me detengas —el bramido de Arthur interrumpe la paz—. Hasta que no lo vea con mis propios ojos, no pienso creerte, Broke.

Entra y se detiene al verme con los ojos abiertos. Parece que ha envejecido veinte años, incluso tiene una barba poblada que nunca le había visto.

—¿Qué demonios te has hecho? —acuso ceñudo—. ¿Tu esposa te permite ir con esas fachas?

—¿Me lo dices a mí? —pregunta incrédulo—. No soy yo quien estaba más muerto que vivo, Andrew. Te ordené en su día que jamás volvieras a asustarme así —exclama furioso—. Espero que no haya próxima vez, porque si no te mataré yo mismo.

—También te quiero, Arthur —respondo emocionado, a mí no me molesta demostrarlo. Lo veo luchar hasta que llega hasta mí a grandes zancadas para abrazarme—. Lo siento —murmuro cuando lo hace con mucho cuidado.

—Entiendo por qué lo hiciste —devuelve con la voz ronca, tomada por las emociones—. Pero me asustaste como el infierno, era como revivir de nuevo todo la tortura de aquella noche.

—No lo pensé —reconozco cuando se aleja algo incómodo—. Solo actué para mantener a mi esposa a salvo. ¿Se sabe por qué...?

—Nos encargamos de todos aquel día —interrumpe Broderick—. Jaelyn mató a dos de los ocho, los demás cayeron bajo nuestro acero. El último lo dejamos en manos de Arthur para que pudiera desfogarse.

Miro a mi amigo, que se encoge de hombros como si fuera lo más natural del mundo. Quiero respuestas, las necesito y me las da tras unos instantes en los que parece debatirse entre si hablar o no.

—Eran un pequeño grupo partidario del antiguo *laird* —termina informando de mala gana—. Los estúpidos que osaron atacarnos no eran un problema, y después de enviarles de vuelta a su líder, no creo que los MacDonald vuelvan a atreverse a poner un pie en Barra.

—¿No lo mataste? —pregunto, extrañado.

—Necesitaba que enviara un mensaje —dice sonriente—. Pero para ello, no necesitaba todas las partes de su cuerpo.

—Por el amor de Dios —exclama Jaelyn—. Deja de hablar sobre eso delante de nosotras.

—Lo lamento —se disculpa, dándose cuenta de que hasta su esposa se encuentra en la estancia—. Andrew me ha preguntado —se defiende.

—Mi esposo necesita descansar —interviene Flora—. Cuando llegue la curandera, por favor, hazla venir —pide a la señora de Kisimul, que asiente de inmediato.

—Dejémosles solos —dice Broke—. Debes descansar, Andrew.

Cuando salen todos y la puerta se cierra de nuevo, suspiro, siendo muy consciente de lo agotado que me ha dejado una simple visita de las personas que quiero. Me enfurece sentirme así y me pregunto cuánto tiempo tendrá que pasar para poder volver a ser yo mismo.

—¿Tienes hambre? —pregunta Flora mientras abre las cortinas dejando entrar los rayos del sol—. ¿Frío?

Recorro su cuerpo, no me cabe la menor duda de que ha adelgazado. De nuevo utiliza ropa que no me gusta ver sobre ella, a mi mente llega el recuerdo del vestido que mandé hacer y que llevaba el día que ocurrió todo.

—¿Dónde está tu vestido, Flora? —pregunto—. ¿No te gustó?

Se gira casi ofendida, me mira como si hubiera perdido el juicio.

—¿Cómo puedes pensar algo así? —exclama, llevando una de sus manos al pecho—. Me encantó —sonríe con tristeza—. Se manchó con tu sangre —lamenta—. Y aunque no se nota casi, no soportaba ponérmelo.

—Lamento que, algo que te había hecho ilusión, ellos te lo arrebataran —murmuro enfureciéndome—. Puedes pedir las telas que desees y hacerte unos nuevos, no me gusta que lleves ropa prestada.

—Esos bastardos casi me arrebatan algo mucho más importante —contradice acercándose, la miro sorprendido—. ¿Crees que me importaba más un trozo de tela que tu vida?

—No quería decir eso —replico avergonzado.

—He pasado más miedo que en toda mi vida, esposo —interrumpe—. Han sido unas semanas en el infierno.

Verla tan rota me está matando...



Capítulo 31

Flora MacNeil

Que mencione el vestido me sorprende, pero que crea que para mí era más importante que su vida es como un mazazo, por lo que decido que ya es hora de hablar con la verdad.

—Te amo y nunca he dejado de hacerlo —confieso ahora sin un atisbo de vergüenza.

—Sé que no lo merezco. —Lo veo buscar las palabras adecuadas mientras a mí los nervios me atenazan el estómago—. Pero lo he anhelado con todo mi ser. —Me tiende su mano, que cojo de inmediato. Tira de mí y me siento a su lado con cuidado para no hacerle daño—. No quiero que te sientas obligada por lo sucedido, no me interpuse entre esa flecha y tú para coaccionar tus decisiones ni mucho menos.

—No —niego con tristeza—. Solo me sirvió para abrirme los ojos. Para dejar el orgullo, las dudas y el miedo a sufrir de nuevo. Porque, al pensar que iba a perderte, ese dolor no se comparaba a ningún otro —intento contener el llanto—. No soportaría vivir en un mundo donde no existieses, Andrew.

—Maldición, Flora. —Vuelve a tirar de mí y, aunque dudo si dejarme llevar, lo hace con más fuerza y termino abrazada a él. Escondo mi rostro en su cuello sintiendo su calor, impregnándome de su esencia—. No hablemos más de ello. Me mata el dolor que veo en tus ojos. Todo ha pasado, y ahora solo debemos concentrarnos en el presente.

—No creo ser capaz de olvidarlo —me lamento temerosa de que los recuerdos me asalten como cada noche, impidiéndome dormir—. Si cierro los ojos, soy capaz de verte allí tirado, sangrando, viendo cómo se te escapa la vida y...

No lo soporto más, y el llanto se apodera de mí estremeciéndome con fuerza. Los brazos de mi esposo me rodean intentando reconfortarme, y lo hacen. Sin embargo, también necesito expulsar todo el miedo y la congoja de estos días de mi interior, o me volveré loca.

Tiempo después, agotada y ya sin lágrimas, no me muevo de donde estoy, ya que los brazos de Andrew siempre han sido mi lugar seguro. Siento cómo una de sus manos se mueve entre mi cabello, acariciándolo en silencio, uno que ninguno de los dos quiere romper. Nuestro pequeño remanso de paz se ve interrumpido por la llegada de la curandera.

—Lo siento, no he podido llegar antes —dice acalorada—. Un parto se me ha adelantado.

—¿Todo ha salido bien? —pregunto, niega con tristeza—. Vaya, lo siento.

—El bebé era demasiado pequeño —explica—. Sabía de antemano que no había nada que se pudiera hacer. Me alegro de ver que has despertado —continúa, mientras se acerca al lecho, y me aparto algo cohibida, aunque mi esposo intenta detenerme—. Debo revisar la herida.

Lo hace bajo mi atenta mirada. A pesar del transcurso de los días, me sigue pareciendo grotesca para ser una simple herida de flecha, sin embargo, fue después de extraerla que nos dimos cuenta de que la punta no era igual a las demás, estaba diseñada para hacer el máximo daño posible, tanto a la entrada como a la salida.

—Aunque parezca lo contrario, está mucho mejor —sentencia—. Y que al fin hayas despertado es buena señal, ya que has estado al borde de la muerte.

—¿Cuándo podré levantarme? —pregunta, dejándome con la boca abierta.

La mujer me mira sorprendida, yo me encuentro sin palabras.

—Andrew, llevas en esa cama más de una semana —le digo—. ¿Y pretendes levantarte? Debes recuperar las fuerzas, por el amor de Dios.

—¿Crees que voy a pasarme días aquí tumbado sin hacer nada? —cuestiona, horrorizado.

—¿Por qué no? —pregunta la curandera—. Creo que tu esposo no es consciente de lo grave que ha estado —me dice, negando con la cabeza—. Tuve que coser la herida para que pudieras llegar hasta aquí, luego se abrió y tuve que cauterizar. Después de eso, no me pareció extraño que la calentura arrasara contigo —explica con seriedad—. Como dije desde el principio, no tenía muchas esperanzas en que sobrevivieras, por lo que sí, debes descansar y recuperarte, Andrew MacNeil.

Soltar un gruñido es su única respuesta. La mujer se marcha tras dejar sus instrucciones, unas que no le gustan para nada a mi esposo.

—Ni lo pienses —espeta en cuanto nos quedamos solos de nuevo—. Mañana mismo pienso salir de aquí.

—Sobre mi cadáver —rebato, cruzándome de brazos—. No vas a levantarte de esa cama hasta que yo lo diga.

—¿Cómo piensas conseguirlo? —cuestiona risueño—. Tal vez si la compartes conmigo... —Su insinuación consigue acalorarme.

—No digas tonterías —interrumpo—. Andrew, por favor, deja que cuide de ti.

Se enfurruña como un niño pequeño, pero no me importa. Salgo de la alcoba para dirigirme a la cocina con rapidez y ordenar algo ligero que pueda comer. A mi regreso, lo encuentro de igual modo, solo que más cansado, aunque no quiera reconocerlo.

—En cuanto comas algo, podrás descansar —le digo, avivando el fuego—. ¿Te duele mucho? —niega con la cabeza—. ¿Qué sucede?

—Nada —responde demasiado rápido como para creerle, incluso aparta la mirada, algo que no me gusta en lo más mínimo.

—Andrew —me acerco preocupada—, ¿te encuentras mal?

—No, Flora —vuelve a negar—. Agradezco tu preocupación, pero no es necesaria. No voy a morirme por esto —frunzo el ceño, porque no me gustan sus palabras.

—Me da igual que te comportes como un niño al que le han quitado su juguete favorito porque no te dejo levantarte —le advierto molesta—. No me apartes, Andrew. No volvamos atrás solo por tu frustración.

Mi reprimenda parece surtir efecto, porque me mira arrepentido, suspira y asiente. Respiro algo más tranquila ahora que sé con certeza lo que le está carcomiendo y no ha creado malos entendidos entre nosotros de nuevo.

—Lo siento —se disculpa—. Solo quiero dejar todo esto atrás y seguir con nuestras vidas. Ahora que por fin eres mía...

—Siempre lo he sido —interrumpo, sentándome a su lado de nuevo—. Solo que no me querías a tu lado, no era nuestro momento.

—Si pudiera retroceder en el tiempo... —se lamenta, agachando la cabeza. Me apresuro a levantarla para que me mire.

—Lo único que haría si retrocediera en el tiempo es sacarte de esa maldita mazmorra mucho antes —confieso—. Dejemos las recriminaciones, las culpas y todo lo demás donde pertenecen, en el pasado.

—Hiciste demasiado —rebate—. Me mantuviste con vida y arriesgaste la tuya al sacarme cuando ya me habían sentenciado.

—Somos un par de estúpidos —termino riendo—. Ambos hemos sido capaces de desafiar a la misma muerte por salvar al otro, sin embargo, no hemos sabido entendernos —termino por lamentar.

—Pero ya hemos recobrado la sensatez, ¿verdad? —En su voz se escucha tanto... ¿temor?

—Por supuesto —respondo con convicción, la conversación queda interrumpida por la llegada de la comida—. Ahora, esposo, vas a probar un poco de este caldo y después volverás a dormir.

No le fuerzo a comer demasiado, pero necesito que recobre las fuerzas. Que recupere el color y las ojeras desaparezcan, que vuelva a ser el hombre con el que me casé. Lucha por vencer el cansancio, pero, finalmente, le vence, y me tumbo a su lado con una sonrisa en los labios sabiendo que todo va a estar bien.



Epílogo

Andrew MacNeil.

Un año después...

Mucho ha pasado desde que desperté después del ataque de los MacDonald. Para mi desgracia, tardé más de lo que esperaba en recuperarme y, hoy en día, mi hombro sigue doliendo cuando cambia el tiempo; según la curandera, siempre lo hará.

No puedo quejarme, ya que estoy vivo para contarlo. Mi matrimonio es todo lo que una vez pude soñar y pensé que no tendría oportunidad de disfrutar por mi estupidez. Flora es el amor de mi vida, no tengo dudas, pues lo que siento por ella no se compara con nada que haya sentido en el pasado y por ello me encuentro en el salón de Kisimul en plena noche bebiendo *whisky* como un loco para intentar tranquilizarme.

—Ahí va de nuevo —escucho que dice Arthur—. Tu esposa es muy ruidosa, hermano.

El grito de dolor me crispa los nervios. Lleva así horas y, en cualquier momento, pienso subir esas malditas escaleras para entrar en nuestra alcoba y exigir que acaben de una maldita vez con su sufrimiento.

—Algo va mal —me lamento—. No puede durar tanto...

—La mía tardó más de un día —miro horrorizado a Jules—. Si son primerizas, va más lento, no le va a pasar nada.

—Estás muy tranquilo porque no es la tuya la que está dando a luz —recrimino—. No pienso volver a pasar por esto —mascullo.

—Pues entonces tendrás que mantener las manos alejadas de ella. —Mi mirada horrorizada les hace reír—. Eso pensaba. —Se carcajea Broderick.

El llanto de un bebé nos interrumpe, me levanto como un resorte y salgo corriendo para llegar hasta mi esposa y saber si todo ha salido bien. Al abrir la puerta, la imagen que me recibe me deja sin aliento, tumbada en el lecho manchado de sangre, pálida y sudorosa, mientras sostiene un pequeño bulto entre sus brazos.

—Andrew —susurra, se le nota cansada y dolorida—. Ven a conocer a tu hijo. —Comienzo a acercarme con paso vacilante cuando escucho...

—Y a tu hija —miro a Jaelyn con la boca abierta, esta ríe al ver mi reacción—. De verdad,

sabéis hacer las cosas bien —bromea—. Vamos, acércate de una vez.

Lo hago mientras me tiende a mi hija. Al verla, no puedo evitar sollozar. A pesar de estar roja como un tomate y berrear como si el mundo se estuviera acabando, es lo más hermoso que he visto en mi vida, acaricio su pequeño rostro y, como un milagro, deja de llorar, entreabre sus ojitos y parece mirarme.

—Te reconoce. —Me giro, impresionado, para mirar a mi esposa—. Sabe que eres su padre.

—Tengo una hija muy lista —digo con orgullo—. Y muy guapa. Veamos al pequeño... —Al verlo, mi orgullo aumenta—. Dios mío, no sé qué he hecho para merecer esto, pero...

—En realidad, es el mayor —aclara mi esposa—. Ha sido el primero en nacer y el que más se ha resistido, y por ello no podía salir su hermana.

—Me has hecho el hombre más afortunado —murmuro mientras me doy cuenta de que todo el mundo sale de la alcoba para dejarnos solos—. ¿Estás bien? Me he vuelto loco cada vez que te escuchaba gritar...

—Ha sido difícil y doloroso —asiente—. Decir lo contrario sería mentir, pero por tenerlos ha merecido la pena.

—¿Cómo les vamos a llamar? —pregunto mientras los observo dormir—. Reconozco que no lo había pensado antes.

—Imagino que quieres que él —dice, mirando al niño entre sus brazos— se llame Arthur, ¿me equivoco?

Le devuelvo la sonrisa, lo cierto es que sí lo había pensado, sin embargo, aunque es mi mejor amigo, siento que hay otra persona a la que le debo mucho más.

—Lo cierto es que me siento dividido —explico—. Broderick me ha dado una familia, un clan al que pertenecer. Sin él, tanto Broke, Jules, Arthur y yo no tendríamos nada.

—Entonces, ¿Broderick? —cuestiona.

—Sí —asiento, tomando una decisión—. Estoy seguro de que Arthur lo comprenderá —bromeo—. Siempre podemos llamar así al tercero.

Ahora es el turno de ella de mirarme horrorizada, no puedo evitar reírme. Mi pequeña, que hasta ahora dormía plácidamente entre mis brazos, hace un mohín y comienza a lloriquear.

—Lo siento —me disculpo meciéndola—. Vuelve a dormir...

—¿Jaelyn? —miro a mi esposa sin comprender—. Al igual que Broderick te dio un hogar, siento que ella me lo ha dado a mí.

—No sé si... —No encuentro un motivo coherente para negarme, que ella haya sido quien ha sugerido el nombre de la mujer que en otro tiempo ocupó mi corazón me deja saber que ya no siente remordimiento alguno—. ¿Broderick y Jaelyn? Puede que resulte extraño.

—A mí no me lo parece —rebate, convenciéndome—. Broderick y Jaelyn MacNeil.

—No se hable más —replico—. Deberíamos darle la buena noticia, no dudo que los hombres estén en el pasillo a la espera de que salga para presentarles a mi hijo —sonrío orgulloso—. Aunque imagino que Jaelyn ya debe haberles avisado de que son dos.

—Muy pagado de ti mismo te veo —bromea complacida—. Diles que entren, anda.

Abro la puerta y los invito a entrar. Después de asegurarse de que Flora está bien y darnos la enhorabuena, todos insisten en ver a los pequeños.

—Preciosos —alaban las mujeres—. ¿Cómo les habéis llamado? —pregunta Rachel.

—Broderick y Jaelyn MacNeil. —Escucho el jadeo de impresión de la mujer y veo cómo se le empañan los ojos, llevando una de sus manos al pecho—. Esperamos que no os importe.

—¿Importar? —pregunta mi amigo, que también está visiblemente emocionado—. Es un honor que ellos lleven nuestros nombres, pero...

—Ambos somos conscientes de que, de un modo u otro, nos habéis dado un hogar —explica Flora, emocionada—. Confieso que dudamos, sobre todo, con él —dice, señalando a nuestro hijo—. Ya que sabía que Andrew podría querer llamarlo Arthur.

Mi amigo sonríe, como suponía, no se ha sentido ofendido, palmea mi espalda. Ahora, al tenerlo frente a mí, me siento un poco culpable, ya que él sí le puso mi nombre a su primer hijo.

—Prometo llamarlo como tú al próximo —murmuro para que mi esposo no me escuche.

—Te he oído —exclama, haciendo que todos riamos—. Ya veremos... —dice, mirando los dos pequeños bultos que duermen a su lado.

—Dejemos que descansen —sentencia Broderick—. Gracias, hermano.

Uno a uno salen volviendo a dejarnos solos con nuestros hijos. Flor lucha contra el cansancio, por lo que me acerco hasta ella y, con mucho cuidado, dejo a nuestros hijos en la cuna que habíamos preparado, tendremos que buscar otra. De momento, ambos caben en la misma.

—Duerme un poco —le pido—. Cuidaré de ellos.

—¿Te tumbas a mi lado? —pregunta, tendiéndome la mano que acepto de inmediato—. ¿Cuidarás de ellos?

—Siempre —prometo besando su frente—. Descansa tranquila, estaré aquí cuando despiertes.

—Te amo —susurra ya medio dormida, apoyándose contra mi hombro, mientras acaricio su cabello rojo como el fuego.

—Y yo a ti, mi amor —devuelvo en un susurro que no estoy seguro de si ha llegado a escuchar.

La observo dormir, admirado por lo valiente y fuerte que ha sido. Lo cierto es que, ahora que me siento más tranquilo, no entiendo por qué he dudado ni por un momento de que ella no sería capaz de dar a luz a nuestros hijos sin problemas. Siempre ha sido una guerrera, desde la primera vez que la vi tras las rejas de la mazmorra de los MacDonald. A mi mente regresan cada uno de los momentos vividos a su lado, buenos y malos, y no puedo evitar sonreír porque, a pesar del dolor sufrido durante nuestro largo recorrido, nos ha llevado hasta aquí, hasta este momento, y no lo cambiaría por nada del mundo.

Recuerdo aquellas conversaciones susurradas cuando todavía no sabía quién era, en la penumbra de aquellas mazmorras. Supe que se estaba enamorando de mí, al principio no éramos Andrew MacNeil y Flora MacDonald, pero, al recobrar la memoria, todo cambió. Me aferré al recuerdo de Jaelyn, porque era lo único que me quedaba de una vida que creía perdida para siempre. Y esa terquedad, ese miedo, casi nos cuesta demasiado, porque estuvimos a punto de perdernos el uno al otro.

Jaelyn comienza a llorar y me levanto con rapidez para que no despierte ni a su hermano ni a su madre. La cojo en brazos para calmarla, camino con ella muy despacio mientras comienzo a susurrarle.

—Eres muy hermosa, tanto como tu madre —alabo sin que me importe que no me esté entendiendo en absoluto, pero al menos ha parado de llorar—. Voy a cuidarte y amarte hasta el fin de mis días. Vas a crecer rodeada de tus tíos y primos, una familia enorme que te acompañará

y guiará en cada paso que des.

Beso su frente y vuelvo a dejarla en la cuna. Me doy cuenta de que Broderick está despierto, aunque callado. Al verme, frunce el ceño, por lo que antes de que comience a berrear, lo cojo, eso parece calmarlo.

—Creo que me vais a dar mucho trabajo —bromeo—. ¿Qué te pasa a ti, hombrecito? Con que el mayor... —Todo hombre desea un hijo para que continúe su legado, sin embargo, tanto mi hija como mi hijo ocupan el mismo espacio en mi corazón—. Debes convertirte en un buen hombre, uno de honor. No me cabe la menor duda de que lo serás.

—Deja de sermonearlos —la voz adormilada de Flora me sorprende.

—¿Estás celosa, esposa? —bromeo mientras dejo al bebé al lado de su hermana y me reúno con ella.

—Un poco —reconoce, haciendo un mohín muy gracioso que me arranca una carcajada, cubre mi boca de inmediato para acallarme—. ¿Te has vuelto loco?

—Por ti —reconozco, verla sonrojarse es un placer que no quiero perder jamás—. Mi amor por ti no va a menguar por quererlos a ellos.

Agacha la cabeza avergonzada, imagino que todo lo sucedido entre nosotros, estos meses de embarazo y el parto han sido demasiado para ella, y ahora se siente algo insegura.

—Lo sé —reconoce—. Y me encanta ver cómo los tratas, solo que...

—No tienes que excusarte —tranquilizo mientras la abrazo—. Has dormido poco, debes estar agotada y lo mejor será que intentes aprovechar cualquier momento en el que ellos te dejen dormir.

—Agradezco a Dios por ponerte en mi camino —replica, acariciando mi mejilla—. Mi corazón no se equivocó al elegirte, eres el hombre que amo, el mejor esposo y un padre maravilloso, por lo que no puedo pedir más a la vida.

—Debería decir lo mismo, amor mío —susurro conmovido por sus palabras—. Agradezco tu cabezonería, que hizo que no te rindieras conmigo. Gracias por darme unos hijos sanos y hermosos, pienso adorarlos hasta mi último aliento.

—No espero menos de ti —bromea con el amor brillando en sus ojos—. Fue un camino difícil, ¿cierto? —Asiento, dándole la razón.

—Lo fue por mi culpa. —Veo cómo frunce el ceño—. Pero no vamos a empañar este momento con malos recuerdos.

—Por supuesto que no —niega sonriente—. Ahora vas a darme un beso que me robe el aliento y dormirás a mi lado hasta que alguno de nuestros hijos demande nuestra atención.

La obedezco sin discusión, porque, si hay algo que me guste más en este mundo que besarla, todavía no lo he encontrado. Lo que pretendo que sea un beso dulce pronto se torna en algo más carnal y debo mantener el control sin olvidar que acaba de dar a luz, pero mi deseo por ella no mengua ni un solo instante.

—Vas a volverme loco —mascullo contra su cuello, siento cómo su cuerpo se estremece para después reír—. Duérmete o no respondo.

—¿Me lo prometes? —gruño de pura frustración, me alejo un poco, ya que ella no parece conservar la cordura—. Andrew MacNeil, ni se te ocurra marcharte.

—Mujer, eres cruel —me quejo con dolor en cierta parte de mi anatomía—. Vamos a dormir, por favor. Prometo que, cuando pueda ponerte las manos encima, vas a olvidar hasta tu nombre.

—Y eso es una promesa, esposo —dice, complacida—. Te amo.

Fin

Agradecimientos

De nuevo, debo despedirme de los MacNeil.

Lo que no estoy segura de si es para siempre o volveré a Kisimul Castle, y vosotras conmigo. Siento que Josh, Greylen y los demás niños merecen su historia, ¿os parece una locura?

Puede que lo haga, puede que no. Pero lo cierto es que ocurra lo que ocurra, los MacNeil ocuparán un pedacito de mi corazón, al igual que espero haya atrapado a alguno de los vuestros, aunque solo sea un poquito.

Espero que me acompañéis a mi siguiente aventura, sea cual sea el destino. Os agradezco todo el apoyo que llevo recibiendo diez años, y espero sean muchos más, porque este recorrido no sería lo mismo si lo hiciera sola. Millones de gracias, jamás serán suficientes las palabras.

¡Gracias y hasta la próxima!

Jane Mackenna.